

LAS MEMORIAS POLÍTICAS DEL EMPERADOR AUGUSTO

RES GESTAE DIVI AUGUSTI

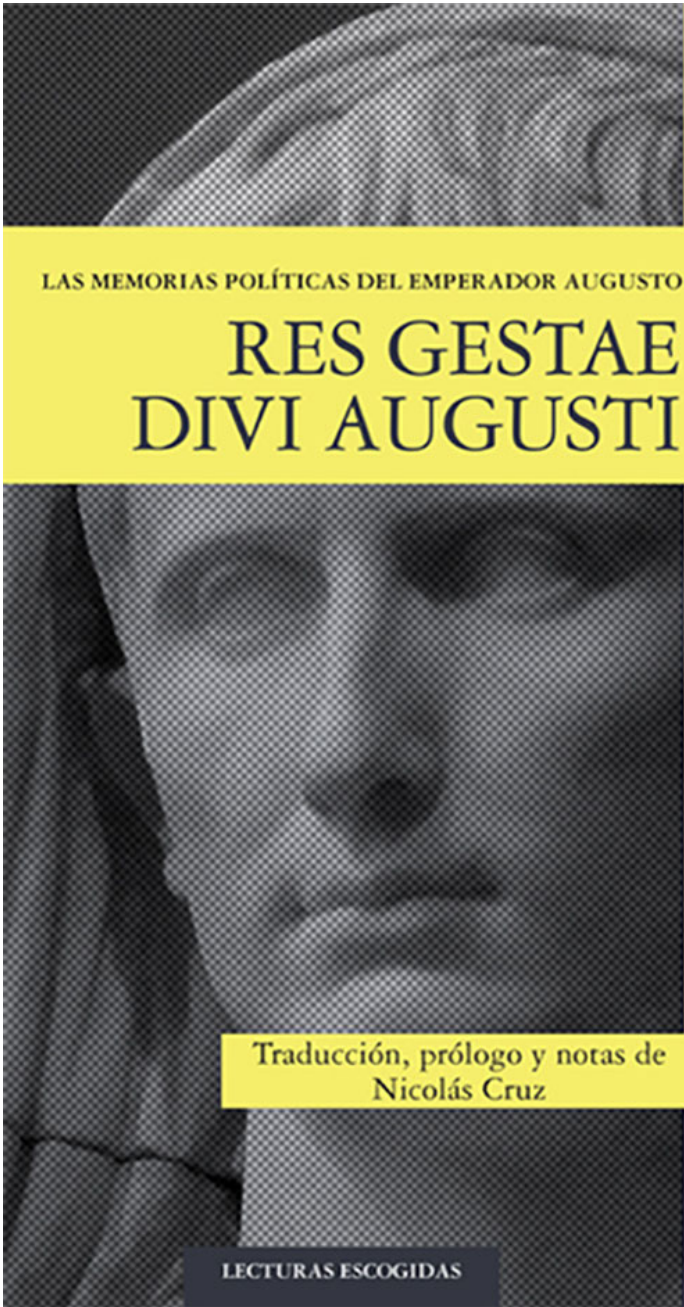


Traducción, prólogo y notas de
Nicolás Cruz

LECTURAS ESCOGIDAS



EDICIONES UC



LAS MEMORIAS POLÍTICAS DEL EMPERADOR AUGUSTO

RES GESTAE DIVI AUGUSTI

Traducción, prólogo y notas de
Nicolás Cruz

LECTURAS ESCOGIDAS



EDICIONES UC

RES GESTAE
DIVI AUGUSTI

LECTURAS ESCOGIDAS

Este trabajo forma parte del proyecto FONDECYT n° 1120036
(Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología, Chile) “La Construcción
de la Memoria en los Inicios de la Roma Imperial”

EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Vicerrectoría de Comunicaciones

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 390, Santiago, Chile

editorialedicionesuc@uc.cl

www.ediciones.uc.cl

LAS MEMORIAS POLÍTICAS DEL EMPERADOR AUGUSTO

Nicolás Cruz Barros

© Inscripción N° 270.157

Derechos reservados

Septiembre 2016

ISBN edición impresa 978-956-14-1970-4

ISBN edición digital 978-956-14-2553-8

Diseño: Francisca Galilea

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

CIP-Pontificia Universidad Católica de Chile.

Augusto, Emperador de Roma, 63 a. C.-14 d. C.

Res gestae divi Augusti: (las memorias políticas del Emperador Augusto) / traducción del latín, prólogo y notas de Nicolás Cruz.

1. Roma - Historia - Augusto, 30 A. C.-14 D. C.

I. Cruz Barros, Nicolás.

2016 937.07 + DDC22 RCAA2

RES GESTAE DIVI AUGUSTI

(LAS MEMORIAS POLÍTICAS DEL
EMPERADOR AUGUSTO)

Traducción, prólogo y notas de Nicolás Cruz



EDICIONES UC

*Dedico el presente trabajo a mi profesor Francesco Borghesi, quien me
hizo ver los elementos de una tradición a la cual yo he adscrito.*

Índice

RECONOCIMIENTOS

Prólogo

La Inscripción

Comentarios

OBRAS CONSULTADAS

ÍNDICE DE INSTITUCIONES, NOMBRES Y LUGARES ANTIGUOS

ÍNDICE DE AUTORES MODERNOS

Reconocimientos

Antonio Arbea G. revisó en dos ocasiones la presente traducción de la inscripción *Res Gestae Divi Augusti*, lo que me permitió mejorarla de manera sustantiva. Agradezco, junto a su capacidad, su buena disposición.

Javier Beltrán digitalizó la versión latina de acuerdo al texto establecido por Alison Cooley.

Santo Mazzarino, persona e historiador notable, me hizo ver la importancia de esta inscripción por primera vez.

Alejandro Bancalari respondió muy gentilmente a mis pedidos de lectura de varios pasajes de los comentarios y me hizo significativos comentarios.

Raúl Buono Core me prestó una invaluable ayuda para acceder a algunos textos necesarios para el desarrollo de mi trabajo.

La Dirección del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile me apoyó y concedió facilidades para realizar esta traducción comentada.

El personal de la Biblioteca de Humanidades de la PUC, Chile, así como el de la École Française de Rome, colaboró con su buena disposición durante el tiempo en que trabajé en ellas.

El Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología (Fondecyt-Chile) me otorgó un proyecto de investigación durante tres años para la realización de este trabajo.

Al gobierno de Italia que me concedió una beca de estudios en la Universidad de Roma entre los años 1981 y 1983, y a Horacio Aránguiz, entonces director del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, quien me brindó un apoyo decisivo.

Prólogo

Solo pretendía mostrar que era el más poderoso, el único capaz de restaurar el orden en el Estado.

P. Zanker

Noticia sobre la inscripción

Res Gestae Divi Augusti (RGDA.) es el título con el que se conoce la inscripción en la que el emperador Augusto (63 a. C.-14 d. C.) registró los hechos que consideró distintivos de su extensa participación en la conducción de la vida política romana (año 44 a. C., a partir de la muerte de Julio César y hasta el año 13 d. C., poco antes de su muerte). Fue redactada en 35 párrafos breves y muy precisos. Desechando hacer un elenco de todas las cosas hechas (res gestae), el autor seleccionó aquellas que le permitían afirmar que había restaurado la República romana desde el inicio mismo de su gobierno (31 a. C.), revirtiendo así la profunda crisis del siglo I a. C., marcada por las intensas guerras civiles del período. Agregó, además, que su conducción política había gozado del reconocimiento de la sociedad romana en su conjunto, la que había vivido un tiempo de tranquilidad y bienestar. Todo esto, logrando una “exposición factual de una gran sobriedad”, tal como lo señaló Claude Nicolet (1988, p. 30).

La voluntad del emperador fue que, luego de su muerte, la inscripción fuese grabada en dos columnas de bronce –un material especialmente durable y utilizado en ese tiempo– e instalada en el ingreso de su monumental mausoleo ubicado en el Campo de Marte de la ciudad de Roma. El cumplimiento de su voluntad fue llevado a cabo por decisión del Senado en su primera sesión tras la muerte

del longevo gobernante (Suetonio Augusto, 101).

De la inscripción instalada en Roma no tenemos rastros, ya que probablemente las columnas de bronce fueron fundidas algunos siglos después. Han sido recuperadas tres ediciones encontradas en ciudades de la provincia de Galacia en Asia Menor –actualmente Turquía–. Una de ellas en la ciudad de Ancyra –hoy Ankara– donde el texto latino fue acompañado de una versión en griego; una segunda en Pisidia de Antioquía –también en Turquía, en la ciudad actual de Yalvac– donde figuró solo el texto latino–, y finalmente en Apolonia –hoy Uluborlu– donde se instaló solo la versión griega. La versión de Ancyra, la primera en ser descubierta, es la que más ha llamado la atención de los investigadores¹.

Conocemos el texto de la inscripción a través de estas recuperaciones, lo que ha presentado una serie de problemas, varios de los cuales aún mantienen un carácter abierto: ¿por qué se han encontrado solo copias en la provincia de Galacia?; ¿la difusión respondió a una orden emanada de Roma para que se reprodujera la inscripción en todas las provincias?; ¿o las reproducciones se hicieron a partir de la voluntad de un gobernador y/o de los concejos locales de las ciudades, preferencia esta última por la cual se inclina Alison Cooley²; ¿se repartieron copias a todas las ciudades y solo algunas decidieron monumentalizar el texto? Estas son las preguntas que al respecto formula John Scheid³. La discusión es larga y para nuestros efectos nos interesa destacar dos puntos: el texto latino encontrado en las provincias parece ser, efectivamente, una copia del original romano, tal como se indica de manera expresa al inicio de las copias provinciales, y no habría motivos para dudar sobre este punto⁴; el texto griego, en cambio, no sería una traducción literal del texto latino, sino una ‘paráfrasis muy cercana’ de la inscripción original⁵.

La inscripción que ha llegado hasta nosotros tiene la característica especial de haberlo hecho a través de las mencionadas copias y sus correspondientes traducciones. Esta situación ha determinado que una de las líneas de interpretación de RGDA. tenga en cuenta este hecho, y el análisis se haga prestando mucha atención a los términos con que se tradujeron ciertos conceptos a partir del original latino. En este mismo contexto, han sido estudiados con

atención los emplazamientos de la inscripción en las distintas ciudades orientales. Podemos decir que esta línea privilegia una lectura de la inscripción en aquella dimensión imperial que terminó por adquirir a partir de terceros que incidieron en ella con posterioridad a su redacción. Como en el caso de la discusión sobre varios textos romanos, estaríamos aquí ante una situación de ‘otras voces’ que actuaron sobre el texto dándole su forma definitiva⁶. Nuestro trabajo e interpretación se basa en el original latino de la inscripción, el que fue pensado para ser instalado en un punto específico de la ciudad de Roma, esto es, tal como parece haberlo dispuesto su autor.

En efecto, cuando redactó estas memorias políticas el emperador Augusto no pensó en que fuesen enviadas a las provincias, no solicitó que fueran traducidas al griego, ni les dio un carácter de inscripción imperial, aunque el argumento que desarrolló fue el del Imperio. Él las escribió en latín y manifestó una voluntad específica sobre su lugar de exhibición en la ciudad capital del Imperio. En nuestra apreciación, estos últimos puntos no son accidentales, sino que dicen relación con el sentido último que el autor pensó para su obra. Destacar estos aspectos no implica subvalorar la importancia de las copias encontradas fuera de Roma. Pero entre ambas posibilidades de lectura hay diferencias que llevan a poner los énfasis en aspectos diversos. Una muestra que ilustra la situación que estamos explicando se encuentra en el contexto urbano romano en que se encontraba el Mausoleo de Augusto que contenía *Res Gestae*.

Un punto necesario a tener en cuenta es el que se refiere a las dimensiones del mausoleo y a su ubicación en un barrio muy importante de la ciudad de Roma. En efecto, a la importancia tradicional del Campo de Marte corresponde agregar que esta fue una zona enriquecida y transformada de manera profunda durante el gobierno del primer emperador romano. Así, su mausoleo, el más grande construido en la ciudad de Roma antigua, debe insertarse en un contexto de construcciones nuevas y de restauraciones de edificios ya existentes, especialmente, entre las nuevas se realizaron las del Ara Pacis o Altar de la Paz (13 al 9 a. C.) y la del gran reloj solar, el más grande del mundo antiguo llamado *Horologium* (10 a. C.). A los ya señalados se deben agregar el Pórtico de Octavia,

iniciado el año 33 y terminado probablemente el año 23 a. C. (entre otros, este pórtico tiene un contenido político, ya que esta hermana de Augusto había estado casada con Marco Antonio. La probable fecha de inicio muestra esta obra como una de las acciones realizadas por el futuro emperador para estrechar lazos con la ciudad de Roma y marcar su distanciamiento de Antonio); el Panteón entre los años 27 al 25 a. C. (se puede visitar en la actualidad pero con múltiples transformaciones); las Termas Públicas de Agripa (25 al 19 a. C); el Teatro de Marcelo, iniciado por César y terminado bajo Augusto el 17 a. C. y dedicado a su sobrino probablemente el 11 a. C. (visible hoy con todos los cambios que ha experimentado a través de la historia). Lo señalado aquí tiene la intención de resaltar la importancia del ambiente en que se ubicó el mausoleo que contenía la inscripción.

No resulta fácil precisar el impacto público de la inscripción una vez instalada en la entrada del Mausoleo de Augusto, construcción que Estrabón describió como “un gran túmulo que se eleva, a la orilla del río, sobre un zócalo de mármol blanco, enteramente cubierto hasta su cima por árboles de hoja perenne. Del mismo modo, en lo alto, hay una estatua de bronce de César Augusto, al pie del túmulo están depositados sus restos y los de sus parientes y amigos más íntimos, y, detrás, un gran recinto sagrado que contiene admirables paseos. En medio de la llanura, está el recinto de su pira funeraria, también con muros de mármol blanco, rodeado por una balaustrada circular de hierro, y, en su interior, una plantación de álamos negros” (Estrabón, Geografía V,3,8). Los cálculos modernos indican que la construcción habría alcanzado unos 87 metros de ancho por unos 40 de altura (Zanker, p. 99).

Retomando el punto central, destacamos que RGDA. se ubicaba al ingreso de una construcción de gran presencia y significado en la ciudad de Roma y que, en su tiempo, se relacionaba de manera estrecha con las otras construcciones mencionadas, formando un conjunto que expresaba el poder de la ciudad y de la manifestación del régimen que ahora la gobernaba. Las copias encontradas en las provincias, por su parte, fueron instaladas en otro tipo de edificios y quedaban fuera de un contexto arquitectónico como el original romano.

Volviendo a la inscripción, sabemos que se hicieron copias escritas a las que tuvieron acceso los escritores e historiadores que se ocuparon de la vida y gobierno del emperador en esa época y en las siguientes, tal como parecen ser los casos de Velejo Patérculo, Suetonio, Tácito y Dion Casio. La lectura directa por parte del público en la tumba debe haber sido bastante difícil por la altura de las columnas, así como también por las múltiples abreviaturas usadas en la redacción. Podemos imaginar que muchos de los que se acercaban al mausoleo recibían una explicación verbal de su contenido; explicación que contendría un resumen de los aspectos considerados centrales.

El público destinatario, esto es, aquel que el emperador tuviese en mente al momento de escribir se ha prestado para muchas interpretaciones diversas y no resulta posible dar una respuesta categórica sobre el punto. Las últimas opiniones al respecto mantienen la divergencia. Yavetz (1984, p. 12) postuló que el destinatario era aquel compuesto por “los ciudadanos más educados, y fue a ellos a quienes les dijo cómo quería ser recordado”, especialmente los jóvenes hijos de senadores y los integrantes del Orden Equestre. Levick (2010 pp. 222-224), en cambio, volvió a insistir que había sido dirigido a todos los habitantes del imperio, independiente de cuál fuera el espacio que ocupaban dentro de la sociedad romana, así como para todos los italianos que estuviesen en Roma o la visitasen⁷.

En nuestra opinión RGDA. debe haber estado ahí para que la conocieran todos los que transitaban por el importante barrio de Roma donde se encontraba instalada, permitiendo que cada uno hiciera la lectura que estimase conveniente, ya fuese a través de una dificultosa observación pausada, por medio de la explicación de un tercero –una suerte de guía– que ilustrara sobre los contenidos a un determinado auditorio, o como ha señalado Paul Veyne (2009), a través de la mirada fugaz de un paseante que se forma una impresión general a través de los sentidos al observar una obra de esas dimensiones⁸. Cada uno entendía, a su manera y posibilidades, que la inscripción contenía las importantes obras realizadas por el Emperador Augusto, quien había encabezado unos tiempos felices en que Roma recuperó su paz y acrecentó su poderío en todos los planos. Conviene tener siempre en cuenta que la inscripción fue

hecha para durar en el tiempo y, por tanto, una parte de sus probables lectores, en la idea de Augusto, fuesen también los romanos de los tiempos por venir.

La situación recién descrita ha generado distintos equívocos. Uno primero ha consistido en que su condición de fuente informativa para la comprensión de la historia del período se vio acrecentada por la pérdida de la mayor parte de las historias escritas de forma contemporánea sobre Augusto y su gobierno. Sabemos que estas fueron varias y con diversas orientaciones. Esta situación ha determinado que la mayor parte de la información la encontremos en textos tardíos como los de Suetonio y Tácito, ambos de la segunda mitad del siglo I y primeras décadas del siglo II d. C.; mientras que la narración más completa y documentada corresponda al historiador Dion Casio, quien vivó entre la segunda mitad del siglo II y las tres primeras décadas del siglo III d. C. Este último tuvo acceso a una buena parte de las historias que nosotros hemos perdido y realizó, no obstante la distancia cronológica con el objeto de su estudio y los cambios culturales y políticos que habían tenido lugar en la sociedad imperial romana, un trabajo muy bien documentado y riguroso. Su *Historia Romana* es considerada la fuente más importante para el conocimiento del estado de las cosas unos doscientos años antes⁹. En este contexto de pérdidas, la inscripción ha visto acrecentada su importancia, aun cuando no se encuentre en ella una historia del período propiamente tal.





2



El Mausoleo de Augusto según el diseño reconstructivo de 1912 y que forma parte de la Colección Giuseppe Gatteschi (1) y el estado actual de la construcción (2 y 3).

En esta construcción fueron sepultados varios miembros de la familia Julio Claudia. Es probable que el último emperador sepultado en este mausoleo fuese Nerva en el año 98. En tiempos posteriores fue utilizado con otros fines y luego abandonado. Su restauración sigue siendo una tarea pendiente para los encargados de los bienes arqueológicos de la ciudad de Roma.

Junto a lo anterior se ha dado un segundo equívoco relacionado con las características de la información que contiene. Durante mucho tiempo, aunque de manera especial durante la segunda mitad del siglo XX, fue interrogada desde la perspectiva de la veracidad de la información histórica de los hechos que refería. Esta lectura terminaba, generalmente, por considerar que el autor-emperador había faltado sistemáticamente a la verdad con el objetivo de ocultar la creación del sistema monárquico. Si bien volveremos sobre este punto en la parte final de este prólogo, cabe decir por el momento que lo interesante es que RGDA. contiene una presentación y explicación personal que un Augusto viejo y cercano a la muerte hizo de los hechos ocurridos. Dicho de otra forma, no corresponde buscar aquí los resultados de una obra objetiva e imparcial. Su valor, por el contrario, radica en la parcialidad con que se ordenan los hechos y el objetivo que con esto se persiguió. Por esta vía, la inscripción es valiosa en cuanto entrega una visión, importante sin duda, de lo sucedido, constituyéndose, además, en un laboratorio que permite explorar la personalidad de Augusto.

Los aspectos señalados en las líneas finales del párrafo anterior deben ser tenidos en cuenta, puesto que, si bien todos están de acuerdo en que se trata de unas memorias políticas, la evaluación

final tiende a hacerse desde criterios que se ubican fuera de esta categoría. Por una parte, entonces, tenemos una serie de hechos que son reportados aproximadamente como sucedieron, pero a los que se le otorgan significados y son relacionados de una manera libre y arbitraria. El hecho de que la mayor parte de las otras fuentes se hayan extraviado no significa que debamos abordar a RGDA. desde una perspectiva distinta a lo que es su esencia. En suma, en el caso de estas memorias políticas, lo sugerente descansa en la solidez de la mirada retrospectiva que dio Augusto a todo su período de gobernante.

Autor y contenido

Res Gestae fue escrita por el emperador Augusto, un hombre que gustaba de la literatura y que parece haber comprendido con claridad su función social. Se dice con esto que no fue una obra encargada a un tercero o a un secretario cuyo texto el gobernante revisara y aprobara, aunque, por cierto, no debe excluirse alguna ayuda en aspectos tales como la búsqueda de la información requerida en torno a hechos precisos y la misma puesta final por escrito, así como cabe destacar que Tiberio, su sucesor, ordenó realizar algunas actualizaciones puntuales posteriores. La redacción final, que el mismo autor declara haber realizado “cuando tenía setenta y seis años”, nos ubica en el año 13 d. C., esto es, un año antes de su muerte. En este plano, es probable que la idea y los borradores de algunas de sus partes hayan tenido una redacción anterior.

Los dos aspectos mencionados, esto es, el de la autoría directa y la redacción al final de la vida de Augusto, se han prestado para múltiples debates que continúan hasta el día de hoy. En relación con el primero, John Scheid (2007), autor de la última edición de la inscripción publicada por Belles Lettres¹⁰, ha llegado a diluir casi completamente la autoría del emperador, traspasándola a sus secretarios y al entorno familiar¹¹. Se basa para esto en las formas de producción de los textos en el vértice del poder romano durante la antigüedad, tiempo en que los políticos no escribían directamente

sus obras y se limitaban a dar una suerte de visto bueno a lo redactado por sus cercanos¹². Alison Cooley (2009), en cambio, continuando una interpretación de larga data al respecto, resalta la autoría directa. Cabe señalar que, careciendo de pruebas decisivas que se puedan aportar al respecto, el conocimiento profundo del texto, así como de la personalidad y estilo de Augusto, resultan centrales para desarrollar una postura en este plano. Nuestra impresión es que Augusto fue el autor directo de la inscripción y que esta responde efectivamente a su pensamiento. Aun más, y tal como tendremos oportunidad de resaltar más adelante en este prólogo, así como también en los comentarios que acompañan a cada uno de los pasajes de la inscripción, el emperador prestó atención especial a este escrito que consideraba clave para la futura comprensión de su obra política, y que constituyó la última elaboración de su memoria en relación con todo lo sucedido durante cincuenta y ocho años. Respecto del segundo punto, ya hemos señalado que, sin descartar una elaboración lenta y que responda a diversos momentos, RGDA. ha llegado a nosotros en una versión final que resalta su redacción tardía y con una perspectiva global de lo acontecido desde su perspectiva¹³. Y este punto de vista contiene una idealización de lo referido.

La inscripción, tal cual se indica en su título, describe “...las obras del divino Augusto con las cuales sometió todas las tierras del orbe al imperio romano, y de los gastos que hizo en favor de la República y el Pueblo romano”. Existe la convención de observar la siguiente división tripartita en la inscripción: los párrafos I a XIV contienen los honores políticos y religiosos aceptados o rechazados por Augusto; mientras que los puntos XV a XXIV están dedicados a los gastos realizados por él en favor de la ciudad de Roma, de la plebe y aquellos otorgados al erario militar; en los párrafos XXV a XXXIII son abordadas las guerras encabezadas por él dentro del territorio romano, así como el reconocimiento alcanzado en aquellos lugares limítrofes o con los que Roma estableció algún tipo de contacto en su contexto de hegemonía mundial en el período. Finalmente, y a modo de coda, se encuentran los dos párrafos finales, XXXIV y XXXV, que cierran la inscripción con la reiteración de algunos de los conceptos que el emperador-autor consideró fundamentales de su gobierno. Cada una de estas partes es, a su vez, susceptible de múltiples precisiones que pueden llevar a una

subdivisión del texto cada vez mayor. Todo esto lo podrá apreciar con claridad el lector al intentar captar la estructura que dio Augusto a sus memorias. Lo que sí conviene tener en cuenta es que la estructura tripartita resulta ser una aproximación atendible, pero que no clausura el tema necesariamente, en especial por el hecho de que Augusto introdujo en varias ocasiones noticias y afirmaciones muy importantes que, teniendo relación con el argumento puntual que está tratando, lo excedían con claridad¹⁴. A modo de ejemplo, si uno quiere hacerse una idea de las relaciones entre Princeps y Senado tendrá inevitablemente que traspasar las distintas secciones, ya que dichas referencias son abundantes y reiterativas en cada una de ellas. Algo similar puede mencionarse en relación con el tema de la paz alcanzada en Roma, cuyas características y beneficios se encuentran en múltiples párrafos que cruzan toda la RGDA.

Un ejercicio interesante de realizar, con relación a lo recién mencionado y que puede prestar ayuda para una lectura más completa, consiste en seleccionar aquellos términos y conceptos que aparecen con mayor frecuencia e importancia, advirtiendo el propósito y oportunidad con que son mencionados. Algunos de estos son: auctoritas, pacificación, restauración de la República (consenso con el Senado), beneficios entregados (especialmente a la plebe), piedad, incorporación de nuevos territorios, reconocimientos de los pueblos y reyes extranjeros, entre otros. Tal como ya señalamos, estos aparecen de forma reiterada en varios pasajes y al relacionarlos se puede profundizar la comprensión del sentido e intenciones del autor. Esto no debe hacernos perder de vista el intento de Augusto por instalar todas sus palabras en la perspectiva de que Roma ha tenido bajo su mando un gobierno laborioso y que le había dado al Imperio un nuevo tiempo de prosperidad y tranquilidad, tal como fue representado en el Ara Pacis y señalado de manera expresa en los Juegos Seculares del año 17 a. C.

Res Gestae Divi Augusti contiene la visión personal de su autor sobre la vida política, militar, diplomática de la ciudad de Roma y de su Imperio entre los años 44 a. C. y el 13 d. C., es decir, desde el asesinato de Julio César y aparición de Octaviano –después Augusto– en la escena política, hasta el momento en que el emperador puso por escrito sus memorias en el marco de un imperio que lo había tenido a la cabeza del gobierno por varias décadas. Esta reconstrucción marcadamente personal fue

realizada a través de la memoria, usada de manera selectiva por un gobernante autoritario con el objetivo de poner de manifiesto ciertos hechos y situaciones que resultaran ser indicadores de los aspectos claves de su gobierno y del sistema imperial establecido por él, buscando establecer una memoria oficial de aquello que había tenido lugar. A partir de lo recién señalado, varias lecturas y ordenaciones del texto resultan posibles y válidas.

Una mayor aclaración del punto recién mencionado puede obtenerse al preguntarse por aquello que no se encuentra en Res Gestae. No se encuentra una historia del período, sino una selección subjetiva y arbitraria de los hechos en una función determinada y clara¹⁵. No existe tampoco la intención de evidenciar los aspectos colectivos del proceso; por el contrario y de manera insistente se reitera el carácter personal de las cosas hechas, los colaboradores apenas reciben menciones, expresadas siempre en términos secundarios, mientras que los adversarios ni siquiera son objeto de una referencia directa.

El lenguaje utilizado para la redacción de la inscripción se convierte en un punto importante. Ya hemos tenido oportunidad de señalar que fue redactada en 35 párrafos breves, precisos y directos, con una gran economía expresiva¹⁶. Estas características no han permitido clasificarla dentro de alguna de las formas habituales de expresión en la literatura antigua, encontrándose en ella elementos de los elogios triunfales, de los textos de rendición de las acciones realizadas, así como de la autobiografía o biografía antiguas, pero todos combinados y resuelto en una clave personal. John Scheid, quien se ha ocupado del tema, concluye el punto con la siguiente afirmación:

Ellas no son una creación ex nihilo, ni la simple reproducción de un ejercicio convencional. Ahí se encontrarán ciertas características de las biografías, como la celebración de las virtudes y la respuesta a ciertas polémicas, pero no se puede reducir a esas similitudes inevitables con el género biográfico. ...

Cabe considerar, entonces, a Res Gestae como una autorepresentación epigráfica, como una crónica de los hechos

realizados, de los honores recibidos y de las generosidades ofrecidas al servicio de la República, breve como una autobiografía de un estilo particular¹⁷.

De igual manera se ha producido una larga discusión sobre la calidad literaria del texto. Esta ha tenido su punto de partida en la afirmación de Suetonio de que Augusto habría sido un escritor “elegante y ponderado” que “procuraba por todos los medios expresar su pensamiento con la máxima claridad.” Aulo Gelio probablemente exageraba al declararse, luego de la lectura de unas cartas de Augusto, “arrebataado por la elegancia del discurso, ni difícil ni forzada, sino fácil, por Hércules, y simple”¹⁸. Esta discusión ha llegado a tantos resultados como analistas han participado en ella. Lo que nos parece interesante de destacar es la relación estrecha que existe entre el mensaje a transmitir y el estilo adoptado para hacerlo. Desde este punto de vista se puede señalar, a modo de impresión personal, que RGDA. está bien lograda en cuanto a los objetivos propuestos.

La redacción de la inscripción denota el uso insistente de la primera persona: hice; anexé; como resultado de mis acciones, etc. Todo tendiente a destacar con claro voluntarismo el marcado protagonismo en su obra. Se advierte una tensión entre los rasgos autoritarios del uso lenguaje y la referencia a los conceptos de moderación y consenso que se utilizan de manera reiterada y que sirven de plataforma para el discurso del autor. Por último en relación con la cuestión de fondo y forma se puede señalar que el texto fue pensado desde sus inicios para ser materializado en una inscripción.

Augusto, restaurador de lo antiguo y creador de lo nuevo

Una de las ideas expresadas de forma más reiterada por Augusto en

RGDA. consiste en señalar que su obra fue de restauración de la República romana en cuanto forma de gobierno, de reposición de las costumbres y de la piedad antiguas, así como también de algo que puede denominarse ‘un modo romano de ser republicano’. Estos aspectos son objeto de menciones directas en el texto, pero se pueden advertir también como inspiración en algunos pasajes que entregan noticias específicas sobre un determinado punto, como es el caso de la mención a la restauración de los templos en la ciudad de Roma, donde subyace el concepto de piedad hacia los dioses (véanse los comentarios a XIX,2 y XX,4, a modo de ejemplo).

La inscripción se abre y se cierra con referencias directas a la pacificación de Roma y a la restauración de la República como un efecto directo de ese primer logro. En I,1 se lee que “A los diecinueve años alisté un ejército por decisión personal y financiado por mí con el cual devolví la libertad de la República oprimida por el dominio de una facción”; mientras que en XXXIV,1, esto es, al momento del cierre, se encuentra que: “En mi sexto y séptimo consulado, luego de haber extinguido las guerras civiles, teniendo todo el poder con el consentimiento de todos, lo transferí al arbitrio del Senado y del Pueblo romano”¹⁹.

Probablemente sean estos los pasajes más comentados de la inscripción a lo largo del tiempo. Un análisis detallado servirá para dar cuenta de los conceptos y de las formas de escritura adoptadas por Augusto. En efecto, a los diecinueve años Augusto –entonces Octaviano– alistó un ejército personal con el cual se propuso reclamar la herencia política de Julio César, asesinado ese año (44 a. C.). Pero deduce, a continuación, y a modo de consecuencia directa de esta acción, su triunfo sobre Marco Antonio ocurrido bastante después en los años 31 y 30 a. C., a quien identifica simplemente como “una facción”. La idea central que el lector puede hacerse es que el hecho inicial fue la pacificación de Roma luego de las extensas guerras civiles que habían llegado a un punto máximo con el asesinato de César²⁰. Cuatro años después de lograda la paz (27 a. C.) habría procedido a transferir de modo libre y voluntario la totalidad del poder desde sus manos al Senado y al Pueblo Romano (XXXIV,1), estableciendo de esta manera el carácter central y de mayor profundidad del nuevo régimen. Aunque se trate de hechos iniciales –recuérdese que Augusto gobernó hasta el año

14 d. C., esto es, 41 años más– en el texto aparecen antecediendo y concluyendo todas las noticias y referencias mencionadas. En términos generales, pero muy claros, a la paz habría seguido la restauración como resultado de un acto claro de voluntad política.

La restauración política habría sido acompañada por un intento de reponer las costumbres antiguas (VI,1 y VIII,5) y las formas tradicionales de la piedad romana (VII,3; XIX,2; XX,3; XXIV,1 y 2), aspectos en los cuales el autor insiste bastante con la probable finalidad de señalar que se habría tratado de una intención real y no de una mascarada política. Este aspecto se encuentra presente también en una parte muy significativa de la producción literaria más cercana al régimen de la época, especialmente en Virgilio, quien construyó un Eneas cuyo rasgo distintivo fue el de la piedad, algo que también aparece como central el en el poeta Horacio y en varios pasajes de Ovidio.

Según sus propias palabras, Augusto habría sido alguien que deseaba restaurar y conservar un orden, y desde su posición de poder habría llevado adelante una búsqueda de consenso vuelto hacia las virtudes tradicionales de Roma. Consenso, antes que nada con el Senado romano, un organismo bastante modificado en cuanto a sus integrantes y poderes, pero cuyos miembros terminaron por aceptar el nuevo espacio concedido en la vida política romana y actuaron dentro de él. La contracara habría sido la decisión del emperador de contar de manera efectiva con este organismo para el desarrollo de su gobierno, entregarle de forma regular responsabilidades a sus integrantes, señalando, cada vez que le resultaba posible, que actuaba de acuerdo con la voluntad del que, de manera teórica al menos, seguía siendo el organismo rector de la vida política romana. Entre ambos hubo tensiones a lo largo del extenso gobierno de Augusto, pero no parece haberse llegado a una oposición irreconciliable²¹. Tácito, de manera ácida, señala que los senadores aceptaron riquezas y honores y en recompensa se mostraron dispuestos a servirlo²².

¿El Senado romano? La pregunta que cabe hacerse es, justamente, de cuál Senado se habla en forma específica. Este cuerpo que había ido acumulando una serie de poderes a lo largo del tiempo, más por la vía de la práctica que por un proceso legislativo, había

experimentado una serie de cambios durante el complejo y convulsionado siglo I a. C., y muy especialmente en los años en que Julio César detentó el poder.

Augusto, desde su irrupción en la actividad política romana el año 44 a. C. demostró tener claridad en la necesidad de acercarse a los grupos sociales poderosos dentro de la sociedad romana, y esto representaba a la aristocracia senatorial y los caballeros del Orden Ecuestre. Con el paso de los años y disponiendo de poder suficiente, fue elaborando, modificando y ampliando este concepto. Por lo que al Senado se refiere, lo consideró una institución necesaria y de la cual esperaba que abasteciera al gobierno con una parte de sus funcionarios.

Pero se trataba de un Senado reformado en una serie de aspectos: con 600 integrantes (un tercio menos que en los años inmediatamente precedentes, pero con el doble de miembros de lo que Augusto habría deseado), sus componentes fueron impelidos a desarrollar una vida ejemplar en lo político y lo personal, y se adoptaron varias medidas para cautelar este cumplimiento. Para ingresar al Senado reformado se debía tener, según el censo, bienes equivalentes a 1.000.000 de sestercios, contra los 400.000 anteriores. Para aristócratas y caballeros no parece haberse tratado de una gran suma, pero para algunos romanos e italianos sí podía llegar a serlo, y ellos recibieron apoyo directo del emperador cuando, según él, el caso lo ameritaba. Fue por esta vía que llegó a contar con un grupo de incondicionales dentro de la corporación.

Un aspecto central de las reformas al Senado fue la reducción del poder que había tenido antes de la crisis de la República, tiempos en los cuales había controlado todos los aspectos de la vida romana. En el nuevo escenario, construido a través de sucesivas imposiciones y transacciones, los senadores mantuvieron una palabra importante en la vida religiosa; en la recepción de las embajadas y los problemas que ellas plantearan, sus integrantes se desempeñaban como gobernadores en una cantidad significativa de provincias –las llamadas provincias senatoriales–, y en sus sesiones debían aprobar las variadas iniciativas que se le proponían. La otra cara de la moneda era su exclusión casi completa del sistema militar que se estableció durante el gobierno de Augusto, su no injerencia

en las relaciones con los reyes extranjeros y, por ende, su escasa gravitación en la política exterior romana. Perdió su influencia en la conducción de las finanzas imperiales y muchas de las provincias quedaron bajo el mando directo del emperador, particularmente aquellas en que se estacionaban las legiones romanas. Cuando el año 31 a. C. Egipto fue incorporado como provincia, los senadores no podían ir hasta allá sin contar con una autorización del gobierno central.

Las relaciones de Augusto con el Senado han dado motivos para muchas investigaciones y divergencias entre los historiadores modernos, reproduciendo la disparidad que se encuentra presente en las fuentes antiguas. Un problema central radica en que el naciente sistema de principado mantuvo un espacio para el Senado y no hubo intentos por erradicarlo. El primer emperador se presenta en la inscripción como el promotor y ejecutor de esta idea.

Cuando enfrentamos las múltiples menciones que se hacen al Senado en RGDA., debemos tener en cuenta que ellas se refieren a un período específico de la historia de esta corporación, un tiempo en el que sus poderes fueron reducidos en comparación con aquellos que había detentado en tiempos anteriores.

El Orden Ecuestre es mencionado de manera escasa dentro de RGDA. En XIV,2 se menciona que la totalidad de los caballeros (ecuestres) donaron escudos, lanzas y nombraron Príncipes de la Juventud a Cayo César y Lucio César, hijos adoptivos de Augusto y subentendidos herederos, con ocasión de su nombramiento prematuro como cónsules. La otra mención, y de mayor significación, se encuentra en XXXV,1, cuando Augusto, al referir su nombramiento como Padre de la Patria, indica que este reconocimiento fue proclamado por “El Senado, El orden Ecuestre y la totalidad del Pueblo romano”, referencia en que, de manera inusual, el autor incluye una mención al Orden Ecuestre en la fórmula que siempre había estado reservada solo al Senado y Pueblo romano. El silencio relativo a los ecuestres o caballeros romanos ha llamado la atención dada la importancia que tuvieron dentro del gobierno de Augusto y el régimen establecido. La mayor parte de los analistas señala que, por una parte, el emperador, en esa clave conservadora que identificó todo su régimen, restauró el

prestigio del Orden Ecuestre del período republicano, y también recurrió a ellos de forma reiterada para abastecer de funcionarios a una serie de cargos nuevos que se iban generando en la medida que crecía y se hacía más compleja la administración imperial²³.

Asimismo, se estableció un consenso más difícil de precisar con la plebe romana puesto que tuvo como base la prestación mutua de una serie de servicios y favores. Por una parte, el emperador asumía la representación de este sector a través de la tribunicia potestad, y a partir de esa condición se comprometía a adoptar una serie de medidas que beneficiaran a los plebeyos. Todo esto en el contexto de una plebe disminuida en relación con su gravitación social y política dentro del nuevo escenario del Imperio romano²⁴.

Un consenso, por último, en cuanto a que la dirección de las legiones y todo lo que se relacionara con ellas, quedaba radicado en las manos del emperador. Esto fue algo difícil de lograr, requirió de tiempo y de intervenciones muy decididas por parte de Augusto, obligando a la realización de reformas estructurales profundas – creación de una carrera militar en regla y un fondo de pagos e indemnizaciones para los soldados–; y a cambios culturales arraigados en la élite romana que había hecho de la obtención de triunfos militares uno de los pilares de la carrera política de sus miembros. Esta élite tuvo que aceptar, a partir de un cierto momento, que los triunfos en los campos de batalla fuesen adjudicados al emperador y no a los comandantes que habían estado a cargo de las legiones de manera directa. Lo señalado hasta aquí ha intentado dar cuenta de que en el régimen de principado dirigido por Augusto hubo elementos de restauración, mantención y modificación. Según el autor, las razones para generar un consenso a este respecto fueron mayores que las discrepancias que existían, al menos, con una parte de los senadores.

Pero, el lector tiene el derecho a hacerse preguntas ante estas afirmaciones e identificar ciertos silencios significativos guardados por el emperador. Ronald Syme en su libro *Revolución Romana* señaló que la inscripción resultaba ilustrativa tanto por lo que decía como por aquello que omitía, al igual que lo señalaron Brunt y Moore en una de las ediciones de *Res Gestae* que ha tenido una mayor circulación: “Lo que se omite en una narración de este tipo

puede ser tan informativo como lo que se señala, dado que esto indicará la forma en la cual el autor deseaba sesgar su narración”²⁵.

Llegados hasta este punto, la mayor parte de los analistas relacionan los silencios con aquellas noticias que el emperador prefirió callar, dado que no concordaban con la orientación de su escrito o la contradecían directamente. Y, en efecto, hay varias omisiones importantes que se pueden anotar en este sentido. Por ejemplo, los cercanos y colaboradores de Augusto no aparecen, por lo general, mencionados en la inscripción –incluida la omisión del nombre de Julio César–²⁶, salvo si son referidos a una acción relacionada de manera directa con el emperador, como son los casos de Marco Agripa²⁷ y de Tiberio, quienes fueron muy cercanos a él y estuvieron relacionados con el régimen de manera muy profunda, además de los vínculos familiares que se establecieron. Esto le da a su obra el carácter de un gobernante solitario quien, en esa condición, decidió la marcha del Imperio de acuerdo a una profunda voluntad de servicio ajena a cualquier tipo de interés y ambición personal. He aquí una de las deducciones más claras que se pueden extraer de RGDA. y que parece haber sido una obsesión de Augusto. Paul Zanker señaló, a este respecto, que Augusto “Solo pretendía mostrar que era el más poderoso el único capaz de restaurar el orden en el Estado”; y Alison Cooley, por su parte, destaca que entre los mensajes más claros que se encuentran en la inscripción, figura aquel que destaca la obra de un hombre que había resuelto todos los problemas del Imperio y establecido un gobierno que representaba los intereses de todos, sin menoscabar la soberanía de las instituciones²⁸.

Otra de las omisiones significativas se refiere a la cuestión sucesoria, aspecto en el cual el nuevo régimen había introducido un elemento nuevo y revolucionario con respecto a la tradición, puesto que en Roma las magistraturas no habían sido nunca hereditarias. Los miembros de la familia imperial que habían sido proyectados como sucesores de Augusto aparecen mencionados, pero no en esta clave, y nosotros podemos inferir esa condición más que percibirla de manera directa. Son las otras fuentes, aquellas tardías pero que recogieron noticias que se encontraban en aquellas que se perdieron, las que informan que el aspecto dinástico estuvo presente desde temprano en el ideario y gobierno de Augusto. La

lista podría seguir aumentando y exaltando la contradicción entre las cosas dichas y hechas, dado que según señalara Luca Canali en su edición de RGDA. en 1982 “...cuánto más se consolida el poder monárquico de Augusto, tanto más Augusto habla de restauración republicana”²⁹. Augusto, en suma, y según varios historiadores, habría sido un hipócrita político y su texto ejemplificaría de forma clara el punto.

Pero en *Res Gestae* hay otros silencios que llaman la atención y que se refieren a aquellos aspectos que bien podrían haber encontrado cabida en la inscripción y destacado elementos importantes del gobierno de Augusto. Sin embargo, fueron dejados de lado por algún motivo difícil de comprender. Nos referimos, a modo de ejemplo, a una buena parte de lo hecho por el gobierno de Augusto en la ciudad de Roma, aquella que encontró de ladrillos y dejó de mármol, según la famosa sentencia de Suetonio; la significativa promoción de libertos a cargos de importancia dentro de la administración³⁰; su acción en las provincias, presentadas de manera casi exclusiva en su aspecto de pacificación; la promoción sostenida de artistas y escritores que llevaron a la vida cultural romana a uno de sus momentos mejor logrados, etc. Es cierto que todo esto habría ido en contra de la brevitatis buscada y habría terminado por exceder los marcos exigidos para una inscripción, pero esto no deja de generar curiosidad y cierta extrañeza respecto de los mecanismos de selección utilizados por el autor.

La historia de la inscripción

Res Gestae Divi Augusti ha tenido una vida accidentada y variada a lo largo del tiempo. Este proceso puede muy bien constituir un capítulo aparte que ilustra la forma en que un texto antiguo llega hasta nosotros y cómo resulta marcado de manera profunda por su travesía y las lecturas que distintas épocas han hecho de él. A continuación intentaremos reconstruir este camino en sus grandes trazos, identificar las interpretaciones y usos más significativos durante los siglos XIX y XX; esto es, a partir del momento en que fueron editados los contenidos

*de los restos antiguos que de manera progresiva habían sido transcritos, para finalmente intentar una aproximación a las lecturas actuales*³¹. Un aspecto central de este recorrido consiste en que el autor de esta inscripción fue el emperador romano Augusto, una figura valorada de manera diversa a los largo de la historia, por lo cual la inscripción que él redactara ha estado siempre relacionada con el interés, o la falta de este, que en distintas épocas se ha hecho de su autor.

El proceso del descubrimiento progresivo de la inscripción a partir del siglo XVI en Ancyra (Turquía), bajo condiciones muy adversas marcadas por el deterioro del templo y de la inscripción en él contenida, tuvo un momento decisivo en la segunda parte del siglo XIX, cuando Georges Perrot y Edmond Guillaume, encargados por Napoleón, hicieron una serie de dibujos del templo donde se encontraba RGDA. y realizaron una copia de esta. Sobre estos fragmentos copiados, Theodor Mommsen realizó la primera edición de este documento en el año 1865. Diecisiete años más tarde, los investigadores de la Academia de Berlín sacaron a la luz la totalidad del texto griego, y el propio Mommsen realizó la segunda edición (1883)³². Hacia mediados de la década de 1930 cuando la inscripción fue completamente recuperada, pudo contarse con un texto establecido para su trabajo³³.

Una labor especialmente importante fue la edición a cargo de Jean Gagé en 1935 y que publicó la editorial Belles Lettres. Esta fue considerada por la casi totalidad de los comentaristas como la heredera, en cuanto calidad y seriedad en el trabajo, de la segunda edición de Mommsen. En sus más de doscientas páginas, se encuentra una introducción extensa de unas 60 páginas, la inscripción en sus versiones latina y griega, comentarios a cada una de sus párrafos, además de apéndices útiles. La crítica especializada³⁴ otorga a esta edición un carácter fundacional en relación con todo lo posterior que se hará en el siglo XX.

Hacia fines de la década de 1930 tuvieron lugar dos hechos externos que incidieron en las formas de utilizar y comprender Res Gestae Divi Augusti. En 1938 el gobierno fascista italiano instaló una copia de la inscripción en la base del podio que sostenía el recién excavado Altar de la Paz (Ara Pacis)³⁵. Quedaban así unidas por primera vez dos piezas que originalmente habían nacido

separadas, pero que el mencionado régimen puso en relación por cuanto representaban aquellos valores de la romanidad que se reivindicaban como sustento del régimen de Mussolini y de la proclamada nueva época que se estaría iniciando para el pueblo italiano. Esta actividad tuvo lugar en un contexto más amplio de recuperación y apropiación del gobierno de la experiencia romana antigua³⁶. Como veremos en breve, esta situación marcó la lectura – o la no lectura– de RGDA. por varias décadas, pero antes debemos decir que hasta el día de hoy el Altar de la Paz y la inscripción augustea comparten un mismo espacio.



Ara Pacis Augustae (Altar de la Paz Augusta) fue levantado por indicación del Senado romano con motivo del retorno del Emperador desde Hispania y Las Galias en el año 13 a. C. Inaugurado tres años después, fue una de las construcciones en las que se expresaron con mayor fuerza y claridad las ideas del régimen. Los otros dos fueron el Mausoleo y el Foro de Augusto.

Un año después, en 1939, pero en Oxford, comenzó a circular el libro *The Roman Revolution* de Ronald Syme, una obra que revolucionaba lo que había sido hasta entonces el tratamiento del gobierno del emperador Augusto y del régimen imperial que

estableciera³⁷. La importancia de esta obra radicó en la visión según la cual el programa y la obra de Augusto había sido el resultado de la acción de un partido –una parte o un sindicato, según el término que usó Syme– que pudo ponerse a la cabeza del imperio mediante una serie de acciones militares y políticas combinadas; a partir de este punto se transitó hacia un aceptación general que se fue produciendo a través del extenso gobierno de más de cuarenta años. A lo largo de este tiempo doblegó a los sectores sociales que habían gobernado Roma con anterioridad e impuso un sistema nuevo, aunque explicara esta novedad en un contexto de restauración del sistema republicano y de los valores antiguos de Roma. Pero, y tal como el título del libro lo indica, habría primado la revolución por sobre la restauración, voceada por la publicidad imperial y aceptada generalmente por la historiografía hasta ese momento.

La obra de Syme implicó dos aspectos más: fue la primera que, dedicada a la historia romana y referida al emperador Augusto, revisó de manera crítica a la figura de un emperador que había gozado de un crédito ilimitado por parte de la historiografía³⁸, insistiendo en el divorcio entre acción y discurso político. En este punto, el texto de Syme participó de manera profunda de la desconfianza que empezaba a generalizarse durante el período de entreguerras mundiales en relación con las intenciones y acciones del poder político y de las élites gobernantes. La segunda consistió en que *Roman Revolution* fue entendida por algunos críticos influyentes –Hugh Last y Arnaldo Momigliano, entre otros– como un libro anti fascista, lo que marcó la circulación y comprensión de esta obra por varias décadas. Esta lectura ha empezado a ser superada en los años recientes.

La utilización de RGDA. durante el fascismo, así como la desconfianza ante los discursos del poder propuesta por Syme y que sería compartida por una parte significativa de la historiografía posterior, determinaron que en el período de posguerra, la inscripción fuese objeto de escasa atención. En 1967, P. A. Brunt y J. M. Moore publicaron una edición comentada que contiene una breve introducción, el texto latino, su traducción y un cuerpo de comentarios sucintos. Esta edición gozó de mucha aceptación y fue consultada obligada hasta la aparición de la edición de Alison Cooley (2009). En Italia, en el año 1982, apareció luego de una larga

seguía al respecto, una pequeña edición a cargo de Luca Canali con texto latino y traducción al italiano, acompañada de breves comentarios. Su aparición fue considerada muy significativa por el vacío que venía a llenar más que por los contenidos que aportaba sobre el tema.

En español RGDA. ha tenido algunas traducciones acompañadas, por lo general, de comentarios. Una primera edición correspondió a Antonio Magariños en 1951³⁹. En 1994 Juan Manuel Cortés publicó una muy completa e informada edición, traducción y comentario de *Res Gestae Divi Augusti*, recomendable desde todo punto de vista, especialmente por su *Loci Paralleli*, apartado en el que entrega las noticias que se encuentran en otras fuentes sobre los temas referidos por Augusto. En Chile la primera traducción y comentarios estuvo a cargo de Nicolás Cruz y se publicó en 1984. Cuatro años después, Raúl Buono Core publicó una nueva traducción del texto con comentarios⁴⁰.

Entre los años 2007 y 2009 aparecieron dos ediciones que resultan de primera importancia: nos referimos a las ya mencionadas de John Scheid y a la de Alison Cooley. Ambas contienen la versión latina y griega de la inscripción más la traducción al francés y al inglés, respectivamente, una extensa y profunda introducción al tema, un completo cuerpo de comentarios y una extensa bibliografía. A estos elementos, se agrega el hecho de que se trata de ediciones que superan el tema de la relación RGDA. - fascismo, que de una u otra forma marcó las últimas seis décadas, aunque Cooley cierra su prólogo con una referencia de cierta extensión al respecto, mientras que Scheid no menciona la situación. Lo interesante es que estas ediciones abren nuevas posibilidades de lectura, especialmente porque intentan encontrar un equilibrio adecuado entre los contenidos romanos de la inscripción y su *reception* en nuestros días.

La nueva edición del volumen X de la *Cambridge Ancient History* ("The Augustan Empire 43 b. C.- A.D. 69), publicado en 1996, aborda el tema de las lecturas del período realizadas en nuestros días. Parte constatando: "Probablemente sea cierto que no existe un período de la historia romana frente al que la visión de los investigadores modernos haya experimentado una transformación

más radical en las últimas seis décadas”⁴¹. Los cambios no provendrían tanto de nuevos volúmenes de información como de una nueva valoración de aspectos a los que con anterioridad se les prestaba una atención menor y diferente⁴². Los ejemplos que se destacan corresponden al estudio de los restos materiales (edificios, objetos de arte, monedas, inscripciones, etc.); al estudio de los símbolos y mitos para la comprensión de los períodos históricos; y, finalmente, a la atención prestada a las creaciones literarias por cuanto resultan ser representativas del estado de la sociedad de su tiempo y tuvieron incidencia en la formulación de proyectos y procesos históricos (Virgilio y su Eneida han sido objetos de un intenso debate a este respecto). Los puntos destacados en la nueva edición del volumen de la Cambridge hacen referencias a aquellos aspectos que han sido modificados ‘desde adentro’ en este campo de estudios.

Estas ‘nuevas lecturas’ de nuestros días se relacionan también con otros dos aspectos que han tenido un fuerte desarrollo en las últimas décadas: el tema de la memoria, por una parte, y el de la tensión-distancia entre el discurso político y su plasmación en situaciones concretas de poder.

La memoria ha sido puesta como tema central por el estudio y la investigación de la neurociencia⁴³. Una de las conclusiones alcanzadas hasta el momento señala que lo que nosotros llamamos memoria consiste en una última elaboración de los recuerdos a los que no podemos acceder, como si hubiesen quedado registrados de manera definitiva en el momento que tuvieron lugar, aunque hagamos el esfuerzo de reconstruirlos por medio de las varias huellas que podamos encontrar. A partir de esto, RGDA. sería un ejercicio que Augusto habría realizado en esta clave y conviene evaluarlo y comprenderlo en este contexto, más que como un texto histórico sometido al escrutinio de su veracidad o falsedad o veracidad de sus contenidos.

Lo anterior no implica la concesión del crédito a todo lo señalado en RGDA. Más bien habla de la necesidad de especificar con la mayor claridad que sea posible frente a qué tipo de información nos encontramos. El punto, tal como ya tuvimos oportunidad de señalar, se hace más complejo por cuanto se perdió la mayor parte

de la información escrita en el período y, por lo tanto, estas memorias políticas del emperador han aumentado su importancia ante el vacío relativo existente. El problema de fondo es que nos faltan aquellas obras que nos habrían permitido contar con una base crítica para confrontar la visión llegada hasta nosotros. En suma, lo que debió haber sido un elemento más para reconstruir un tiempo, ha terminado por asumir un protagonismo inesperado. Pero esto no nos debe llevar a restarle valor a lo que son los recuerdos intencionados de quien fue actor central del proceso al cual hace referencia.

Un segundo aspecto que nos parece conveniente tener en cuenta radica en los análisis de las últimas décadas respecto a la tensión existente entre los discursos del poder y las intenciones manifiestas en sus actuaciones. Este fue uno de los grandes temas del pensamiento de la segunda mitad del siglo XX, el que se fue progresivamente alejando del estudio principalmente filológico de las fuentes para incorporar elementos provenientes de las ciencias sociales. Así, y retomando nuestro tema, a un primer período en que los historiadores concedieron el crédito a las afirmaciones de Augusto respecto de su gobierno del imperio (Mommmsen inició y marco marcó este camino), ha seguido uno en que, con varios matices, el escrutinio ha buscado fijarse en la distancia entre lo hecho y lo dicho sobre ese quehacer.

Estos dos aspectos se encuentran en la presentación que hacemos aquí de la inscripción y han orientado muchos de los comentarios. Nuestro problema, y con el que los historiadores tropezamos muchas veces, es que podemos advertir con cierta claridad cómo cada una de las ediciones de RGDA. contienen mucho de la época en que fueron realizadas y cómo cada uno de los editores ‘conversaba’ con las ideas de su propio tiempo; pero esta lucidez disminuye cuando se trata del trabajo propio y de la manera en que una determinada visión del mundo actual –en caso de que lleguemos a tenerla alguna vez– orienta la aproximación. Por más difícil que resulte, parece indispensable intentar hacer un ejercicio que lleve al plano consciente la propuesta de lectura que se está realizando, pero también para intentar la comprensión de una período diferente y que es el que ha sido puesto bajo estudio.

¹Para la historia de la inscripción antes de la segunda edición de Theodore Mommsen en 1883, GUIZZI (1999), 18-23; una información muy completa y bien valorada por la casi totalidad de los analistas es la de Ridley (2003), pp. 3-24.

²COOLEY (2009) pp. 19-22.

³SCHEID (2007) Introduction, pp. XIV-XVII.

⁴BRUNT Y MOORE (1967), p. 2.

⁵Ibíd.

⁶Scheid y Cooley están en esta línea interpretativa.

⁷YAVETZ, 1984, p. 12; LEVICK, 2010, pp. 224-224.

⁸VEYNE (2009), desde todo punto de vista, uno de los textos más sugerentes sobre el tema de la memoria y el fasto imperial. El artículo está dedicado a la columna de Trajano pero contiene ideas generales muy interesantes, además de una serie de referencias a Augusto.

⁹Una descripción general de las fuentes para el estudio de Roma imperial, con interesantes referencias al período augusteo, se encuentra en WELLS (1984, pp. 33-52); JONES (1970, pp. 168-174) es informativo y claro.

¹⁰La primera publicada por esta editorial estuvo a cargo de Jean Gage y fue editada en 1935. En ella se reportaba el estado actual de la cuestión respecto de los tópicos que aquí se discuten.

¹¹El punto ya había sido discutido por GUIZZI (1999, pp. 35-39). Este autor termina por descartar toda posibilidad de un ghost writer.

¹²SCHEID cita en “Introduction” (pp. XXVI y XXVII), las intervenciones que en este sentido hicieron W. Bowersock y Mary Beard en la discusión de St. Maul en 1998.

¹³En este sentido, ver RAMAGE (1987, p. 135).

¹⁴YAVETZ (1984, p. 12).

¹⁵ZANKER (1992) fue quien habló del “informe político del anciano Augusto” (p. 116), presentado en “la inscripción más monumental de los tiempos romanos” (GALINSKY, 2012); DYSON (2010): “...la última palabra sobre lo que había realizado durante su largo gobierno” (p. 155). Ya antes, SOUTHERN (1998): “Su narración retrospectiva en *Res Gestae* está fraseada de manera cuidadosa y su objetivo fue valorar de la manera más positiva posible aquello que

ya había acaecido. Las intenciones y esperanzas que quedaron en la nada están ausentes...” (p. 139); ECK (2007): “...un retrato del príncipe como el miembro más sobresaliente del *populus Romanus*”

¹⁶El punto puede aclararse si tenemos en cuenta que la inscripción digitalizada en las formas actuales suma algo así como nueve páginas (*Times New Roman*, cuerpo 12). Otro elemento extemporáneo pero aclaratorio es que el género de memorias políticas a lo largo de la historia ha tendido a plasmarse en obras extensas, varias de las cuales supera un solo volumen.

¹⁷SCHEID, Introduction, (2007, p. LI). El autor realiza una interesante presentación y análisis de las diversas interpretaciones acerca del lenguaje y estudio literario de la inscripción durante los siglos XIX y XX. Con anterioridad se había ocupado del tema RAMAGE (1987, pp. 135-146).

¹⁸Suetonio “Augusto”, 86; Aulio Gelio *Noches Áticas*, XV.7.3. La traducción corresponde a Juan Manuel Cortés. Augusto fue autor de unas memorias inconclusas, de una biografía de Druso, de algunos epigramas y versos satíricos y de una tragedia *Ayax* (BICKEL (1987, p. 201).

¹⁹*I, 1 Annos undeviginti natus exercitum privato consilio et privata impensa comparavi, per quem rem publicam a dominatione factionis oppressam in libertatem vindicavi XXXIV, 1 In consulatu sexto et septimo, postquam bella civilia exstinxeram per consensum universorum potitus rerum omnium, rem publicam ex mea potestate in senatus populique Romani arbitrium transtuli*

²⁰El tema de la paz alcanzada, y luego mantenida durante el gobierno de Augusto, se vuelve a encontrar en XIII, 1, cuando

señala que las puertas del Templo de Jano “que nuestros antepasados quisieron que se cerrase cuando en todo el Imperio romano hubiese paz...” fueron cerradas tres veces.

²¹BARRAZA, L. (2014). Su tesis formó parte del proyecto FONDECYT n° 1120036 (Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología, Chile) “La Construcción de la Memoria en los Inicios de la Roma Imperial”.

²²TÁCITO, Anales, I,2.

²³No resulta fácil hacerse una idea precisa del papel del Orden Ecuéstre en el nuevo régimen imperial. Para este tema, pueden verse con provecho a JONES (2013, orig. 1970, pp. 136-140); NICOLET (1984, pp. 96-107) y LEVICK (2010, pp. 143-144).

²⁴GUZMÁN, F. (2014). Su tesis formó parte del proyecto FONDECYT n° 1120036 (Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología, Chile): “La Construcción de la Memoria en los Inicios de la Roma Imperial”.

²⁵SYME: (2010) “Es tan instructiva por lo que dice como por lo que omite” p. 640; BRUNT Y MOORE (1967, p. 3). En esta misma línea y con ejemplificación detallada, JONES (2013, pp. 59-61) y GUIZZI (1999. Pp. 56-57). Una opinión en sentido contrario, COOLEY (2010, p. 36).

²⁶LEVICK (2010, p. 233).

²⁷No compartimos la impresión de Alison Cooley en cuanto a que sí existe un pleno reconocimiento a la figura de Marco Agripa.

²⁸ZANKER (1992, p. 102) y COOLEY, pp. 36-37). Una presentación interesante se encuentra en LEVICK (2010, p. 231).

²⁹CANALI (1982, p. 11).

³⁰COOLEY (2010, p. 39).

³¹El descubrimiento y transcripción progresiva de la inscripción ha sido narrada y explicada por RIDLEY (2003, pp. 3-24). Las breves referencias que hacemos aquí son deudoras de su completo y muy atractivo informe.

³²The Monumentum Ancyranum. E. G. HARDY. Oxford, 1923.

³³Ilustrativos y claros sobre este punto resultan ser RAMAGE (1987, 121-132), quien señala que el texto fue establecido de manera definitiva en un largo arco de tiempo que se extendió desde MOMMSEN (edición de 1883) y a través de la primera mitad del siglo XX, destacando las ediciones a cargo de D. M. ROBINSON (1926), W. M. RAMSAY Y A. VON PREMERSTEIN (1927), W. WEBER (1937) y E. MALCOVATI (1944). Durante este período tuvo importancia la edición, con un amplio cuerpo de comentarios históricos, realizada por JEAN GAGÉ, publicada por Belles Lettres en 1935. Interesantes noticias y comentarios a este respecto se encuentran también en SCHEID (2007, pp. LXXVIII-LXXXIV).

³⁴Esta valoración de la edición de Gagé se encuentra en el comentario de FRANZ CUMONT aparecido en la *Revue Belge de Philologie et Histoire*, 1936, vol. 15, n° 1, pp. 178-179, así como también en el de L. A. CONSTANS (*Journal des Savants*, 1935, vol. 6, n° 6, pp. 276-277), quien destaca el vacío que había venido a llenar esta edición en Francia donde solo se encontraba una antigua edición de 1886. Términos de reconocimiento similares expresó G. A. HARRER en *The American Journal of Philology*, vol. 58, n° 2, 1937, pp. 247-250. Por último, J. G. C. ANDERSON (*Journal of Roman Studies*, vol. 26, 1936, pp. 278-280) resalta la presentación del texto de acuerdo a su estado más reciente y por entregar un completo estado de la discusión.

³⁵COOLEY (2009, p. 51).

³⁶A este respecto, COOLEY (2009, pp. 51-55); STONE (1999, pp. 205-220); SANFENTES (2013, pp. 249-261).

³⁷CRUZ (2015, pp. 73-92).

³⁸Los libros más representativos a este respecto en los años cercanos a la aparición del libro de Syme fueron los de HAMMOND (1933) y COOK, ADCOCK Y CHARLESWORTH (1934). Debe tenerse en cuenta que este último corresponde a la primera edición del volumen X de la *Cambridge Ancient History* y fue una obra de influencia enorme en lo que se refiere a la comprensión del surgimiento del régimen imperial romano.

³⁹Entre las traducciones al español cabe consignar a ALVAR, A.: *Las Res Gestae Diui Augusti*. Introducción, texto latino y traducción, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología 7-8, 1981-1982, pp. 109-140; y FATAS, G., Y MARTÍN-BUENO, M.: *Res Gestae Diui*

Augusti, Universidad Popular, Zaragoza, 1990. Ambos fueron profesores de Juan Manuel Cortés y lo impulsaron para que llevara adelante su edición del año 1994.

⁴⁰CRUZ (1984, pp. 63-112); BUONO CORE (1988, pp. 149-165).

⁴¹BOWMAN, CHAMPLIN Y LINTOTT (1996, Preface, p. XIX).

⁴²CROOK (1996, pp. 71-73) en BOWMAN, CHAMPLIN Y LINTOTT.

⁴³HUSTVEDT (2013), pp. 111-134; COETZEE Y KURTZ (2015).

La Inscripción

Rerum gestarum divi Augusti, quibus orbem terrarum imperio populi Romani subiecit, et inpensarum, quas in rem publicam populumque Romanum fecit, incisarum in duabus aeneis pilis, quae sunt Romae positae exemplar subiectum.

De las obras del divino Augusto con las cuales sometió todas las tierras del orbe al Imperio romano, y de los gastos que hizo a favor de la República y el pueblo romano. He aquí reproducida una copia del original inscrita en dos columnas de bronce levantadas en Roma.



Annos undeviginti natus exercitum privato consilio et privata impensa comparavi, per quem rem publicam a dominatione factionis oppressam in libertatem vindicavi. eo nomine senatus decretis honorificis in ordinem suum me adlegit C. Pansa et A. Hirtio consulibus consularem locum sententiae dicendae tribuens et imperium mihi dedit. res publica me quid detrimenti caperet, me pro praetore simul cum consulibus providere iussit. populus autem eodem anno me consulem, cum consul uterque in bello cecidisset, et triumvirum rei publicae constituendae creavit.

1.1 A los diecinueve años alisté un ejército por decisión personal y financiado por mí con el cual devolví la libertad a la República

oprimida por el dominio de una facción.

I.2 Por esto el Senado, con decretos honrosos, me unió a su Orden bajo el consulado de C. Pansa y A. Hirtio, y se me permitió expresar mi opinión entre los cónsules y se me concedió el imperio.

I.3 Dispuso que yo, en condición de propretor, junto con los cónsules, velara por que la República no sufriese daño alguno.

I.4 Ese mismo año el Pueblo, ya que los dos cónsules habían caído en la guerra, me nombró cónsul y triunviro para ordenar la República.

II

Qui parentem meum trucidaverunt, eos in exilium expuli iudiciis legitimis ultus eorum facinus est postea bellum inferentis rei publicae vicius acie.

II.1 Mandé al exilio a los que asesinaron a mi padre y con juicio justo castigué su crimen. Luego, cuando hicieron guerra a la República, los vencí dos veces.

III

Bella terra et mari civilia externaque toto in orbe terrarum saepe

gessi» victorque omnibus v«niam petentib»us civibus peperci.
externas» gentes, quibus tuto «gnosci potuit, co»nservare quam
excidere ma»lui». millia civium Roma»no»rum «sub» sacramento meo
fuerunt circiter «quingen»ta. ex quibus deduxi in coloni»as aut remisi
in municipia sua stipen»dis emeritis millia aliquanto plura quam
trecenta, et iis omnibus agros a»dsignavi» aut pecuniam pro p»raemis
militiae dedi. naves cepi sescen»tas praete»r eas, si quae minores
quam tri»remes fuerunt.

III.1 Frecuentemente combatí, en tierra y mar, guerras civiles y
externas en todo el orbe, y victorioso perdoné a todos los
ciudadanos que pidieron el perdón.

III.2 Preferí conservar en vez de destruir a los pueblos extranjeros
que podían ser perdonados con seguridad.

III.3 De los ciudadanos romanos, fueron cerca de quinientos mil los
que me prestaron juramento. Algo más de trescientos mil veteranos
ubiqué en colonias o devolví a su lugar de origen, y a todos asigné
tierras o les di los premios por labores militares.

III.4 Capturé seiscientas naves, sin contar las más pequeñas que los
trirremes.

«IV»

«Bis» ovans triumphavi et tri»s egi» curulis triumphos et appella»tus
sum viciens et semel imperator, «decernente plu»ris triumphos mihi
senatu, quibus omnibus su»persedi. laurum de fasci»bus deposui in
Capitolio votis, quae» quoque bello nuncupaveram, «solutis. ob res

a «me aut per legatos» meos auspiciis meis terra marique prorsus peregestas quinquagens et quinquens decrevit senatus supplicandum esse dis immortalibus. dies autem, per quos ex senatus consulto «supplicatum est, fuere DCCLXXX. in triumphis meis» ducti sunt ante currum meum reges aut regum liberi novem. consul fueram terdecies, cum «scribebam» haec, «et eram sextimum et tricenum tribuniciae potestatis.

IV.1 Dos veces recibí la ovación y celebré tres veces el triunfo curul, y fui aclamado veintiuna veces emperador, aunque el Senado decretó en mi favor otros triunfos más, que decliné. Deposité los fasces de laurel en el Capitolio, cumpliendo los votos que hice en cada una de las guerras.

IV.2 Cincuenta y cinco veces el Senado decretó rogativas a los dioses inmortales por las felices empresas cumplidas en tierra o mar por mí o mis legados bajo mis auspicios. Alcanzaron a ochocientos noventa los días en los cuales, por decreto del Senado, fueron pronunciadas oraciones.

IV.3 En mis triunfos fueron conducidos delante de mi carro nueve reyes o hijos de reyes.

IV.4 Cuando escribo estas memorias he sido cónsul trece veces y desempeño por trigésima séptima vez la Tribunicia Potestad.

«V»

«Dictatura» et absenti et praesenti mihi delatam et a populo et a senatu «M. Marcello et L. Arruntio «cos.» non recepi. non sum»

deprecatus in summa frumentum penuria curatio nem annonae quam ita administravi, ut intra dies paucos metu et periculo praesenti civitatem universam liberarim impensa et cura mea. consulatum quoque tum annum et perpetuum mihi delatum non recepi.

V.1 No acepté la dictadura que me ofreció el Pueblo y el Senado mientras estuve ausente o presente en la ciudad, bajo el consulado de M. Marcelo y L. Arruntio.

V.2 No rechacé el encargarme del aprovisionamiento de grano en momento de la gran escasez de este; administré las cosas de tal manera de liberar en pocos días a la ciudad entera del peligro y el temor gracias a mis gastos y preocupaciones.

V.3 No acepté el consulado anual y perpetuo que se me ofreció.

VI

Consulibus M. Vinicio et Q. Lucretio et postea P. Lentulo et Cn. Lentulo et tertium Paulo Fabio Maximo et Q. Tuberone senatu populoque Romano consentientibus ut curator legum et morum summa potestate solus crearer, nullum magistratum contra morem maiorum delatum recepi. quae tum per me geri senatus voluit, per tribuniciam potestatem perfeci, cuius potestatis conlegam et ipse ultro quinquens a senatu deprecosci et accepi.

VI.1 Bajo el consulado de Marco Vinicio y Quinto Lucrecio, y luego bajo el de Publio Léntulo y Cneo Léntulo, y por tercera vez bajo Paulo Fabio Máximo y Quinto Tuberón, el Senado y el Pueblo

romano quisieron designarme único y todopoderoso superintendente de las leyes y las costumbres, pero yo no acepté ninguna magistratura contraria a las costumbres de nuestros antepasados.

VI.2 Y aquellos actos que el Senado quiso que entonces fuesen realizados por mí, los llevé a cabo sobre la base de la Tribunicia Potestad, en la cual por cinco veces, de forma espontánea, solicité y obtuve un colega.

⟨VII⟩

⟨Triumvī⟩rum rei pu⟨bli⟩cae con⟨sti⟩tuendae fui per continuos annos ⟨decem. p⟩rinceps s⟨enatus⟩ fui usque ad eum dīem, quo scripseram ⟨haec, per annos⟩ quadraginta. pon⟨ti⟩fex ⟨maximus, augur, quindecimvir⟩um sacris faciundis, septemvirum epulonum, frater arvalis, sodalis Titius, fectialis fui.

VII.1 He sido triunviro para la ordenación de la República por diez años seguidos.

VII.2 He sido princeps del Senado por cuarenta años hasta el momento en que escribo estas memorias.

VII.3 He sido pontífice máximo, augur, parte de los quince hombres encargados de los ritos sacros, parte de los siete hombres epulones. También he pertenecido a los Hermanos Arvales y a los Titios, y asimismo he desempeñado el cargo de heraldo fecial.

⟨VIII⟩

Patriciorum numerum auxi consul quintum iussu populi et senatus. senatum ter legi. et in consulatu sexto censum populi conlega M. Agrippa egi. lustrum post annum alterum et quadragensimum feci. quo lustrum civium Romanorum censa sunt capita quadragiens centum millia et sexaginta tria millia. tum iterum consulari cum imperio lustrum solus feci C. Censorino et C. Asinio cos., quo lustrum censa sunt civium Romanorum capita quadragiens centum millia et ducenta triginta tria millia. et tertium consulari cum imperio lustrum conlega Tib. Caesare filio meo feci Sex. Pompeio et Sex. Appuleio cos., quo lustrum censa sunt civium Romanorum capitum quadragiens centum millia et nonaginta triginta et septem millia. legibus novis me auctore latis multa exempla maiorum exolescentia iam ex nostro saeculo reduxi et ipse multarum rerum exempla imitanda posteris tradidi.

VIII.1 Siendo cónsul por la quinta vez, por voluntad del Pueblo y del Senado aumenté el número de los patricios.

VIII.2 Tres veces depuré el Senado, y en el sexto consulado, teniendo como colega a Marco Agripa, hice el censo de la población. Celebré la ceremonia lustral después de cuarenta y dos años y en esta ocasión fueron registrados cuatro millones sesenta y tres mil ciudadanos romanos.

VIII.3 Por segunda vez hice la ceremonia lustral, revestido del poder consular con imperio único, bajo el consulado de C. Censorino y C. Asinio, y en este censo fueron registrados cuatro millones doscientos treinta y tres mil ciudadanos romanos.

VIII.4 Y por la tercera vez, investido del poder consular con imperio, teniendo como colega a mi hijo Tiberio César, realicé la ceremonia lustral bajo el consulado de Sexto Pompeyo y de Sexto Apuleyo, y en esta ocasión fueron registrados cuatro millones novecientos treinta y siete mil ciudadanos.

VIII.5 Con nuevas leyes, promulgadas a propuesta mía, restablecí costumbres antiguas y yo mismo transmití a las generaciones futuras muchas costumbres dignas de imitar.

IX

Vota pro salute mea suscipi per consules et sacerdotes quinto quoque anno decrevit senatus. ex iis votis saepe fecerunt vivo me ludos aliquotiens sacerdotum quattuor amplissima conlegia, aliquotiens consules. privatum etiam et municipatim universi cives unanimiter continenter apud omnia pulvinaria pro valetudine mea supplicaverunt.

IX.1 El Senado decretó que cada cuatro años los cónsules y los sacerdotes hiciesen votos por mi salud. Para celebrar estos votos se celebraron frecuentemente juegos en vida mía, algunas veces los realizaron los cuatro más venerados colegios de sacerdotes y otras veces los cónsules.

IX.2 Y también en privado, así como por municipios, todos los ciudadanos, en forma unánime, y constantemente, ofrecieron oraciones en los altares por mi salud en todas las fiestas públicas.

⟨X⟩

Nomēn meum senatus consulto inclusum est in Saliare carmen et sacrosanctus in perpetuum ut essem et, quoad viverem, tribunicia potestas mihi esset, per legem sanctum est. pontifex maximus ne fierem in vivi collegae mei locum, populo id sacerdotium deferente mihi, quod pater meus habuerat, recusavi. quod sacerdotium aliquod post annos eo mortuo qui civilis tumultus occasione occupaverat, cuncta ex Italia ad comitia mea confluentem multitudine, quanta Romae nunquam narratur ad id tempus fuisse, recepi P. Sulpicio C. Valgio consulibus.

X.1 Por decreto del Senado mi nombre fue incluido en el Canto Saliar, y fue sancionado por la ley que mi persona fuese inviolable y que tuviese la Tribunicia Potestad de por vida.

X.2 Rechacé convertirme en Pontífice Máximo en el puesto de un colega todavía vivo cuando el pueblo me ofreció ese sacerdocio que ya había tenido mi padre. Después de algunos años, muerto aquel que lo había ejercido con ocasión de las guerras civiles, acepté ese sacerdocio bajo el consulado de Publio Sulpicio y de Cayo Valgio, confluyó para mi elección desde toda Italia una multitud tal que, según se dice, nunca se había visto en Roma antes de este tiempo.

⟨XI⟩

Aram Fortunae reducis ante aedes Honoris et Virtutis ad portam Capenam pro reditu meo senatus consecravit, in qua pontifices et virgines Vestales anniversarium sacrificium facere iussit eo die, quo consulibus Q. Lucretio et M. Vinicio in urbem ex Syria redieram, et diem Augustalia ex cognomine nostro appellavit.

XI.1 El Senado, con motivo de mi regreso, consagró el altar de la Fortuna Redux delante de los templos del Honor y de la Virtud en la Puerta Capena, y dispuso que en él los pontífices y las vírgenes vestales sacrificasen anualmente el día en el cual, bajo el consulado de Q. Lucrecio y M. Vinicio, regresé a la ciudad desde Siria, y llamé ese día Augustalia en recuerdo de mi nombre.

«XII»

«Ex senatus auctoritate pars «praetorum est tribunorum «plebi cum consule Q.» Lucretio et principibus viris «obviam mihi missa est in Campaniam, qui honos «ad hoc tempus nemini praeter «me est decretus. cum ex Hispania Gallicaque, rebus in iis provinciis prospere gestis, Romam redi Ti. Nerone et P. Quintilio consulibus, aram «Pacis Augustae senatus pro» reditu meo consacrandam censuit ad campum «Martium, in qua magistratus et sacerdotes «virginesque Vestales anniversarium sacrificium facere iussit.

XII.1 Por decisión del Senado, una parte de los pretores y tribunos de la plebe, el cónsul Q. Lucrecio y los hombres más importantes me salieron al encuentro en Campania, honor que nunca se había decretado a otro antes que a mí.

XII.2 Cuando regresé a Roma desde Hispania y Galia, luego de haber realizado felices empresas en esas provincias, bajo el consulado de Tiberio Nerón y de Publio Quintilio, el Senado decretó que se debía consagrar en honor de mi regreso el Altar de la Paz Augusta en las proximidades del Campo de Marte, y dispuso que en él los magistrados, sacerdotes y vírgenes vestales celebrasen cada año un sacrificio.

«XIII»

«Ianium» Quirin«um, quem claussum esse maiores nostri voluerunt, cum «per totum imperium populi Romani terra marique esset parta victoriis pax, cum, priusquam» nascerer «a condita» urbe bis omnino clausum «fuisse prodatur memoriae, ter me principe senatus claudendum esse censuit».

XIII.1 El templo de Jano Quirino, que nuestros antepasados quisieron que se cerrase cuando en todo el romano hubiese paz como fruto de las victorias por tierra o por mar, y que según la tradición se cerró solamente dos veces desde la fundación de la ciudad, el Senado decretó que fuese cerrado tres veces durante mi principado.

«XIV»

«Filiis meos, quos iuvenes mihi eripuit fortuna», Gaium et Lucium Caesares honoris mei causa senatus populusque Romanus annum quintum et decimum agentis consules designavit, ut «eum magistratum inirent post quinquennium. et ex eo die, quo deducti «sunt in forum, ut interessent consiliis publicis decrevit senatus. equites «autem Romani universi principem iuventutis utrumque eorum par«is et hastis argenteis donatum appellaverunt.

XIV.1 El Senado y el Pueblo romano, en mi honor, designó a mis hijos Cayo César y Lucio César, a quienes la fortuna me arrebató jóvenes, cónsules a la edad de quince años, para que asumieran la magistratura luego de cinco años, y desde el día en que fueron

llevados al foro tomaron parte en los consejos públicos.

XIV.2 Además, la totalidad del orden de los caballeros romanos les donó escudos y lanzas de plata, y a ambos los proclamó príncipes de la juventud.

⟨XV⟩

Plebei Romanae viritim HS trecenos numeravi ex testamento patris mei et nomine meo HS quadringenos ex bellorum manibiis consul quintum dedi, iterum autem in consulatu decimo ex p̄atrimonio meo HS quadringenos congiari viritim pernumeravi, et consul undecimum duodecim frumentationes frumento p̄ivatim coempto emensus sum, et tribunicia potestate duodecimum quadringenos nummos tertium viritim dedi. quae mea congiaria p̄venerunt ad hominum millia nunquam minus quinquaginta et ducenta. tribuniciae potestatis duodevicensimum, consul XII trecentis et viginti millibus plebis urbanae sexagenos denarios viritim dedi. et colonis militum meorum consul quintum ex manibiis viritim millia nummum singula dedi; acceperunt id triumphale congiarium in colonis hominum circiter centum et viginti millia. consul tertium decimum sexagenos denarios plebei, quae tum frumentum publicum accipiebat, dedi; ea millia hominum paullo plura quam ducenta fuerunt.

XV.1 En mi quinto consulado di a cada uno de los hombres de la plebe romana trescientos sestercios según el testamento de mi padre, y cuatrocientos sestercios de los botines de guerra a nombre mío. Nuevamente, en mi décimo consulado, di a cada uno cuatrocientos sestercios de mi patrimonio. Siendo cónsul por décima primera vez hice doce distribuciones de grano con granos comprados por mí, y en el año de mi décima segunda tribunicia potestad di, por tercera vez, cuatrocientos sestercios a cada uno. De

estas donaciones se beneficiaron no menos de doscientas cincuenta mil personas.

XV.2 En el año de mi décima octava tribunicia potestad, siendo cónsul por la décima segunda vez, di sesenta denarios a los trescientos veinte mil miembros de la plebe urbana.

XV.3 En mi quinto consulado di mil sestercios a cada uno de mis soldados en las colonias, sacados del botín de guerra; en las colonias, cerca de ciento veinte mil hombres recibieron la donación al momento de mi triunfo.

XV.4 Siendo cónsul por la décima tercera vez, di sesenta denarios a cada miembro de la plebe que en ese momento recibiese trigo público; fueron poco más de doscientos mil hombres.

⟨XVI⟩

Pecuniam ⟨pro agris, quos in consulatu meo quarto et postea consulibus M. Crasso et Cn. Lentulo Augure adsignavi militibus, solvi municipis. ea ⟨summa sestertium circiter sexsies milliēns fuit, quam ⟨pro Italicis praedis numeravi, et circiter bis milliēns et sescentiens, quod pro agris provincialibus solvi. id primus et solus omnium, qui deduxerunt colonias militum in Italia aut in provinciis, ad memoriam aetatis meae feci. et postea Ti. Nerone et Cn. Pisone consulibus, itemque C. Antistio et D. Laelio cos. et C. Calvisio et L. Pasieno consulibus et L. Lentulo et M. Messalla consulibus et L. Caninio et Q. Fabricio cos.⟩ militibus, quos emeriteis stipendis in sua municipia deduxi, praemia numero persolvi, quam in rem sestertium quater milliēns circiter impendi.

XVI.1 Pagué a los municipios con dinero por las tierras que en mi cuarto consulado, y luego bajo el consulado de M. Craso y Cn. Léntulo Augur, asigné a mis soldados. La suma fue cercana a los seiscientos millones de sestercios cuando pagué las tierras de Italia, y cerca de doscientos sesenta millones cuando pagué las tierras de provincias. Según hoy se dice, fui el único en hacer esto entre todos los que instalaron colonias en Italia o en las provincias.

XVI.2 Y después, bajo el consulado de Tiberio Nerón y Cn. Pisón, y bajo el consulado de C. Antistio y D. Laelio, y bajo el de C. Calvisio y L. Pasieno, y bajo el consulado de Léntulo y M. Mesala, y el de L. Caninio y Quinto Fabricio, devolví a sus municipios a los soldados que habían concluido su servicio, a quienes pagué enteramente en dinero sus premios, en lo cual gasté cerca de cuatro millones de sestercios.

«XVII»

Quater «pecunia mea iuvi aerarium ita, ut sestertium milliēns et quingēntiēns ad eos, qui praerant aerario, detulerim. et M. Lepido et L. Arꝛuntio cos. in aerarium militare, quod ex consilio meo coꝛsꝛtitutum est, ex «quo praemia darentur militibus, qui vicena «aut pluꝛa stiꝛpendiꝛa emeruissent, HS milliēns et septingēntiēns ex patꝛimꝛonio «meo detuli.

XVII.1 Ayudé cuatro veces al erario con mi propio dinero, entregando ciento cincuenta millones de sestercios a aquellos que estaban encargados de él.

XVII.2 Bajo el consulado de M. Lépidο y L. Arruntio entregué ciento setenta millones de sestercios de mi patrimonio al erario militar que fue creado por mis consejos para dar los premios a los soldados que hubiesen militado veinte años o más.

«XVIII»

«Ab illo anno, quo Cn. et P. Lentuli cōsules fuerunt, cum deficerent pūblicae opes tum centum millibus hōmīnum tum pluribus multo frumentarios et nummarios trībutus ex horreō et patrimonio mēo edidi.

XVIII.1 A partir del año en que fueron cōsules Cneo y Publio Léntulo, hice asignaciones de grano y de dinero de mi granero y de mi patrimonio a cien mil o más personas cuando las rentas públicas fueron insuficientes.

«XIX»

Curiam et continens ei Chalcidicum templumque Apollinis in Palatio cum porticibus, aedem divi Iuli, Lupercal, porticum ad circum Flaminium, quam sum appellari passus ex nomine eius, qui priorem eodem in solo fecerat Octaviam, pulvinar ad circum Maximum, aedes in Capitolio Iovis Feretri et Iovis Tonantis, aedem Quirini, aedes Minervae et Iunonis Reginae et Iovis Libertatis in Aventino, aedem Larum in summa Sacra Via, aedem deum Penatium in Velia, aedem Iuventatis, aedem Matris Magnae in Palatio feci.

XIX.1 Construí el Senado y el Calcídico contiguo a él, y el templo de Apolo con sus pórticos sobre el Palatino y el templo del Divino Julio, el Lupercal, el pórtico en el Circo Flamini, el que permití fuese llamado Octavio en honor a quien en el mismo lugar había edificado uno precedente, y la logia imperial del Circo Máximo.

XIX.2 (Construí) el templo de Júpiter Feretrio y el de Júpiter Tronante en el Capitolio; el templo de Quirino; los templos de Minerva, de Juno Reina y el de Júpiter Liberador en el Aventino; el templo de los Lares al final de la Vía Sacra; el templo de los Penates en la Velia; el templo de la Juventud y el templo de la Madre Mayor en el Palatino.

XX

Capitolium et Pompeium theatrum utrumque opus impensa grandi refeci sine ulla inscriptione nominis mei. rivos aquarum compluribus locis vetustate labentes refeci, et aquam, quae Marcia appellatur, duplicavi fonte novo in rivum eius inmisso. Forum Iulium et basilicam, quae fuit inter aedem Castoris et aedem Saturni, coepta profligataque opera a patre meo, perfeci et eandem basilicam consumptam incendio ampliata eius solo sub titulo nominis filiorum meorum incoavi et, si vivus non perfecissem, perfici ab heredibus meis iussi. duo et octoginta templa deum in urbe consul sextum ex auctoritate senatus refeci, nullo praetermisso quod eo tempore refici debebat. consul septimum viam Flaminiam ab urbe Ariminum refeci pontesque omnes praeter Mulvium et Minucium.

XX.1 Restauré el Capitolio y el Teatro de Pompeyo, ambas obras de gran costo, sin colocar ninguna inscripción con mi nombre.

XX.2 Reparé los acueductos que en muchos lugares se habían deteriorado por el paso del tiempo, y dupliqué el acueducto llamado Marcio, introduciendo una nueva fuente en su curso.

XX.3 Concluí el Foro Julio y la Basílica entre el templo de los Cástorees y el templo de Saturno, obras comenzadas y casi terminadas por mi padre, y cuando esta fue destruida por un incendio, comencé su reconstrucción en una superficie más amplia, dedicándola a mis hijos, y ordené que, si no la alcanzaba a terminar en vida, fuese concluida por mis herederos.

XX.4 Siendo cónsul por sexta vez, por la voluntad del Senado restauré ochenta y dos templos de los dioses en la ciudad, sin desatender ninguno que en ese tiempo exigiese arreglo.

XX.5 Siendo cónsul por séptima vez, restauré la Vía Flaminia hasta la ciudad de Ariminum, y todos los puentes excepto el Milvio y el Minucio.

⟨XXI⟩

In privato solo Martis Ultoris templum ‹forumque Augustum ‹ex man›ibiis feci. theatrum ad aedem Apollinis in solo magna ex parte a p›ri›atis empto feci, quod sub nomine M. Marcelli› generi mei esset. don›a e›x manibiis in Capitolio et in aede divi Iu›bi et in aede Apollinis et in aede Vestae et in templo Martis Ultoris consecravi, quae mihi constiterunt HS circiter milliens. auri coronari pondo triginta et quinque millia municipiis et colonis Italiae conferentibus ad triumpho›s meos quintum consul remisi et postea, quotienscumque imperator ap›pellatus sum, aurum coronarium non accepi decernentibus municipiis› et colonis aequ› benig›ne adque

antea decreverant.

XXI.1 Construí en terrenos privados y con dinero del botín el templo de Marte Vengador y el Foro de Augusto. Construí, en suelo comprado en gran parte a particulares, el teatro en las cercanías del templo de Apolo, al que llamé de M. Marcelo por mi yerno.

XXI.2 Consagré dones de los botines de guerra en el Capitolio, en el Templo del Divino Julio, en el Templo de Apolo y en el Templo de Marte Vengador, los cuales me costaron cerca de cien millones de sestercios.

XXI.3 En mi quinto consulado devolví treinta y cinco mil libras de oro coronario a los municipios y colonias de Italia que me fueron entregados por mis triunfos, y, después, cada vez que fui aclamado emperador, no acepté el oro que los municipios y colonias me decretaron con el mismo afecto que en las ocasiones anteriores.

XXII

Ter munus gladiatorium dedi meo nomine et quinquens filiorum meorum aut nepotum nomine, quibus muneribus depugnaverunt hominum circiter decem millia. bis athletarum undique accitorum spectaculum populo praebui meo nomine et tertium nepotis mei nomine. ludos feci meo nomine quater, aliorum autem magistratum vicem ter et viciens. pro conlegio XV virorum magister conlegii collega M. Agrippa ludos saeculares C. Furnio C. Silano cos. feci. consul XIII ludos Martiales primus feci, quos post id tempus deinceps insequentibus annis s. c. et lege fecerunt consules. venationes bestiarum Africanarum meo nomine aut filiorum meorum et nepotum in circo aut in foro aut

in amphitheatris populo dedi sexiens et viciens, quibus confecta sunt bestiarum circiter tria millia et quingentae.

XXII.1 Di tres veces juegos gladiatorios en mi nombre y cinco veces en nombre de mis hijos y nietos. En estos juegos combatieron cerca de diez mil hombres. Dos veces ofrecí en mi nombre, y una tercera vez en nombre de mi nieto, juegos de atletas, a quienes hice venir de todas partes.

XXII.2 Ofrecí cuatro veces juegos en mi nombre y veintitrés veces en lugar de otros magistrados. A nombre del colegio de los Quince Hombres en condición de maestro, y teniendo como colega a M. Agripa, bajo el consulado de C. Furnio y de C. Silano, celebré los juegos seculares. En el décimo tercer consulado, celebré yo, por primera vez, los juegos marciales, que luego de esta ocasión celebraron los cónsules cada año por decreto del Senado.

XXII.3 Veintiséis veces, en mi nombre y en el de mis hijos y nietos, ofrecí al pueblo cazas de bestias africanas en el circo, el foro o el anfiteatro; en ellas se abatieron cerca de tres mil quinientas fieras.

XXIII

Navalis proeli spectaclum populo dedi trans Tiberim, in quo loco nunc nemus est Caesarum, cavato solo in longitudinem mille et octingentos pedes, in latitudinem mille et ducenti. in quo triginta rostratae naves triremes aut biremes, plures autem minores inter se conflixerunt. quibus in classibus pugnauerunt praeter remiges millia hominum tria circiter.

XXIII.1 Ofrecí al pueblo un espectáculo naval al otro lado del Tíber, en aquel lugar donde ahora está el bosque de los Césares, habiendo cavado el terreno en una longitud de mil ochocientos pies y una latitud de mil doscientos. En él combatieron treinta naves con espolones entre trirremes y birremes, más muchas otras pequeñas; en estas flotas, fuera de los remeros, combatieron cerca de tres mil hombres.

⟨XXIV⟩

In templis omnium civitatum provinciæ Asiae victor ornamenta reposui, quae spoliatis templis iis, cum quo bellum gesseram, privatim possederat. statuæ meæ pedestres et equestres et in quadrigis argenteae steterunt in urbe XXC circiter, quas ipse sustuli exque ea pecunia dona aurea in aede Apollinis meo nomine et illorum, qui mihi statuarum honorem habuerunt, posui.

XXIV.1 Una vez vencedor, repuse en todos los templos de las ciudades de la provincia de Asia los ornamentos que en forma privada, luego de haber expoliado los templos, poseía aquel con quien yo había combatido.

XXIV.2 Unas ochenta estatuas más que había en la ciudad, pedestres, ecuestres y en cuadrigas de plata, las hice remover e hice donaciones con ese dinero en el templo de Apolo en mi nombre y en el de aquellos que levantaron las estatuas en mi honor.

⟨XXV⟩

Mare pacavi a praedonibus. eo bello servorum, qui fugerant a dominis suis et arma contra rem publicam ceperant, triginta fere millia capta dominis ad supplicium sumendum tradidi. iuravit in mea verba tota Italia sponte sua et me bellī, quo vici ad Actium, ducem depoposcit. iuraverunt in eadem verba provinciae Galliae, Hispaniae, Africa, Sicilia, Sardinia. qui sub «signis meis tum» militaverint, fuerunt senatores plures quam DCC, in iis qui vel antea vel postea consules facti sunt ad eum diem, quo scripta sunt haec, LXXXIII, sacerdotes circiter CLXX.

XXV.1 Pacifiqué el mar liberándolo de los piratas. En esa guerra capturé unos treinta mil esclavos que habían huido de sus patrones y habían tomado las armas contra la República. Los devolví a sus patrones para que recibieran su castigo.

XXV.2 Toda Italia juró en mi nombre de manera espontánea y me pidió que fuese el jefe en la batalla que vencí en Accio. Juraron también en mi nombre las provincias de la Galia, Hispania, África, Sicilia y Cerdeña.

XXV.3 Además, bajo mi mando militaron más de setecientos senadores, y de entre ellos, antes o después y hasta el día en que fueron escritas estas memorias, ochenta y tres fueron elegidos cónsules y unos ciento setenta, sacerdotes.

«XXVI»

Omnium provinciarum populi Romani, quibus finitimae fuerunt gentes, quae non parerent imperio nostro, fines auxi. Gallias et Hispanias provincias, item Germaniam qua includit Oceanus a Gadibus ad ostium Albis fluminis pacavi. Alpes a regione ea, quae

proxima est Hadriano mari, «ad Tuscum pacari feci nulli genti bello per iniuriam inlato. classis mea per Oceanum» ab ostio Rheni ad solis orientis regionem usque ad fines Cimbrorum navigavit, quo neque terra neque mari quisquam Romanus ante id tempus adit; Cimbrique et Charydes et Semnones et eiusdem tractus alii Germanorum populi per legatos amicitiam meam et populi Romani petierunt. meo iussu et auspicio ducti sunt «duo» exercitus eodem fere tempore in Aethiopiam et in Arabiam, quae appellatur Eudaemon, maximaeque hostium gentis utriusque copiae caesae sunt in acie et «omnibus» oppida capta; in Aethiopiam usque ad oppidum Nabata perventum est, cui proxima est Meroe: in Arabiam usque ad fines Sabaeorum processit exercitus ad oppidum Mariba.

XXVI.1 Aumenté los límites de todas las provincias del Imperio romano con las cuales pueblos contrarios a nuestro imperio.

XXVI.2 Pacifiqué las provincias de las Galias y las Hispanias, así como también la Germania y a lo largo del territorio que bordea el océano desde Cádiz hasta la desembocadura del Elba.

XXVI.3 Pacifiqué los Alpes en la región cercana al mar Adriático hasta el Tirreno, sin llevar a ningún pueblo a una guerra injusta.

XXVI.4 Mi flota navegó por el Océano, desde la desembocadura del Rin, vía Oriente, hasta el límite de los cimbrós, lugar hasta donde por tierra o por mar no había antes llegado ningún romano, y los cimbrós, caridios, semnones y otros pueblos germanos, por medio de embajadores, pidieron mi amistad y la del pueblo romano.

XXVI.5 Por mis órdenes y bajo mis auspicios, mandé dos ejércitos casi al mismo tiempo en Etiopía y en Arabia, llamada entonces

Eudaemon, y un gran número de la gente hostil fue muerta en batalla y muchas ciudades conquistadas. En Etiopía el ejército llegó hasta la ciudad de Nabata, próxima a la ciudad de Meroe; en Arabia el ejército marchó a través del territorio de los Sabeos hasta la ciudad de Mariba.

«XXVII»

Aegyptum imperio populi «Ro»mani adieci. Armeniam maiorem interfecto rege eius Artaxe «u»m possem facere provinciam, malui maiorum nostrorum exemplo regn«u»m id Tigrani, regis Artavasdis filio, nepoti autem Tigranis regis, per Ti. Ne»ronem tradere, qui tum mihi privignus erat. et eandem gentem postea de»sciscentem et rebellantem domita»m per Gaium filium meum regi Ariobarzani, regis Medorum Artabazi» filio, regendam tradidi et post eius mortem filio eius Artavasdi. quo interfecto Tigra»ne«m», qui erat ex regio genere Armeniorum oriundus, in id regnum misi. provincias omnis, quae trans Hadrianum mare vergunt ad orientem Cyrenasque, iam ex parte magna regibus ea possidentibus, et antea Siciliam et Sardiniam occupatas bello servili recipravi.

XXVII.1 Añadí Egipto al imperio del pueblo romano.

XXVII.2 Teniendo la posibilidad de convertir a Armenia Mayor en provincia cuando fue asesinado su rey Artaxes, preferí, de acuerdo con las costumbres de nuestros antepasados, dar el reino a Tigranes, hijo del rey Artavisdis y nieto del rey Tigranes. Esto lo hice a través de Tiberio Nerón, mi hijastro. Y cuando esa gente se hizo disidente y se rebeló, los domé por medio de mi hijo Cayo y encargué a Ariobarzanes, hijo de Artabazis, rey de los Medos, el gobierno, y después de su muerte a su hijo Artavasdes. Cuando fue asesinado, puse en el reino a Tigranes, que pertenecía a la familia real de Armenia.

XXVII.3 Recuperé todas las provincias que están situadas al oriente, más allá del Adriático, y Cirene, que estaba en gran parte en manos de reyes, como ya antes había hecho con Sicilia y Cerdeña, ocupadas en las guerras de los esclavos.

⟨XXVIII⟩

Colonias in Africa, Sicilia, ⟨Macedonia utraque Hispania, Achaia⟩, Asia, Syria, Gallia Narbonensi, Pisidia militum deduxi. Italia autem XXVIII colonias, quae vivo me celeberrimae et frequentissimae fuerunt, mea auctoritate deductas habet.

XXVIII.1 Instalé colonias de soldados en África, Sicilia, Macedonia, así como también en Hispania, Acaya, Asia, Siria, la Galia Narbonense y Pisidia.

XXVIII.2 También Italia tiene veintiocho colonias establecidas por mi autoridad, las cuales bajo mi gobierno fueron prósperas y densamente pobladas.

⟨XXIX⟩

Signa militaria complura per alios duces amissa devictis hostibus recepi ex Hispania et Gallia et a Dalmateis. Parthos trium exercitum Romanorum spolia et signa reddere mihi supplicesque amicitiam populi Romani petere coegi. ea autem signa in penetrali, quod est in templo Martis Ultoris, reposui.

XXIX.1 Vencidos los enemigos, recuperé de la Hispania, la Galia y de los Dálmatas muchas insignias militares perdidas por otros generales.

XXIX.2 Obligué a los partos a restituir las insignias de tres ejércitos romanos y a solicitar la amistad del pueblo romano. Repuse esas insignias en el interior del templo de Marte Vengador.

⟨XXX⟩

Pannoniorum gentes, quas ante me principem populi Romani exercitus nunquam adit, devictas per Ti. ⟨Neronem, qui tum erat privignus et legatus meus, imperio populi Romani subieci protulique fines Illyrici ad ripam fluminis Danuvii. citra quod ⟨Dacorum transgressus exercitus meus auspiciis victus profligatusque est⟩, et postea trans Danuvium ductus exercitus meus⟩ Dacorum gentes imperia populi ⟨Romani perferre coegit⟩.

XXX.1 Sometí a los pueblos de la Panonia, a los cuales nunca había llegado un ejército del pueblo romano antes de mi principado, por medio de Tiberio Nerón, mi hijastro y legado, y extendí los confines ilíricos hasta las orillas del río Danubio.

XXX.2 Habiendo un ejército de los dacios pasado de esta parte del Danubio, fue, bajo mis auspicios, derrotado y diseminado. Luego mi ejército, yendo más allá del Danubio, obligó a la población de los dacios a someterse a las órdenes del pueblo romano.

«XXXI»

Ad me ex India regum legationes saepe missae sunt non visae ante id tēpus apud quēquam Rōmanorum dūcem. nostram amicitiam appetiverunt per legatos Bāstarnae Scythaeque et Sarmatarum, qui sunt citra flūmen Tanaim et ultra, reges, Albanorumque rex et Hiberorum et Medorum

XXXI.1 Muchas veces fueron mandadas a mí embajadas de los reyes de India, nunca vistas antes de ahora por algún general de los romanos.

XXXI.2 Por medio de legados, pidieron nuestra amistad los reyes de los bastarnos, los escitas y los sármatas, los cuales se ubican a ambos lados del río Tanais, y el rey de los albanos, de los iberos y de los medos.

«XXXII»

Ad me supplices confugerunt reges Parthorum Tiridates et postea Phrates, regis Phratis filius, Medorum Artavasdes, Adiabenum Artaxares, Britannorum Dumnobellaunus et Tincommius, Sugambrorum Maelo, Marcomanorum Sueborum . . . rus. ad me rex Parthorum Phrates, Orodis filius, filios suos nepotesque omnes misit in Italiam, non bello superatus, sed amicitiam nostram per liberorum suorum pignora petens. plurimaeque aliae gentes expectae sunt p. R.) fidem me principe, quibus antea cum populo Romano nullum extiterat legationum et amicitiae commercium.

XXXII.1 Suplicantes se refugiaron ante mí Tiridates, rey de los partos, y después Frates, hijo del rey Frates, Artavasdes de los medos, Artaxares de los adiabenos, Dumnobelauno y Tincomnio de los britanos, Maelo de los sugambros y ...ro de los marcomanos suebos.

XXXII.2 Frates, rey de los partos, hijo de Orodes, me envió a Italia todos sus hijos y sobrinos, no porque hubiese sido derrotado en una guerra, sino para pedir nuestra amistad, poniendo a su familia como prenda.

XXXII,3 Durante mi principado, muchos otros pueblos que antes no habían tenido con el Pueblo romano tratos diplomáticos o de amistad disfrutaron de la buena fe del Pueblo romano.

«XXXIII»

Ame gentes Parthorum et Medorum per legatos principes earum gentium reges petitos acceperunt: Parthi Vononem, regis Phratis filium, regis Orodis nepotem, Medi Ariobarzanem, regis Artavazdis filium, regis Ariobarzanis nepotem.

XXXIII.1 Los pueblos de los partos y los medos, por intermedio de embajadas de notables, pidieron y recibieron de mí a sus soberanos: los partos a Vonones, hijo de Frates, nieto de Orodes; los medos a Ariobarzanes, hijo de Artavasdes, nieto de Ariobarzanes.

«XXXIV»

In consulatu sexto et septimo, postquam bella civilia exstinxeram per consensum universorum potens rerum omnium, rem publicam ex mea potestate in senatus populi que Romani arbitrium transtuli. quo pro merito meo senatus consulto Augustus appellatus sum et laureis postes aedium mearum vestiti publice corona que civica super ianuam meam fixa est et clipeus aureus in Curia Julia positus, quem mihi senatus populumque Romanum dare virtutis clementiaeque iustitiae et pietatis causa testatum est per eius clipei inscriptionem. post id tempus auctoritate omnibus praestiti, potestatis autem nihilo amplius habui quam ceteri qui mihi quoque in magistratu conlegae fuerunt.

XXXIV.1 En mi sexto y séptimo consulado, luego de haber extinguido las guerras civiles, teniendo todo el poder con el consentimiento de todos, lo transferí al arbitrio del Senado y del Pueblo romano.

XXXIV.2 En vista del mérito mío, fui por un senadoconsulto llamado Augusto y la puerta de mi casa fue adornada con laureles y en la entrada fue puesta una corona cívica. En la Curia Julia se puso un escudo de oro donde se lee que esto me lo ofrecían el Senado y el Pueblo romano en reconocimiento a mi valor, clemencia, justicia y piedad.

XXXIV.3 Después de esta fecha, fui superior a todos en autoridad, aunque no tuviese más poder que aquellos que fueron mis colegas en cada magistratura.

XXXV

Tertium decimum consulatum cum gerebam senatus et equester ordo populusque Romanus universus appellavit me patrem patriae idque in vestibulo aedium mearum inscribendum et in curia Julia et in foro Aug. sub quadrigis, quae mihi ex s. c. positae sunt, censuit. cum scripsi haec, annum agebam septuagesimum sextum

XXXV.1 Ejercitando mi decimotercer consulado, el Senado, el Orden Ecuestre y la totalidad del Pueblo romano me llamaron Padre de la Patria, y decretaron que este apelativo fuese inscrito en el vestíbulo de mi casa, y en la Curia Julia y en el foro de Augusto bajo la cuadriga que ahí fue puesta en mi honor por decreto del Senado.

XXXV.2 Cuando escribí estas memorias tenía setenta y seis años.

Appendix

1. Summa pecun[i]ae, quam ded[it vel im aera]ium [vel plebei. Romane vel di]missis militibus: denarium sexiens milliens]: 2. Opera fecit nova: aedem Martis, [Iovis] Ton[antis et Ferretri, Apollinis,] divi Iuli, Quirini, Minervae [Iunonis Regina, Iovis, Libertatis.] Larum, deum Penatium, Iuv[entatis, Matris Magnae: lupercal, pulvina]r af circum, curiam cum Ch[alcidico, forum Augustum, basilica]m Iuliam, theatrum Marcelli, [p]or[ticum Octaviam, nemus trans T] iberim Caesarum. 3. refecit Capito[lium sacra]sque aedes [num]e[ro octoginta]l] duas, the[t]arum Pompei, aqu[arum]r iv[os, vi]am Flamin[iam]. 4. Impensa p[raestita in spec] tacul[a] scae[nica]et muenra] gladiatorium at[que] athletas et venationes et] naumachi[am] et donate pe[c]unia [colonis, municipiis, opp]i[dis] terrae motu incendioque consumpt[is] a[ut] viritem a[micis senat]oribusque, quorum census eplevit,

in[n]umera[bili]s.

1. La suma de dinero que vertió el erario, a la plebe romana o a los soldados licenciados fue de seiscientos millones. 2. Las obras nuevas que hizo construir fueron los templos de Marte, de Júpiter Tonante y Feretrio, de Apolo, del divino Julio, de Quirino, de Minerva, de Juno Reina, de Júpiter Libertas, de los Lares, de los dioses Penates, de la Juventud, de la Gran Madre, el Lupercal, la tribuna en el circo, la Curia con el Calcídico, el Foro de Augusto, la basílica Julia, el teatro de Marcelo, el pórtico Octavio y el bosque de los Césares más allá del Tíber. 3. Restauró el Capitolio y los templos sagrados en un número de ochenta y dos, el teatro de Pompeyo, los acueductos, la vía Flaminia. 4. Los gastos invertidos en los espectáculos escénicos, en los juegos gladiatorios y en las carreras de atletas, en las cacerías y en la naumaquia, y aquel donado a las colonias, a los municipios, a las ciudades destruidas por terremotos y por los incendios, a los amigos personales y senadores, de los que completó el censo, fueron innumerables.

Comentarios

Explicación sobre los comentarios

En esta sección se encuentran comentarios a cada uno de los párrafos de la inscripción, siguiendo la numeración habitualmente utilizada para estos efectos.

En un primer momento se realiza un comentario de conjunto a aquellos párrafos que coinciden en el tratamiento de un tema. En esta presentación se hacen algunas consideraciones generales que esperan ser útiles para la comprensión de cada uno de los puntos específicos.

Por último, cada párrafo es objeto de una presentación y análisis propio.

Nota: en estos comentarios la figura de quien llegó a emperador de Roma es mencionada siempre con el nombre de Augusto, aunque haya ocupado más de uno durante su vida (Octavio, Octaviano).

Sobre el título: este no es el título original de la inscripción. Augusto le habría puesto solamente Res Gestae. Luego de la muerte del emperador (14 d. C.) el encabezado se habría redactado de la forma en que nosotros lo conocemos hoy. La última parte: “He aquí reproducida...” sería un agregado hecho para las copias que se hicieran en las provincias, certificando que eran una reproducción fiel del original conservado en la tumba de Augusto en Roma.

I y II

Los párrafos I y II de la inscripción se refieren al tiempo que medió entre el asesinato de César en el mes de marzo del año 44 a. C. y la derrota de sus asesinos en la batalla de Filipos en octubre del año 42. Durante este tiempo, Octaviano [de ahora en adelante, Augusto] va a reivindicar su condición de heredero de César en los planos familiar, económico (el reclamo por los bienes ante Marco Antonio) y político. Su tránsito será desde una condición periférica hacia el centro del poder romano, situación que se consolidó con el consulado (43 a. C.), la derrota de Bruto y Casio y su participación en el triunvirato a partir del año 43 a. C. junto a Marco Antonio y Lépido, convirtiéndolo en una de las figuras más poderosas de Roma.

Al momento del asesinato de Julio César, el joven Octaviano de 19 años no era del todo desconocido en los círculos del poder en Roma. De hecho, su parentesco con César, de quien era sobrino nieto por vía de su madre Atia, le había abierto algunas puertas: fue nombrado pontífice en el año 47 a. C.; y fue enrolado entre los patricios el 45 a. C. mientras se encontraba con César en Hispania, esto es, el mismo año en que fue adoptado por Julio César y designado como su heredero. Su padre, C. Octavius, había hecho una carrera senatorial, ocupando el cargo de pretor el año 61 a. C. Nada, en todo caso, hacía presagiar el protagonismo que adquiriría luego su hijo. Este punto no es menor, ya que Augusto señaló siempre que sus logros le correspondieron a él y no fueron producto de la administración de alguna herencia recibida en plano alguno.

Los párrafos I y II tienen algunos elementos interesantes que conviene destacar. Desde el inicio de la inscripción, tal como ha señalado J. Scheid al comentar I.1, Augusto relaciona su nombre con las grandes instituciones y cargos existentes en la capital del imperio: Senado, Consulado, República, Pueblo romano, así como los honores concedidos por el Senado en cuanto máximo organismo de la República, lo que implicó, según él, un reconocimiento temprano.

Un segundo aspecto que resalta es el de la deliberada ambigüedad del

lenguaje, recurso que veremos aparecer en reiteradas ocasiones. Señala que liberó a la República del dominio de ‘una facción’. En su contexto más inmediato debe entenderse como una referencia a los asesinos de César, pero dadas las situaciones vividas en los años siguientes, el término facción se usó también para denominar a Marco Antonio, por lo que la mención contiene implícito este doble sentido. Estamos frente a un recurso que se puede identificar en varios otros pasajes con relación a diversas situaciones.

Pero, ¿qué cosas no se dicen en este párrafo respecto de lo vivido en ese tiempo? Augusto no menciona personajes (no aparece Antonio por su nombre; tampoco Cicerón, su primer apoyo y luego detractor), y cuando nombra, como en el caso de los cónsules C. Pansa y A. Hirtio (I.2), es para ponerlos en relación directa con él. No hace referencia al tema de las proscripciones implementadas en el mencionado año 43, una decisión que marcó a la sociedad romana en los tiempos del Triunvirato.

I.1 “A la edad de diecinueve años”. La inscripción se abre con la noticia de la formación de un ejército privado financiado por Augusto, esto es, en los tiempos que siguieron al asesinato de Julio César en el mes de marzo del año 44 a. C. Tras el asesinato, se conoció la noticia de que Octaviano, quien años más tarde recibirá el nombre de Augusto, había heredado la mayor parte de su fortuna, tal como estaba consignado en su testamento. Augusto, y en esto el parecer de sus cercanos no fue unánime, decidió que la herencia contenía una dimensión política que lo ponía en la línea de representación de los seguidores de César y, por consiguiente, en dirección hacia el poder en una Roma convulsionada gravemente por las guerras civiles, situación agudizada después de marzo del año 44.

En la realización de este tránsito desde su condición de figura joven y poco conocida en los ambientes políticos y militares de Roma hacia una posición de preeminencia, Augusto requirió una fuerza militar, fondos para sostenerla y realizar una serie de acciones que indicaran su decisión de presentarse como el heredero político de Julio César. Necesitaba, además, algunos apoyos políticos que lo introdujeran en Roma y lo acercaran a sectores decisivos dado el poder con que contaban, cuestión que logró al concitar el apoyo de

Cicerón y su influencia en el Senado romano. Se ha destacado muchas veces que se trataba de un juego político de alto riesgo, puesto que el senador buscaba utilizar a Augusto contra Marco Antonio, para luego librarse de él. Los argumentos y acciones de Cicerón se encuentran expresados en sus Filípicas, especialmente en la tercera de ellas. En la intimidad, en cambio, se jactaba de manejar al joven político: “Él [Octaviano] está totalmente unido a mí”, mihi totus deditus, le dice a su hermano Ático en una carta del 22 de abril del año 44 (Carta de Cicerón a Ático XIV.2.).

El ejército privado, alistado “por decisión personal y financiado por mí”, estuvo conformado por soldados seguidores de César que se unieron a él y por dos legiones que hasta ese momento estaban bajo la dirección de Marco Antonio. Este ejército no se formó de un solo golpe, sino que mediaron varios meses entre la incorporación de unos y otros. El hecho, al cual Cicerón encontrará algunos antecedentes en la historia anterior de Roma y justificará también conceptualmente, fue particularmente irregular por cuanto las dos legiones estaban bajo el mando de Marco Antonio en su calidad de cónsul y estas fueron sobornadas por Augusto. Para una profundización de los problemas referidos a este punto, véase Ridley (2003 pp. 161-164). Ahí se pasa revista a todas las contradicciones que afloran en este párrafo.

La frase “Devolví la libertad a la República oprimida por la dominación de una facción”, se refiere de manera explícita a ‘una facción’ y apunta tanto a los asesinos de César como a Marco Antonio, a quien no se menciona de manera expresa, como tampoco se hará con ninguno de los enemigos de Augusto a lo largo de toda la inscripción. Marco Antonio (OCD, voz Antonius Marcus a cargo de C. Pelling) había sido uno de los colaboradores más cercanos de Julio César y ejercía el consulado cuando este último fue asesinado. Para la Roma de su tiempo aparecía como el heredero político de César, y así se comportó en los meses siguientes a los sucesos de marzo (Plutarco, “Antonio” XVI). Sus relaciones con Octaviano fueron inicialmente distantes, para luego establecer un acuerdo político de gobierno sobre Roma que se formalizó a través de la ley Titia del 27 de noviembre del año 43; según esta Antonio, Lépido y Augusto asumieron como tresviri rei publicae constituendae (triumvros) con poderes prácticamente ilimitados. A este respecto

ver el comentario a I.4.

La expresión inicial de RGDA. debe acotarse a los hechos inmediatamente posteriores a la muerte de César, ante lo cual se abren dos posibilidades de comprensión. Según la primera de ellas, Augusto se estaría refiriendo a la intención de Antonio para controlar el poder en Roma durante esos días, la cual sería una acusación de cuño ciceroniana tal como señala Cicerón en *Filípicas*. La segunda, como señala Cooley al comentar este pasaje, la referencia, escrita muchos años después, debe entenderse en forma general y apuntaría a indicar aquello (la defensa de la libertad) que Augusto siempre quiso destacar como el norte de su actividad política. Brunt y Moore plantean al comentar el pasaje que la intención era marcar distancia con Antonio desde el inicio mismo del texto.

Hay dos aspectos que se pueden advertir desde el inicio de RGDA. El primero se refiere a la manera particular en que el emperador Augusto presentó los hechos casi sesenta años después de ocurridos. Marco Antonio no constituyó una fracción propiamente tal, puesto que sus poderes emanaban de la precaria legalidad del período final de las guerras civiles. Pat Southern (1998, p. 41) ha planteado la situación en los siguientes términos: “Él [Augusto] presenta la mejor interpretación posible de la lucha civil que nadie podía haber olvidado: sin nombrar a Antonio, explica su participación en el enfrentamiento como una defensa de la República”.

El segundo elemento evidencia la forma breve y concisa con que el emperador-autor registra los hechos de ese turbulento y violento período, un tiempo que los historiadores y comentaristas de *Res Gestae* tienen dificultades para recrear de manera sintética, dada la gran cantidad de situaciones que tuvieron lugar en un arco de tiempo tan reducido. Consideramos esta brevedad como uno de los gestos de mayor autoritarismo y logro en la escritura de Augusto, agregando que, además, da buena cuenta de su capacidad literaria.

I.2 “El Senado con decretos honrosos”. La figura central que movió al Senado para que se reconociese a Augusto fue Cicerón, quien lo señala con claridad en la *Filípica V*, 45-48. De

acuerdo a lo señalado en el discurso, pronunciado el 1° de enero del año 43 a. C., propuso al Senado reconocer que Augusto había actuado motivado por la defensa de la libertad de la República; concederle el cargo de *propretor* con las mayores atribuciones, lo cual le otorgaba un mando militar que Augusto requería para poder operar con sus legiones (y en el que se demostraría muy capaz, Suetonio Augusto, 10.3); que se incorporase al Senado y pudiera expresar en él su opinión; y, finalmente, que quedase en condiciones para optar a otros cargos a partir del año siguiente. En términos similares a lo expresado por Cicerón en *Filípica V*, véase Apiano *Guerras Civiles*, III, 51.

Hircio (Aulus Hirtius) y Pansa (Gaius Vibius Pansa Caetronianus) eran los cónsules designados para el año 43 a. C. Ambos habían sido muy cercanos a César, desarrollando sus carreras políticas en relación directa con él. Veleyo Patérculo en II. 57,1 señala que ambos eran partidarios de un gobierno de César basado en el poder de las armas. Hircio, miembro del Orden Equestre, había sido tribuno de la plebe el año 48 a. C., pretor el 46 a. C., y gobernador de la Galia Transalpina el 45 a. C. Después del asesinato de César, y en su condición de cónsul para el año 43, dirigió las tropas romanas contra Marco Antonio de acuerdo a las instrucciones entregadas por el Senado. Murió en la batalla de Mutina el 21 de abril de ese año. Desarrolló una importante actividad literaria, agregando un octavo libro al *De Bello Gallico* de Julio César y estableció un intercambio epistolar con Cicerón, desgraciadamente perdido (OCD voz Hirtius Aulus a cargo de G.E. Furquhar Chilver). Fue justamente Cicerón quien lo desprestigió a través de sus cartas presentándolo como un indolente en asuntos políticos y militares (Cicerón *A Ático* 16.1.4 y *A los Familiares* 9. 20,2). La carrera política de Pansa presenta varias similitudes con la de su cónsul colega en el año 43 a. C. Fue tribuno de la plebe el año 51 a. C.; gobernador de Bitinia el 47-46 a. C. y el 45 lo fue en la Galia Cisalpina. Luego del asesinato de César fue encargado por el Senado de la conducción de cuatro legiones destinadas a apoyar a Hircio en la guerra contra Marco Antonio, ocasión en la que encontró la muerte.

Resulta difícil evaluar debidamente el papel de estos dos cónsules, opacados por las figuras de Julio César y Cicerón. Es común

encontrarlos en la condición de ‘operadores políticos y militares’ del primero; mientras que Cicerón, dejando a los cónsules en un claro segundo plano, se arrogó todas las iniciativas adoptadas en la lucha contra Marco Antonio en el año 43 a. C.; Apiano desarrolla el mismo punto de vista de Cicerón, reconociendo, sin embargo, la conducción militar de los cónsules realizada en Mutina (Apiano Guerras Civiles. III, 50-51; 65-67; 70-76; 80-82 y 92).

I.3 “Dispuse yo que en mi condición de propretor” Augusto reafirma su condición de propretor y la correspondiente legalidad de sus acciones. La expresión “proveyese para que la República no sufriese daño” era habitual y no significa mayores poderes para los funcionarios (Cooley al comentar este pasaje). Brunt y Moore, por su parte, indican que implicaba la posibilidad de que los funcionarios realizasen algunas acciones excepcionales, especialmente cuando se estaba en guerra y, por lo tanto, fuera del territorio de la ciudad de Roma.

I.4 “Ese mismo año el pueblo”. La referencia es al Triunvirato, para lo cual puede verse lo ya comentado a I.1 (Southern, p. 53; OCD voz dictator a cargo de A. N. Sherwin-White y A. Lintot) y que se conoce bajo el nombre del Triunvirato. Nicolás de Damasco en su Vida de Augusto, 30, y Veleyo Patérculo en Historia romana II. 65,1 destacan la presión que ejercieron los soldados para que se lograra este acuerdo.

El Triunvirato se renovó el año 37, pero las crecientes dificultades y rivalidades entre Antonio y Augusto, los dos integrantes principales, lo volvieron inoperante. Todavía Antonio ocupaba el título de triunviro hacia el año 33 a. C., mientras que Augusto lo había dejado de incluir en sus presentaciones. Las distancias entre ambos políticos se extremaron a partir del año 33 a. C., y desembocaron, finalmente, en la batalla de Accio librada el año 31 a. C., la que implicó una victoria definitiva de este último y su control indiscutido del poder en Roma (en OCD, voces “Antonius” y “Triumviri”, a cargo de Cadoux, Lintott y Pelling, respectivamente).

Hay en el texto una contradicción que es necesario resaltar. En el primer párrafo, Antonio es definido como un faccioso que oprime la República, mientras que en este último figura como un reordenador del Estado por cuanto participó en el triunvirato. Augusto hace caso omiso de los distintos momentos de su compleja relación con él y apunta a presentarse como un salvador de la patria (advertido tempranamente por Malcovati, 1934, p. 55).

II.1 “Los que asesinaron a mi padre”. La escueta referencia reúne hechos que tuvieron lugar entre el 19 de agosto del año 43 al 23 de octubre del 42 a. C. En la primera de estas fechas fue aprobada la Lex Pedia de Interfectoribus Caesaris (ley presentada por el cónsul Q. Pedius sobre los asesinos de César). De esta ley se derivaron las proscripciones de los años 43 y 42 en las que se confeccionó “un lista de ciudadanos romanos que eran declarados fuera de la ley y cuyos bienes eran confiscados” (OCD voz proscription a cargo de T. J. Cadoux y R. J. Seager). Las fuentes concuerdan en que el inspirador fue Augusto, quien ejercía también el consulado en ese año, presionó al Senado para obtener la aprobación de la ley (Apiano Guerras Civiles IV, 27) y que el ánimo de castigo a los asesinos de César había sido manifestado por Augusto a partir del momento mismo del asesinato (Suetonio Augusto, 10,1; Dion Casio XLVIII, 1). Es probable que luego de algunas dudas y de la oposición manifestada por Antonio en torno a un castigo militar, haya optado por la vía judicial, tal como señalan Suetonio en Augusto, 10,1 y Dion Casio en XVI, 48,2.

El punto más complejo fue el alcance que se dio al término ‘asesinos de César’, extendiéndose a muchas personas, algunas de las cuales no estaban en la ciudad el día del asesinato (Dión Casio, XVI, 48.3). Los nombres fueron incluidos en la lista de los proscritos y sus bienes confiscados; figuraron unos 300 senadores y un número probablemente más alto de miembros del Orden Ecuestre. El dinero recaudado con esta medida sirvió para recompensar a los soldados. El alcance de las proscripciones, que tuvieron su período más intenso el año 42 a. C., ha sido descrito con cierta detención por las fuentes. Una recreación íntima de la tensión que se vivía se

encuentra en la biografía de Ático, el editor y amigo de Cicerón, escrita por Cornelio Nepote (10 y 11). La cara más feroz de las proscripciones y del papel de los triunviros en ellas se puede encontrar en la descripción siempre efectista de Apiano, Guerras Civiles IV, 10 y ss; Suetonio en Augusto 27 indica que, superadas las primeras tribulaciones, Augusto fue el más encarnizado proscriptor. Una descripción completa de esta situación se encuentra en la primera parte del libro XLVII de Dion Casio. El asesinato de Cicerón ha quedado en la historia como un símbolo de los excesos cometidos en esa ocasión.

La segunda situación que se encuentra en el texto se refiere a las dos batallas efectuadas en Filipos (Macedonia) los días 3 y 23 de octubre del 42 a. C. En ellas murieron Bruto y Casio, los autores directos del asesinato de César. Augusto se adjudica las victorias y deja sin mención la destacada participación de Marco Antonio.

III y IV

En los párrafos III y IV se advierte que Augusto no seguirá un orden cronológico en la presentación de las cosas hechas y que, a través de breves y precisas referencias, expondrá temas variados que se desarrollan en el extenso tiempo de su gobierno. Esto, como tendremos oportunidad de destacar en varias ocasiones a lo largo de estos comentarios, no significa la ausencia de un orden lógico en la concatenación de las noticias o situaciones referidas. Así, a la venganza contra los asesinos de César y su derrota y a los reconocimientos recibidos por estas acciones (I y II) sigue la presentación de la paz lograda, tanto en el ámbito interno como externo. Resulta visible así uno de los motivos centrales que recorre toda la inscripción y que reaparece de manera constante en la difusión que hizo Augusto de su gobierno y que fue reconocida y exaltada por los sectores sociales que lo apoyaban. A los triunfos, agrega, ha seguido el ejercicio de la clemencia para con los vencidos cuando ello resultó posible, según él por cierto, y los beneficiados la solicitaron debidamente.



Esta moneda, acuñada en Oriente hacia el 28 o 27 a. C. (Cooley, 2009, p. 110) se enmarca dentro de las celebraciones por la vuelta de Octaviano (Augusto) a Roma en el año 29 a. C., luego de la victoria decisiva sobre Marco Antonio y Cleopatra en Egipto. En ella podemos observar con claridad la relación entre la figura del vencedor y la paz representada en el anverso. De interés especial resulta la difusión temprana de esta relación. La información acumulada en el último tiempo señala que la transmisión de mensajes por medio de monedas en el mundo romano fue muy importante y constituyó uno de los medios más utilizados, cuestión que nos cuesta apreciar debidamente en nuestros días.

Un aspecto significativo es la mención de que la paz se ha sostenido sobre la ordenación y control del sistema militar romano, lo que abarcó desde los comandantes hasta los soldados, y concentró dicho poder en manos de Augusto. No corresponde extraer conclusiones definitivas sobre la ubicación de estas ideas en la parte inicial de RGDA., pero dan cuenta de la importancia que les otorgaba como aspectos centrales del nuevo régimen.

Por último cabe destacar que se presenta en IV, 1 y 2, el tema de los triunfos recibidos y celebrados por Augusto. El emperador señala aquí haber sido moderado en su aceptación y haber rechazado varios de los reconocimientos que se le quisieron conceder. El punto resulta central, puesto que, a partir de las reformas establecidas, la recepción de triunfos quedó circunscrita a la figura del gobernante y de la familia imperial, excluyéndose la recepción por parte de aquellos generales que actuaron

bajo sus auspicios, como él mismo se encarga de señalar. Este tema, como podrá apreciarse, se relaciona con la concentración del poder en manos del gobernante, así como también apunta al aspecto dinástico del régimen, sobre el que el emperador-autor mantuvo en silencio a lo largo de toda la RGDA.

III.1 “Frecuentemente combatí, en tierra y mar”. Una redacción muy sucinta y precisa para referirse a uno de los temas centrales de la actividad política y militar de Augusto, como fue la pacificación del imperio romano luego de triunfar en las guerras civiles. Suetonio señala en su biografía sobre Augusto: “Sostuvo cinco guerras civiles: la de Modena, la de Filipos, la de Perusa, la de Sicilia y la de Accio; la primera y la última contra Marco Antonio, la segunda contra Bruto y Casio, la tercera contra Lucio Antonio, hermano del triunviro, y la cuarta contra Sexto Pompeyo, hijo de Gneo” (Suetonio Augusto 9). Las guerras externas que él dirigió fueron las de Dalmacia (35-33 a. C.) y Cantabria (26-25 a. C.), mientras que las otras lo fueron por sus legados, es decir, dentro de la nueva legislación el triunfo de cualquier comandante recaía directamente sobre la figura del emperador.

Augusto vuelve a referirse de manera directa a la paz romana en XII.2 (reconocimiento de la pacificación por parte de los senadores y construcción del Ara Pacis); XIII.1 (clausura del Templo de Jano en tres ocasiones, Suetonio Augusto 22 y RGDA. XXXIV.1), donde señala expresamente haber puesto fin a las guerras civiles. Tan significativas como las menciones directas a la paz son aquellas múltiples referencias en las que se deja ver a una ciudad de Roma y su imperio funcionando de manera tranquila y regular. Este último recurso fue muy bien logrado por el redactor de la inscripción quien transmitió de manera reiterada los logros de su gobierno.

La llegada de la paz luego de la batalla de Accio, comprendida de manera simultánea como guerra civil y externa (en cuanto Cleopatra había sido la reina de un reino extranjero), tuvo una amplia repercusión y difusión entre los poetas contemporáneos, especialmente Virgilio y Horacio. El primero de ellos hizo de este aspecto un tema central de la Eneida, tal como se puede apreciar en

múltiples pasajes del poema, y de manera muy especial en los contenidos de las palabras de Anquises a Eneas en el libro VI. Horacio también se refirió muchas veces al tema, destacando lo señalado en Carmen Seculare 55-60: “ahora la fe, la paz y el honor...tienen el coraje de volver.” Tácito, en la apertura de Anales, reconoce la llegada de la paz, anotando de manera crítica que esta sirvió a Augusto en su camino hacia el poder total.

La clemencia ante los vencidos era una actitud que tenía antecedentes en la historia de Roma, por ejemplo, la clemencia de Tiberio Graco en España y la de César en varias ocasiones. En este caso específico, la acción de clemencia debe relacionarse estrechamente con “los ciudadanos que me pidieron el perdón” (victorque ómnibus veniam petentibus civibus peperci). Una suerte completamente diferente fue la que experimentaron aquellos que no la solicitaron, como lo evidencian las víctimas de las proscripciones (Scheid al comentar este pasaje). Siguiendo la idea de Augusto fue que Velejo Patérculo, en libro II.86, 2, pudo decir: “La verdad es que la victoria se caracterizó por una gran clemencia: nadie fue asesinado a excepción de aquellos pocos que no pidieron gracia”. Y agrega que la aplicación de esta clemencia reflejaba de manera profunda la personalidad de Augusto, quien habría actuado de igual manera en situaciones anteriores si acaso hubiese tenido el poder para hacerlo. Una visión crítica sobre la clemencia del emperador se encuentra en Jones, p. 163.

III.2 “Preferí conservar en vez de destruir a los pueblos extranjeros”. Augusto concede un amplio espacio a este tema en RGDA. En este pasaje presenta la idea de que su política se orientó a combatir a los pueblos que no se sometían a Roma, y establecer acuerdos con lo que aceptaban el dominio del imperio. Esta idea se encontraba expresada en el famoso memento del libro VI, 850 de Eneida: “Mas tú, oh romano, atenderás tan solo a regir tu nación con justas leyes, y estas serán tus artes; a los vencidos darles perdón, y freno a los soberbios”. Con el término soberbio se refiere a los pueblos que ponían en peligro la seguridad de Roma y a los que combatió victoriosamente (RGDA. párrafos XXVI-XXX),

poniéndolos bajo el orden romano. Con otra serie de reinos mantuvo buenas relaciones y llegó a acuerdos de convivencia pacífica una vez que ellos reconocieron el poderío y la supremacía romana, tal como señala en los párrafos XXXI a XXXIII.

Suetonio compartió la idea de Augusto, y para estos efectos es más que conveniente una lectura y análisis detenido de Suetonio Augusto, 20-21. Velejo Patérculo también es útil en II, 90, teniendo en cuenta que antes, en 89,3 había escrito: “Llegaron a su fin, luego de veinte años, las guerras civiles; cesaron aquellas externas; volvió la paz...”. Lo decisivo era la evaluación de la peligrosidad de cada uno de los pueblos y la seguridad de Roma (Brunt y Moore, al comentar este pasaje). Scheid (al comentar este pasaje) es especialmente crítico respecto de esta política: “Augusto concedía la gracia a los bárbaros vencidos si la seguridad del imperio no parecía amenazada por su existencia, lo que significa que ante la duda, él los masacraba”.

III.3 “De los ciudadanos romanos fueron cerca de quinientos mil... algo más de trescientos mil veteranos...”. Se encuentra aquí la primera referencia a la cuestión de los soldados, los servicios militares que debían prestar y las condiciones de remuneraciones y de jubilación. Se trató de una de las reformas más importantes y decisivas del gobierno de Augusto, mediante la cual intentó revertir la compleja situación que se había producido en los tiempos finales del período republicano. Suetonio informa sobre este punto en 49,2 de manera clara y precisa. Dion Casio lo menciona en el libro LV. 24, 9-25 y luego en LVI. 28, 4-6.

A lo largo del siglo I a. C. el sistema militar romano había entrado en una crisis relativa al reclutamiento y las recompensas a los soldados una vez cumplido sus servicios. Un aspecto importante de esta situación se dio porque los comandantes, quienes habitualmente ejercían comandos muy extensos, reclutaban soldados a los que prometían beneficios generosos luego de alcanzados el o los triunfos. Los soldados, durante el período denominado República Tardía, establecieron una relación más

directa con estos comandantes que con el Estado romano, mostrándose dispuestos a participar en los cambios políticos que potenciarían a su jefe, aunque este estuviese actuando de manera ilegal (OCD voz armies a cargo de J.B. Campbell; Southern (1998, 156-157); Brunt y Moore (1967) al comentar este pasaje). En la medida que se ahondaron las guerras civiles durante el mencionado siglo, el problema se hizo más agudo, ya que los comandantes aspirando al poder fueron más y el número de legiones creció en forma exagerada. Para estos efectos, los libros de Apiano dedicados a las guerras civiles constituyen una fuente de primer orden.

Augusto, una vez consolidado su poder luego del año 27 a. C., decidió implementar una política que estableciera un orden en cada uno de los aspectos de la vida militar romana, tanto por lo referido a su organización como a los empeños económicos involucrados y sus derivaciones políticas.

En lo militar la reforma apuntó a fijar parámetros claros para la carrera de los soldados. Los de las legiones se mantendrían en servicio durante 16 años (más 4 años de reserva), mientras que los de la recién creada Guardia Pretoriana lo harían durante 12 años. Estas cifras fueron modificadas el año 5 a. C., extendiéndolas a 20 años (más cinco años de reserva, probablemente) y a 16 años para los segundos. La Guardia Pretoriana fue constituida como una fuerza permanente formada por nueve cohortes, formadas por unos 500 o 1.000 integrantes cada una (no hay acuerdo respecto a la cifra). Sus miembros eran reclutados de entre las ciudades de Italia o las provincias más romanizadas. Tres de las cohortes fueron ubicadas en Roma, mientras que las otras seis lo fueron en las ciudades más cercanas a la capital del Imperio. A partir del año 2 a. C, quedaron bajo el mando de dos Prefectos del Pretorio, aunque el comando quedó en manos del emperador. Las funciones de la mencionada guardia consistían en ser una tropa de élite para la protección del gobernante y para el control de la ciudad de Roma. En términos de política real, la Guardia Pretoriana ejerció un fuerte poder en la vida política del imperio y los Prefectos del Pretorio – durante largos períodos fue uno solo– contaban con un poder muy superior a aquellos contenidos en la descripción de su cargo. Un caso particularmente conocido fue el del prefecto Sejano durante el principado de Tiberio, situación que fue ampliamente descrita por

Tácito en las partes dedicadas al segundo emperador romano en sus Anales. Este autor ilustró de manera detallada el poder y las acciones de este cuerpo durante la dinastía Julio-Claudia.

El sistema militar romano contaba también con una fuerza importante en las tropas auxiliares organizadas en cohortes de infantería y caballería; estas eran reclutadas, en su gran mayoría, de la población no ciudadana entre las provincias conquistadas por Roma en el último tiempo (Galias, Hispania, la zona del Rin y del Danubio, Dalmacia, Tracia, norte de África y del Oriente). Tácito señala en Anales IV.5 que la fuerza que aportaban era similar a las de las legiones regulares, aunque no le resultaba fácil precisarlo, dado que se movían mucho dentro del territorio y aumentaban o disminuían de acuerdo a las necesidades del momento. Es probable que estos soldados no estuviesen bajo las mismas condiciones de los integrantes de las legiones, llegando en muchos casos a servir más de treinta años y sin recibir la jubilación estipulada para los primeros, aunque individualmente sí podían recibir la ciudadanía, algunos privilegios y alguna suma en dinero.

Las fuerzas romanas se completaban con una flota compuesta por unos 15.000 a 20.000 hombres que navegaban en unas 75 a 100 naves. Una parte de esta flota tenía su centro en la bahía de Nápoles y desde ahí controlaba el Mediterráneo Occidental y la costa de África y Egipto; la segunda, con base en Ravena, hacía otro tanto en el Adriático y el Egeo. No hay noticias sobre las condiciones de los oficiales, generalmente provenientes del Oriente, ni de los marinos enrolados entre los no ciudadanos y libertos.

El financiamiento estable del sistema militar debía atender los gastos de reclutamiento, remuneraciones y jubilaciones de los soldados luego de los años de servicio. Este gasto era el más oneroso realizado por el Estado (Lacey, (1969), p. 214; Levick, (2010), pp. 169-170. El logro de este objetivo fue financiado en su inicio con fondos provenientes del propio emperador (ver RGDA. XVII.1). El 6 d. C., Augusto estableció el erario militar (*aerarium militare*) con el objetivo de cubrir los costos de los soldados al momento de su licenciamiento (para una descripción precisa del término, véase OCD voz *aerarium* a cargo de G. Burton). Sus fuentes regulares de financiamiento fueron dos impuestos: uno del 1% a las

ventas realizadas en la ciudad de Roma, y otro del 5% a las herencias cuando las recibían quienes no eran parientes directos del difunto. Suetonio en Augusto 49.2 menciona la creación de los nuevos impuestos, mientras que Dion Casio, en los pasajes ya señalados, refiere la molestia y rechazo que la medida generó entre los senadores debido a que fueron incorporados como contribuyentes y quedaron excluidos del manejo del erario. Augusto aportó un fondo inicial de 170.000.000 de sestercios (ver RGDA. XVII.2)

Un aspecto importante se introdujo el año 13 a. C. cuando se estableció que los montos recibidos por los soldados licenciados podían ser entregados en lotes de tierra, como había sido la norma habitual hasta ese momento, o en dinero. Los que recibieron tierras lo hicieron a través de la forma de colonias ubicadas en los territorios conquistados (Lacey, 1996, pp. 214-215). Tácito describe por boca de Percennio que un soldado, luego de las muchas penurias de su vida militar, “era deportado a tierras lejanas, donde, con el nombre de campos de trabajo, recibía pantanos cenagosos y montes sin cultivar” (Anales I.17, 3).

El ámbito político de la situación comprende varios aspectos: la ordenación del sistema y el papel asumido por el Estado en el pago regular de remuneraciones y pensiones de los soldados buscó desarticular el poder de los comandantes y los transfirió al Emperador; esto redujo considerablemente los riesgos de nuevos conflictos civiles provocados por acciones individuales. Junto a esto, se llevó adelante una distinción entre las provincias pacificadas y aquellas no pacificadas. En estas últimas se estacionaron las legiones y quedaron bajo el gobierno directo de Augusto, con lo cual se reforzó su mando directo sobre los soldados. La administración del erario militar fue desarrollada por el emperador a través de tres expretres, no considerando al Senado como una alternativa para estos efectos, tal como sucedía en los tiempos de la República (Lacey, (1969) p. 215; Levick, (2010) pp. 169-170).

III.4 “Capturé seiscientas naves”. El número de 600 naves correspondería a las 300 capturadas a Sexto Pompeyo en el año

36 a. C., mientras que las otras 300 lo fueron luego de la batalla de Accio el año 31 a. C. Sobre Sexto Pompeyo, véase los comentarios a XXV.1.

IV.1 “Dos veces recibí la ovación y celebré tres veces el triunfo curul, y fui aclamado veintiuna veces emperador...”. Una ovación es una forma menor de triunfo. El general entraba en Roma a pie o a caballo, y no sobre una cuadriga. Vestía la toga praetexta, llevaba una corona de mirto y no de laurel. El cortejo no era espectacular y concluía en el Capitolio donde el general sacrificaba una oveja.

Un triunfo, en cambio, era la más alta recompensa a la cual un general victorioso podía aspirar. Era acordado por el Senado bajo ciertas condiciones: que la guerra hubiese sido librada contra extranjeros; que las bajas enemigas sobrepasasen las 5.000; y que el general exhibiese su ejército para comprobar su triunfo. En lo formal, el triunfador desfilaba sobre una cuadriga, vestía la túnica palmata y la toga picta (generalmente de oro y púrpura) y con adornos semejantes a los de un rey divino. Bajo el imperio, los triunfos se convirtieron en un monopolio del emperador y de la familia imperial (OCD, voz triumph a cargo de E. Badian). Mary Beard (2007, con edición española 2009 que es la que aquí se sigue para las diversas citaciones) ha publicado un gran libro dedicado al tema del triunfo romano, y refiriéndose puntualmente a la afirmación de Augusto en este párrafo, señala: “además de acumular [Augusto] por añadidura –sin que sepamos exactamente cuándo, cómo y por qué razón comenzó a hacerlo– no menos de veintiuna aclamaciones distintas en su condición de imperator, de acuerdo, más o menos, con el modelo republicano” (p. 394).

Los tres triunfos fueron concedidos el año 29 a. C., y dos de ellos hacen referencia a la batalla de Accio y la anexión de Egipto. Respecto a los saludos como emperador, es necesario señalar que era una costumbre que los soldados saludaran a un general victorioso de esta forma.

En “Decretándome, luego, el Senado triunfos que rechacé”, Augusto plantea por primera vez un tema en el cual insistirá bastante: la

expresión de su deseo de no centralizar todos los honores (véase este argumento en el prólogo). Los triunfos que él rechazó fueron los del año 25 (triunfo sobre los Cantábricos), el 20 a. C. cuando los partos devolvieron las insignias que habían sido capturadas a Craso el año 53 a. C. y, finalmente, cuando Tiberio venció a los germanos el 8 a. C.

IV.2 “Cincuenta y cinco veces el Senado decretó rogativas a los dioses inmortales por las felices empresas”. Scheid, al comentar este párrafo, señala que las rogativas a los dioses eran decretadas por el Senado tras los anuncios de las victorias o también con ocasión de las desgracias públicas para solicitar a las deidades su protección. Estas rogativas, agrega, adquirirían un carácter público dado que en esas ocasiones “los ciudadanos acudían a los templos en familia, se arrodillaban ante los dioses y ofrecían una libación”.

Resulta importante destacar la mención de Augusto de que estas fueron producto “de las felices empresas cumplidas en tierra o mar por mí o mis legados bajo mis auspicios”. Se hace referencia a uno de los aspectos centrales del control que el emperador Augusto estableció sobre el sistema militar romano y que heredó a sus sucesores. Mediante este control, todos los triunfos obtenidos por los ejércitos romanos eran atribuidos de manera directa al emperador y no al comandante que había dirigido las operaciones (a este respecto ver lo señalado en “Augusto, restaurador y creador de lo nuevo” en el prólogo de esta obra, así como lo señalado en el comentario a IV.1).

Alison Cooley señala respecto de este pasaje que el concepto según el cual todos los triunfos remiten a la figura imperial de Augusto se encuentra graficado en la Gemma Augustea. Aunque ella no ahonda en el punto, nosotros aceptaremos su proposición de trabajo. En los últimos años esta pieza de 19 cms. de alto, 22 de ancho y 1,2 cms. de espesor, ha sido fechada en el gobierno de Augusto, preferentemente en el año 10 d. C. Se trata de una creación realizada en un ámbito privado y no contiene una representación oficial del ideario augusteo (Pollini, 1993, p. 339). Es probable que haya sido hecha para ser regalada a una autoridad provincial o

dirigida a una amistad provincial del emperador.

La pieza muestra un doble registro: en la parte alta aparece la figura de Augusto relacionada con la de Júpiter, acompañado por Roma con la que comparte un mismo trono. El emperador es coronado por Ecúmene en representación del imperio global (Bianchi-Bandinelli, (1969), p. 194; Cresci Marrone, (1993), p. 214; Galinsky (1996, pp. 120-121; y también Galinsky (2012), box 5.8.). Al costado de Ecúmene aparecen representados Júpiter e Italia, quien sostiene un cuerno de la abundancia. A la izquierda de Augusto se pueden apreciar las figuras de Germánico, un joven comandante e integrante de la familia imperial, y la de Tiberio, el brazo derecho de Augusto en la fecha de la confección de la gema. Este desciende de su carro guiado por la victoria. Hay algunos aspectos importantes de destacar en este primer registro: todas las figuras miran a Augusto, quien se convierte en el centro de la representación. Él sostiene el báculo del augur (lituus), lo que indica que es quien consulta los auspicios y delega las acciones en sus legados. Augusto mira a Germánico y Tiberio, probablemente instándolos a seguir con las campañas que caracterizaron la última fase de su gobierno (Galinsky, 2012, *ibíd*).

El registro en la parte baja se relaciona de manera directa con el anterior. Aquí un grupo de soldados construyen un monumento a la victoria. En la parte izquierda se observa a unos bárbaros que han sido hechos prisioneros, mientras que a la derecha dos soldados romanos (representantes de las legiones de Hispania –mujer armada– y de Tracia –hombre con casco–, respectivamente) llevan a prisioneros y prisioneras hacia el monumento que se construye. Estas figuras representarían las provincias de Occidente y Oriente (Cresci Marrone (1993, p. 214). Un detalle muy importante está representado por el escudo que yace por tierra y en el que se puede observar el signo zodiacal de Escorpión que era el de Tiberio (Gruen 2005, p. 49). Zanker (1992, p. 273) señala que las acciones descritas podrían corresponder a los triunfos de Tiberio en Iliria el año 9 a. C.

Un asunto central para los efectos del comentario a RGDA. IV.2 que estamos realizando son los auspicios entregados por Augusto a sus legados Tiberio y Germánico, quienes, tal como lo muestra el

registro inferior, son los que se hacen presentes en los campos de batalla. Augusto, en cambio, representando la voluntad de Júpiter (Pollini, 1993, p. 339), posee la visión global de cuándo y dónde se deben librar las luchas del imperio romano.



Gemma Augustea, actualmente en
Kunsthistorisches Museum de Viena.

IV.3 “En mis triunfos... nueve hijos de reyes...”. Entre algunos de los señalados se contaron Alejandro Helios y Cleopatra Selene, hijos de Cleopatra.

IV.4 “Cuando escribo estas memorias”. Señala Augusto que escribió estas memorias en el año de su potestad tribunicia número 37. Esto es, el año 13 d. C. y el anterior a su muerte.

V-VII

Mientras que los párrafos anteriores contienen referencias generales a la situación imperial y a los efectos de la paz y ordenación luego de las victorias en las guerras civiles, los párrafos V a VII se refieren a asuntos centrales relacionados con su poder y reconocimientos en la ciudad de Roma. Una vez más corresponde destacar que el tratamiento del tema es voluntariamente no cronológico, y que responde a la devolución de la libertad a una república oprimida, como lo indicara en I.1. Volverá sobre esta idea en varias ocasiones más adelante, tanto así que puede sostenerse que constituye la argumentación más profunda de toda la inscripción.

Los párrafos V a VII giran en torno a los poderes que le fueron ofrecidos por el Senado y el Pueblo romano y que él rechazó, ya que implicaban una concentración de poder que Augusto señala como contraria a su idea y práctica política. La oferta de estos poderes provino principalmente de la iniciativa popular, especialmente en el caso de la dictadura, e inmediatamente después, en el caso del Consulado anual y perpetuo. Aquí el emperador aprovecha para fijar la idea de que él no solo ha sido un restaurador de la República, sino un contenedor de aquellos grupos populares que promovían un régimen de mayor concentración política en manos de un solo gobernante. El proceso una vez más ha pasado por las decisiones que él ha adoptado. En la imagen que Augusto entrega al final de su vida sobre sí mismo, destaca especialmente su carácter de restaurador del sistema político tradicional y su profunda convicción republicana, para lo cual puede exhibir una serie de cosas hechas en este sentido, pero profundiza su argumento al indicar que debió luchar contra corrientes que iban en la dirección opuesta y que buscaban concentrar el poder en su persona. Este punto aparece expresado en varias ocasiones y tiene una síntesis muy bien lograda en XXXIV.1 cuando enfatiza que luego de la batalla de Accio

(31 a. C.) tuvo todo el poder en sus manos y que desde ahí fue transfiriéndolo hacia otros organismos.

En sentido contrario, en estos párrafos destaca aquellos cargos que sí aceptó en favor de la buena marcha de la República hasta que pudo señalar que esta había sido restaurada: fue triunviro en la primera parte de su vida política; princeps del Senado a partir del año 28 a. C. y hasta su muerte, cargo que, al igual que en el caso de la auctoritas a la cual hace una mención central en XXXI.3, descansa en el prestigio que señala haber alcanzado durante su actividad política. Concluye estos párrafos con una mención a los cargos religiosos, nombrándolos todos y dejando ver que en este plano no rechazó ninguno de los ofrecimientos. Se presenta aquí el tema de la piedad de Augusto, rasgo que de manera progresiva irá presentando como uno de los distintivos de su personalidad y gobierno. Un comentario más extenso a la piedad de Augusto se encuentra en nuestro prólogo y en el análisis del pasaje XXXIV.2.

La lectura de los párrafos V a VII permite apreciar el equilibrio que plantea entre cargos rechazados y aceptados, mencionando unos y otros en un orden aleatorio. Entre los aceptados incluye el de triunviro por diez años (43-31 a. C.), cargo que difícilmente puede ubicarse en una línea de restauración de la República.

V.1 “No acepté la dictadura”. La dictadura le fue ofrecida el año 22 a. C., y Augusto rechazó esta magistratura extraordinaria. La casi totalidad de las fuentes de que disponemos confirman esta noticia que es reportada con cierto detalle por Dion Casio en LIV.1, 1-4, señalando que siendo cónsules Marco Marcelo y Lucio Arruncio –esto es, el año 22 a. C.– hubo una hambruna que afectó a la ciudad de Roma. Por esos mismos días la ciudad se vio inundada por un aluvión procedente del Tíber como resultado de una tormenta cuyos rayos alcanzaron varios edificios de la ciudad. Los romanos fueron víctimas de la pestilencia, cosa que también sucedió en varias ciudades de Italia, quedando las tierras abandonadas. Suponemos que el orden de los factores mencionados por Dion Casio podría ser: tormenta, aluvión, pestilencia y hambruna. El pueblo de la ciudad de Roma habría establecido una relación

política al difundir la voz de que estas cosas sucedían (o no encontraban una pronta solución) por “el hecho de que Augusto no estaba revistiendo el cargo de cónsul” (LI. 1,2). Dada la gravedad que atribuían a la situación, quisieron nombrarlo dictador y presionaron al Senado para que concediera el nombramiento: “...luego de haber obligado al Senado a reunirse en la Curia, lo indujeron a aprobar esta medida extraordinaria, bajo la amenaza de incendiar el edificio mientras los senadores estaban reunidos” (Dion Casio LI. 1,3). El protagonismo popular queda registrado en la redacción de la inscripción donde el orden habitual ‘Senado y Pueblo romano’ aparece invertido por el de ‘Pueblo y Senado romano’ (Scheid hace notar el punto al comentar este pasaje). Pese a la presión y la voluntad popular rechazó la dictadura (véase también a Suetonio Augusto. 52 y Velejo Patérculo 2.89, 5, aunque ambos con menos detalles que Dion Casio), pero aceptó hacerse cargo de la distribución del abastecimiento (cura annonae).

No se conocen los alcances de la dictadura ofrecida a Augusto, aunque pareciera que se trata de una de tipo republicano en que el dictador era nominado para afrontar un problema específico que afectaba a la ciudad. Luego de Julio César, la dictadura estaba identificada con proyectos personalistas y quizás por esto Augusto fue muy tajante al rechazarla.

V.2 “No rechacé el encargarme del aprovisionamiento en momento de la gran escasez...”. No rechazó, en cambio, un encargo complejo y de pocos honores, como hacerse cargo de la annona, que implicaba ordenar el abastecimiento de grano al pueblo en momentos de carestía, situación que efectivamente tuvo lugar el año 22 a. C.

V.3 “No acepté el consulado anual y perpetuo...”. ¿El consulado anual y perpetuo? No existe claridad respecto de este punto y se puede suponer que hubo una presión popular para que le fuese concedido luego de que Augusto se negara a

aceptar la dictadura (RGDA. V.1, Brunt y Moore, Cooley, Scheid, respectivamente al comentar este pasaje). Las fuentes no mencionan este punto, limitándose a señalar que había renunciado al consulado el año 23 a. C. (véanse los comentarios a V.1). Parece importante recordar que ya había hecho mención a estos rechazos en IV.2 y que nuevamente lo hará en VI.1. En este punto se advierte otro rasgo de la escritura de Augusto como es el de la reiteración, volviendo una y otra vez sobre un determinado tema a partir de situaciones diversas. Estas insistencias son bastante evidentes cuando quiere reforzar los conceptos de la pacificación de Roma y la implementación del consenso.

Hay varios puntos interesantes a tener en cuenta. El primero de ellos, como ya tuvimos oportunidad de comentar en el prólogo de este libro, es que se trata del elenco que hace Augusto de los cargos que no aceptó (dictadura y consulado y pontificado máximo mientras su antecesor estuviese con vida). Resulta de especial interés notar que los rechaza no obstante la fuerte presión popular para que los aceptara. Una de las ideas centrales que se encuentran reiteradamente a lo largo de la inscripción consiste en que el emperador no aceptó la totalidad de los poderes que el pueblo y, en ocasiones, el Senado le ofrecían, limitándose a aquellos indispensables para el buen gobierno. Agrega, además, que se abstenía del ejercicio de aquellos cargos que podían ofender las costumbres políticas romanas (RGDA. VI.1). Parece importante recordar que ya había hecho mención a estos rechazos con anterioridad en IV.2 y que nuevamente lo hará en VI.1.

Una parte significativa de los investigadores de este tema concuerdan en demostrar que el rechazo del consulado no implicó una disminución de sus poderes (Gruen (2005) p. 36; Lacey (1996) p. 89; Levick (2010) pp. 74-80; y con un análisis muy detallado, Ferrary (2001) pp. 115-121), dado que ya el año 27 a. C. se le había concedido el imperio proconsular sobre una serie de provincias por un plazo de diez años: Galia, Hispania; Siria, Cilicia y Chipre, Egipto. Una disposición del Senado en el año 23 a. C. dispuso que no requería suspender este poder proconsular cada vez que ingresaba a la ciudad de Roma. El 19 a. C. el imperio proconsular fue decretado perpetuo. Estos poderes le permitían gobernar de

manera directa sobre la mitad del imperio, especialmente sobre aquellas provincias donde había un número significativo de legiones. Una de las bases (la militar) de su poder quedaba consolidada. Otros poderes que sumará en los años siguientes, como la tribunicia potestad, terminarán por completar las formas de gobierno y control de Roma y su imperio.

Por último, cabe destacar que la renuncia al consulado del año 23 a. C. se inscribe en un acuerdo logrado entre el princeps y el Senado. El hecho de que una de las dos plazas para el consulado fuese ocupada de manera permanente por Augusto, tal como había ocurrido a partir del año 31 a. C., disminuía en un cincuenta por ciento el acceso de otros senadores a la máxima magistratura. Esta situación había generado una serie de problemas que ahora se despejaban con la renuncia de Augusto y la reafirmación de este rechazo, cuando el pueblo presionó para que se le otorgara en los años 21 y 19 a. C. Como se puede advertir a partir de otras situaciones, el princeps buscó de manera permanente un entendimiento con los senadores.

VI.1 “Bajo el consulado de Marco Vinicio...el Senado y el Pueblo romano quisieron designarme y todopoderoso superintendente de las leyes...”. Se trata de los ofrecimientos hechos el 19 a. C., 18 a. C., y 11 a. C., respectivamente. En esto Augusto fue coherente, ya que este cargo de superintendencia de las leyes y las costumbres significaba aceptar la dictadura con otro nombre (Hardy (1923) y; Scheid al comentar este pasaje). El punto que se plantea consiste en que Augusto efectivamente impulsó una serie de leyes que se relacionaron con su intento de restaurar las costumbres y la moralidad en los años 18 y 17 a. C., así como en algunas ocasiones posteriores. Scheid ha destacado que sus proposiciones al respecto las hizo a partir de la tribunicia potestad de que disponía (ver RGDA. V.2) o a través de los cónsules.

Levick (2010) da el siguiente sentido y alcance a estas leyes conocidas como Leyes Julia: “Hubo una ley contra la corrupción electoral (Lex Iulia de ambitu) y medidas aun más serias, ya que invadían la vida privada y el comportamiento en una forma sin

precedentes...Los logros políticos pasaban a depender del estatus marital y hasta la herencia llegaba a verse afectada (Les Iulia de mariandás ordinabas); el adulterio fue criminalizado si se veía envuelta una mujer casada (Les Iulia de adulterios); y hubo una ley suntuaria (Les Iulia suntuaria)” (p. 94). Augusto, agrega la autora, se esmeraba a fondo en el disciplinamiento del Senado.

Los autores antiguos tendieron a pensar que Augusto había asumido efectivamente el encargo de supervisar las leyes. Es posible entender el error dada la importancia efectiva que Augusto alcanzó en este ámbito y les resultó difícil percibir la diferencia sutil entre el poder efectivo de Augusto y la posesión o no del cargo (Veleyo Patérculo 2.89, 3; Suetonio Augusto. 27,5; Dion Casio LIV. 10,5). En relación a este punto, Scheid, Cooley, Brunt y Moore señalan, en cambio, al comentar este pasaje, que Augusto rechazó la concentración de poderes ofrecidos a este respecto, pero que sí ejerció una supervisión simple de las leyes como correspondía a quienes ocupaban el cargo de censor.

VI.2 “Y aquellos actos que el Senado quiso que fueran realizados por mí... Tribunicia Potestad”. La Tribunicia potestad (tribunicia potestas) contenía, en estos casos, los poderes de los tribunos, sin incluir el ejercicio del cargo, diferencia importante como veremos a continuación. Los tribuni plebis o representantes de los plebeyos figuraban entre las magistrados más antiguos de la Roma republicana y habían experimentado una serie de modificaciones en sus atribuciones a lo largo de los siglos, no obstante mantenían algunas significativas que Augusto utilizará para su actividad política, además de un indiscutido prestigio político entre los plebeyos de la capital del imperio (una explicación general del origen y evolución de los tribunos de la plebe se encuentra en Sidney Derow P., OCD, “tribuni plebis). La tribunicia potestad vitalicia que le fue otorgada el año 23 a. C., le permitió a Augusto presentar leyes para su discusión y aprobación, convocar al Senado y la Asamblea Popular cuando lo estimara pertinente y vetar algunas decisiones del Senado que le parecieran dañinas para la plebe, facultad que no ejerció durante su gobierno. La

casi totalidad de los comentaristas concuerdan en que fue una forma de recuperar algunas prerrogativas que había perdido al renunciar al consulado en el año 23 a. C. (Ferrary (2001) pp. 118 y ss.; Lacey (1996) pp. 115 y ss.; Levick (2010) pp. 84 y ss.; Southern (1998) p. 122-123). Solo Gruen (2005) pp. 39 y ss., sostiene que el interés de Augusto en este cargo –vitalicio y no compartido– fue el de asegurar la continuidad del régimen y no hacerlo depender de las decisiones adoptadas por otros magistrados.

Otras menciones a los poderes y acciones tribunicias en RGDA. se encuentran en IV.4, XV.1 y XV.2.

VII.1 “He sido triunviro para la ordenación de la República...”. La economía de las palabras en el texto alcanza aquí, otra vez, una de sus máximas expresiones al mencionar su condición de triunviro por diez años (43 al 32 a. C.). Corresponde señalar que hubo un primer acuerdo entre Antonio, Octaviano y Lépido –los tres jefes que se identificaban con la herencia política de Julio César– y que fue posteriormente sancionado por la Ley Titia del 27 de noviembre del año 43 a. C. Luego fue actualizado para los años 37 al 32 a. C., aunque el deterioro de las relaciones entre los triunviros le restara eficacia. En esta referencia, Augusto establece la continuidad de los diez años de ejercicio, obviando los detalles y especificaciones.

Dado que ya hemos hecho una referencia al triunvirato en el prólogo y al comentar los párrafos I.1 y I.4, queremos llamar la atención en este caso del papel que le cupo a la Lex Titia del año 43. Esta vino a sancionar e insertar en un marco legal lo que ya había sido acordado políticamente por los triunviros en su acuerdo de Tarento, celebrado unos meses antes. Esta es una muestra de cómo todas las decisiones adoptadas en la época se encontraban al filo de la legalidad (Eder (2005) p. 20; Levick (2010) p. 32), atendiendo especialmente a que los triunviros asumieron una autoridad suprema que superaba la de los cónsules, los gobernadores de provincias y, cuando resultaba necesario, a la ley misma.

VII.2 “He sido princeps por cuarenta años...”. Fue princeps del Senado a partir del año 28 a. C. y continuó siéndolo de manera ininterrumpida a lo largo de toda su vida. El princeps senatus correspondía al miembro de mayor edad durante el período republicano, requisito que Augusto no cumplía cuando lo recibió. Tenía la importancia concreta de intervenir en los debates del Senado en primer lugar, pudiendo incidir en el curso de la discusión. A lo anterior debe agregarse que concedía a su detentor más prestigio político que poder real. Augusto se interesó por destacar de manera muy especial aquellos cargos o reconocimientos que implicasen un registro social de su superioridad política y moral. Nuestra idea es que los alcances concedidos aquí al término princeps pueden relacionarse con aquellos de la auctoritas que mencionará en XXXIV.3, esto es, la idea de que, en última instancia, su poder se basaba en el prestigio reconocido por haber puesto fin a las guerras civiles y haber gobernado el imperio en paz y prosperidad.

VII.3 “He sido pontífice máximo...”. Volverá a mencionar este punto en X.2 y conviene relacionar ambas referencias para una mejor comprensión del punto. En este párrafo señala específicamente su pertenencia a los cuatro colegios sacerdotales mayores de Roma, incluyendo, a continuación, los menores. La función de Pontífice Máximo aparece en primer lugar debido a su relevancia, si bien la asumió el 12 a. C. cuando ya detentaba todas las otras que aparecen mencionadas.

Los cuatro colegios sacerdotales aparecen ordenados según su importancia. Dentro de estos destaca el de los pontífices cuyas atribuciones le permitían “reglar los acuerdos de los hombres con los dioses” (Grenier, 1925), p. 95; ordenar los sacrificios, juegos y festivales religiosos, etc., así como también asesoraban y hacían indicaciones al Senado en materias de derecho ritual y religioso (North, J.A OCD. “pontifex/pontifices” concede especial jerarquía a esta labor; Bayet (1984), p. 112. Augusto se integró a este colegio

en el año 47 a. C. por indicación de Julio César y asumió su jefatura con el cargo de pontífice máximo mucho después, el 12 a. C., tras la muerte de Lépido, quien lo detentaba hasta ese momento. A partir de entonces contó con la posibilidad de supervisar el quehacer religioso romano (North, ya mencionado; Levick (2010), p. 154; Lacey (1996) p. 181. Este cargo pasó a formar parte de la titulación de los emperadores siguientes.

Se integró al colegio de los augures en el año 42 o 40 a. C. Los augures estaban encargados de los auspicios que expresaban la voluntad de las divinidades, deducida de la visión y audición del vuelo de las aves. En Roma se otorgaba gran importancia a estas manifestaciones y a la explicación derivada al respecto.

El Colegio de los Quince Hombres, al cual se integró entre los años 37 y 35 a. C., estaba encargado del cuidado de los Libros Sibílicos y desde su fundación regulaban los cultos extranjeros en la ciudad, especialmente aquellos de proveniencia griega.

El Colegio de los Siete Epulones, al se integró antes del 16 a. C., se encargaba de la celebración de los banquetes a los dioses capitolinos.

La diferencia entre los colegios sacerdotales mayores y menores radicaba en que los primeros tenían a su cargo aspectos concernientes a la totalidad de la vida religiosa, mientras que los segundos estaban circunscritos a una actividad determinada, tal como se enuncia a continuación.

Sobre el colegio de los Hermanos Arvales se tienen pocas referencias para el período republicano. Fue mencionado por Varrón en *De Lingua Latina* 5.85 y es probable que no estuviera en funciones durante el último período republicano, siendo restaurado por Augusto. A partir de este momento fue integrado por doce miembros provenientes de las familias senatoriales y los emperadores fueron siempre uno de sus integrantes. La actividad principal era la organización del festival dedicado a la diosa Dea Dia, relacionada con el resplandor solar y/o la fertilidad agrícola, para que “produzcan frutos los campos cultivados” (Varrón). Un aspecto de especial interés resulta ser el *carmen arvale* (canto arval) que se entonaba durante la ceremonia y que ha llegado hasta

nosotros a través de una inscripción. Se trata de una de las piezas de expresión religiosa más antiguas de Roma, ya que se remonta al siglo IV a. C. (OCD, voces *Fratres aruales* y *Dea Dia*, a cargo de Mary Beard, y en *ibid.*, *Carmen arvale* a cargo de J. Scheid). A partir del principado, este colegio asumió el encargo de las actividades de culto de la familia imperial.

Respecto a la pertenencia de Augusto a estos colegios y la reutilización de ellos en función de la vida religiosa de su tiempo, Cooley ha destacado que el emperador tuvo una injerencia y dirección de la vida religiosa como no la había tenido nadie antes en Roma. Scheid (2007, al comentar este pasaje) señala: "...le daban la posibilidad de influir, al interior de cada colegio, sobre las decisiones respecto de los diversos aspectos de la religión pública". Como se puede observar a lo largo de toda la RGDA., antiguas instituciones romanas que aquí se mencionan habían tenido su origen en los tiempos de la monarquía. Estas aparecen ahora resignificadas y reunidas bajo el poder del gobernante. En todo caso, Julio César había establecido un antecedente en torno a la concentración de poderes religiosos al desempeñar el pontificado máximo y tener la condición de augur.

La estatua de Augusto llamada de Vía Labicana, debe su nombre a la vía romana romano donde fue encontrada. En ella el emperador aparece con la cabeza velada (*capite velato*) realizando un rito religioso solemne "a la manera romana" (*'Roman' manner*; Scheid (2005), p. 191, representa muy bien la importancia suprema concedida por Augusto a su actividad religiosa (Zanker (1992), pp. 157-159. En esta actividad buscaba presentarse de manera sencilla, seria y sabia (Bianchi Bandinelli (1969), p. 213, y evidenciar su capacidad como un mediador ante los dioses para obtener la protección de estos a Roma (Cooley (2010, p. 135). Zanker, en las páginas recién indicadas, destaca el hecho de que esta representación religiosa fue la más apreciada por Augusto en la segunda mitad de su extenso gobierno.



Estatua de Augusto velado de Vía Labicana (Roma),
actualmente en el Museo Nazionale Romano (Roma).

Esta estatua, que ha sido datada entre los últimos años del siglo I a. C. y los primeros del siglo I d. C., muestra al emperador en su ofrenda a los dioses. Augusto realizaba una ofrenda a los dioses y en su mano izquierda –no conservada– sostenía una patera (un recipiente para la ofrenda de vinos).

Pueden, por último, señalarse dos elementos sobre las imágenes relacionadas con la permanente actividad piadosa de Augusto: mientras en RGDA. es cuidadoso para no exaltar los cargos políticos que detentó, en el plano religioso no escatima referencias para indicarlos todos (Galinsky 2012). Un segundo aspecto radica en que en esta representación de Vía Labicana, así como en todas las del emperador, aparece como un hombre joven (Zanker 2010 pp. 68-76).

Vía Labicana es un antiguo camino romano que unía la ciudad con el pueblo de Labicum, distante a unos 25 kilómetros. Más adelante su fusión con la Vía Latina. Su función más importante parece haber sido la de permitir la llegada de productos agrícolas a la ciudad. En la actualidad es recordada por medio de una calle que parte en las inmediaciones del Coliseo y que termina en Vía Marconi. En años recientes, en relación con las excavaciones de la ruta C del metro de Roma, fueron encontrados algunos tramos de la calzada en un buen estado de conservación.

La piedad de Augusto ya fue abordada en el prólogo de esta edición y volverá a ser comentada en XXXIV.2.

VIII-XIII

En los párrafos VIII a XIII, Augusto describe, principalmente, las

relaciones mantenidas con el Senado romano, organismo que menciona de manera constante como partícipe del gobierno de Roma desde el momento en que él apareció en la vida política luego del asesinato de Julio César (véase lo señalado en XXXIV.1, considerada la máxima expresión a este respecto).

En un primer momento hace un elenco de aquellas medidas adoptadas por él para restaurar al Senado en aquella fortaleza y prestigio que lo había caracterizado durante la mayor parte de la historia republicana, así como aumentar el número de patricios que seguían siendo un grupo social importante en el reclutamiento de nuevos integrantes para la conducción de Roma. Esto, tal como se indica de manera expresa por medio de los censos realizados, en el contexto de un creciente número de ciudadanos romanos.

En un segundo momento hace un extenso recuento de los reconocimientos que ha recibido por parte del Senado en variados planos, destacando con especial énfasis aquellos relacionados con la pax alcanzada en todo el imperio, reconocimientos que se tradujeron en la construcción de altares en la ciudad de Roma, particularmente el templo de Fortuna Redux y Ara Pacis, así como también el gesto de alto contenido simbólico que representó la clausura de las puertas del Templo De Jano en tres ocasiones. De la misma manera que ya había utilizado para describir sus relaciones con la plebe romana, aquí insistirá en el carácter libre y espontáneo con el que el Senado le decretó los honores.

A estas alturas ya parece posible afirmar que, en la presentación que Augusto hizo de los hechos cuando ya estaba viejo y su gobierno terminaba, otorgó una primerísima importancia al establecimiento de un acuerdo con el Senado, o al control de la vida política y social a través de un Senado que él había intervenido en su composición y comportamiento.

Buscando establecer las continuidades y sentido más profundo de la inscripción, llamamos la atención sobre las ideas que sirven de base al discurso del emperador, como en este caso, la del consenso logrado entre distintos grupos sociales y las instituciones que los representaban.

VIII.1 “Siendo cónsul por la quinta vez... aumenté el número

de patricios”. La ley consignando el aumento de los patricios fue del año 30 a. C. Durante el último período de la República los patricios habían disminuido notablemente en número, probablemente debido a las guerras civiles. Malcovati (1934) calcula que las familias patricias habían disminuido en más de un 70%. Augusto, en su quinto consulado (29 a. C.), implementó el aumento del número de patricios a fin de contar con gente que pudiese secundarlo en su gobierno: “El Senado debía volver a ser el órgano más prestigioso de la ciudad, los senadores y sus agnati debían formar el primero de los órdenes” (Nicolet (1984, p. 92).

VIII. 2 y 3 “Tres veces depuré el Senado... hice censo de la población...”. Se refiere a las disminuciones progresivas del número de senadores de un total de 1.000 a 600 entre los años 29 y 18 a. C., años en que realizaron las dos primeras. La tercera fue llevada adelante el año 11 a. C. Suetonio en Augusto 35,1 y Dion Casio, en XLIII, 47-3 y luego en LII, 42,1 coinciden en señalar que el número de senadores había aumentado de manera excesiva, con “...algunos muy indignos y elegidos por simpatía y favor después del asesinato de César...” (Suetonio). Dion Casio indica, quizás de manera exagerada, que César no prestó ninguna atención a los antecedentes de quienes se incorporaron al Senado durante su gobierno. Estas determinaciones de Augusto reúnen distintos motivos, tales como la de sacar del Senado a quienes habían sido partidarios de Marco Antonio, así como también consolidar los aspectos proaristocráticos de su política, y la varias veces anunciada restauración del poder senatorial.

En relación con los censos y la población, la cifra resulta ser compleja si tenemos en cuenta que el último censo de la época republicana (70 a. C.) había arrojado 910.000 ciudadanos romanos. ¿Cómo explicar este cuadruplicarse de la población, ya que en relación con los censos de Augusto se mencionan cifras de 4.063.000 ciudadanos (año 28 a. C.) y muy poco después 4.233.000 ciudadanos (año 8 a. C.)? La pregunta se hace más compleja si se considera que el supuesto período de crecimiento fue uno de

intensas guerras civiles, y por lo tanto con condiciones contrarias a las necesarias para una fuerte expansión numérica de la población. Las explicaciones son varias, pero no totalmente satisfactorias; el tema sigue siendo un puzzle, como señalaron Brunt y Moore (1967) al comentar este pasaje. Diversos autores, a partir de P. A. Brunt en *Italian Manpower* (1971), han dado explicaciones puntuales, tales como la inclusión en el censo de ciudadanos hombres a partir del año de vida, de las mujeres, de los ciudadanos de las provincias, de los extranjeros que habían asumido la ciudadanía luego de integrarse a las legiones en condición de auxiliares (auxilia), entre otros. Pero todas estas incorporaciones no resultarían suficientes para explicar un aumento tan grande. Elio Lo Cascio (1991 y 1994) ha observado que los censos republicanos registraban un número bajo de ciudadanos por diversos motivos, mientras que en aquellos realizados por Augusto se habrían introducido importantes mejoras en las mediciones, las que permitirían explicar las diferencias. Una idea que él ha propuesto es que resulta difícil comparar las mediciones republicanas con aquellas imperiales. En todo caso el punto central es que las cifras entregadas por Augusto no han sido discutidas ni consideradas incorrectas.

VIII.4 “Y por tercera vez... fueron registrados cuatro millones novecientos treinta y siete mil ciudadanos”. El tercer censo fue realizado el año 14 d. C., esto es, después de que Augusto terminara de redactar la inscripción, según el mismo señala en IV.4 y XXXV.2.

VIII.5 “Con nuevas leyes, promulgadas a propuesta mía restablecí costumbres antiguas...”. No resulta fácil percibir la intención de Augusto al introducir esta referencia en este contexto. Podemos conjeturar que buscó destacar que el aumento del número de ciudadanos no implicó un abandono de las costumbres tradicionales que él, personalmente, se encargó de cuidar.

IX.1 “El Senado decretó que cada cuatro años los cónsules y los sacerdotes hiciesen votos por mi salud...”. Los primeros votos se celebraron el 28 a. C., en relación con la celebración de la victoria de Accio que había tenido lugar el 31 a. C. Esta realización fue llevada adelante por el propio Augusto y por Mecenas, en calidad de cónsules. Revisando la convocatoria que cada cuatro años se hizo para los votos y la realización de los juegos (ludi) con los cuales se vincularon, se observa que estuvieron a cargo, además de los cónsules, los integrantes de los cuatro colegios sacerdotales mayores, especialmente el de los XV hombres (para estos colegios, véase el comentario a VII.3).

Vota pro salute mea: votos por mi salud: la referencia debe entenderse por la salud del gobernante y del imperio, tal como los votos que hacían los cónsules del período republicano pro salute rei publicae.

IX.2 “Y también en privado... todos los ciudadanos...”. Dion Casio señala en LI. 19,7 que se estableció –después del año 30 a. C.– que los sacerdotes y sacerdotisas oraran en favor de Augusto cada vez que hiciesen súplicas a favor del Pueblo y del Senado, esto es, en favor de la República (restaurada). Y que en los banquetes públicos y privados, asociados a momentos de festividad religiosa, todos libaran a su salud. Scheid, refiriéndose a este pasaje, menciona que algunas de estas ocasiones estuvieron relacionadas directamente con la salud física de Augusto, quien padeció graves enfermedades en la década de los veinte a. C. Posteriormente la salud del emperador se hizo más fuerte y no padeció enfermedades graves.

Se reitera que estas indicaciones fueron adoptadas por el Senado y se deja entrever que se adoptaron voluntariamente en las fiestas religiosas municipales y privadas.

X.1 “Por decreto del Senado mi nombre fue incluido en el Canto Saliar...”. La introducción de su nombre en el Carmen

Saliare puede datarse el 29 a. C.; la tribunicia potestad de por vida el año 23 a. C.; y el pontificado máximo, el 12 a. C., luego de la muerte de Lépido, quien lo detentaba. El Carmen Saliare (Canto de los Salios) se refiere a una de las ceremonias religiosas más antiguas de Roma y entronca con el período monárquico, específicamente con el reinado de Numa Pompilio. La celebración, consistente en un desfile de jóvenes patricios con traje de soldados que portaban en el brazo izquierdo una réplica del escudo que Júpiter había donado al antiguo monarca romano, incluía el mencionado canto dedicado a Marte y a Quirino. De esta pieza correspondiente a la poesía romana más arcaica solo quedan dos fragmentos que sirven escasamente para percibir su sentido general, aunque probablemente se referían a la temporada de combates que anualmente se abría y cerraba en los meses de marzo y agosto (OCD voces Carmen Saliare y Salii a cargo de Holford-Strevens, S.; Bailey, C. y North, J., respectivamente; véase también Sarullo y Taylor (2013, p. 1).

X.2 “Rechacé convertirme en pontífice máximo en el puesto de un colega todavía vivo”. Los aspectos generales de este tema ya han sido tratados en el comentario a VII.3. Cabe tan solo recordar que Augusto asumió el Pontificado Máximo el año 12 a. C. a la muerte de Lépido ocurrida el año anterior. En este párrafo comparecen tres de los recursos más habituales del discurso de Augusto sobre su relación con el poder. El primero quiere destacar el respeto a las normas y a los usos políticos tradicionales, lo que lo habría llevado a respetar a Lépido en su cargo, no obstante fuese un enemigo político suyo luego de haber compartido el triunvirato. El segundo son las referencias al clamor popular para que asumiera una magistratura o cargo (“el pueblo me ofreció”) y la manera en que él se negó al considerar aquello que no le correspondía: se presenta a sí mismo como quien modera las intenciones del pueblo para que asumiese el poder total en todos los ámbitos de la vida romana (resultan ilustrativas a este respecto las referencias en V.1, V.3 y VI.1). El tercer punto está dado por la mención a “una multitud tal” con lo que buscaba destacar una vez más el

apoyo popular a su figura, tal como se señala en IX.2, XII.1 y XXIV.1.

XI.1 “El Senado con motivo de mi regreso consagró el altar de Fortuna Redux...”. Augusto regresó a Roma en el año 19 a. C., luego de pasar tres años en Oriente y Grecia. Su retorno estuvo marcado por la recuperación de las insignias romanas que los partos habían quitado a Craso en la batalla de Carras en el año 53 y que había constituido una de las mayores derrotas militares romanas (Veleyo Patérculo II. 91,1 y Suetonio Augusto. 21,3, quien destaca el triunfo diplomático que implicó). La situación representaba la reconciliación de romanos y partos y contenía una gran fuerza simbólica, e incidía en la idea generalizada de restauración del poder y la dignidad romana. Señala Dion Casio en la ocasión de su retorno se le ofrecieron otros honores que él rechazó, aunque no menciona la cuestión de las insignias recuperadas (LIV. 10,3).

El pequeño altar consagrado a Fortuna Redux es un reconocimiento a quien conduce o trae de vuelta a casa algo (OLD. redux), en este caso se trató de las ya mencionadas insignias (Brunt y Moore, al comentar este pasaje, señalan que el retorno que se celebraba era el de la persona de Augusto). La ubicación “delante de los templos dedicados al Honor y la Virtud” a un lado de la Puerta Capena en la Vía Apia (Claridge 1998, p. 184), implicaba equiparar lo actuado por Augusto con la victoria de un comandante que ganó gloria (honos) mediante su coraje (virtus) en la batalla (destacado por Cooley al comentar este pasaje). En este altar era celebrada anualmente la Augustalia por los pontífices y las vestales (Platner y Ashby (1929, p. 218).

La traducción al castellano del nombre de la diosa Fortuna Redux es muy compleja y todo intento resulta insatisfactorio, por lo que he optado por mantener el original.

Respecto de la recuperación de las insignias romanas que se encontraban en manos de los partos, ver comentario a XXIX.2; la mención que ahí se hace la estatua de Augusto es la llamada de

Prima Porta, explicada en la nota explicativa al párrafo recién mencionado.

XII.1 “Por decisión del Senado... los hombres más importantes me salieron al encuentro en Campania...”. La interpretación de este párrafo ilustra la manera en que Augusto dispone la información que incluye en RGDA. y la intención con que lo hace. A simple vista las noticias contenidas aquí relacionan este párrafo con el anterior por cuanto se refieren a su retorno en el año 19 a. C., ocasión en la cual el Senado habría decretado que una comisión de notables lo encontrara en Campania y lo acompañaran en el tramo final de su camino a Roma, “honor que nunca se había decretados a otro antes que a mí”.

La situación fue mucho más compleja de lo que se indica y se relaciona con algunos graves disturbios que habían tenido lugar en Roma durante la ausencia de Augusto, especialmente con la elección de los cónsules para el año 18 a. C., tal cual lo informan Dion Casio en LIV. 10, 1 y 2, y Velejo Patérculo con detalles en II. 91. 3 y 92. 1-2. Para ese año había sido elegido como cónsul C. Sentio Saturnino, mientras que el otro cargo había sido ofrecido a Augusto, quien lo rechazó, proponiendo (o designando, según algunos) a Quinto Lucrecio. Toda esta situación se daba luego de que Egnacio Rufo, un destacado edil del año 26 a. C. (fue quien formó una brigada de bomberos con sus propios fondos) y luego pretor, postulara al consulado para el año 19 a. C.; su pretensión fue rechazada, dado que no había cumplido los dos años que debían mediar entre el ejercicio de ambas magistraturas. Es probable que el rechazo a su candidatura por parte del Senado haya sido un tecnicismo y que lo que se buscara castigar era su excesivo personalismo y aprovechamiento de la difícil situación que se estaba viviendo en la ciudad de Roma por la extendida ausencia de Augusto. Luego del rechazo a su postulación, Rufo provocó un complot contra el emperador, motivo por el cual terminó por ser ejecutado. (Jones, 1970), p. 59 y Levick (2010, p. 89) comparten la idea del complot de Egnatius Rufus (de la oposición a Augusto véase la presentación que hacemos de este argumento en el

prólogo).

Volviendo al comentario del pasaje correspondiente, se advierte aquí una confusión en el texto. La aclaración es la siguiente: hubo dos comitivas que llegaron hasta Augusto cuando tocó suelo itálico. La primera fue dirigida por Q. Lucrecio antes de que fuese cónsul, y tuvo por objetivo hacerle ver al emperador los problemas suscitados en Roma durante su ausencia, especialmente lo referente al deseo de Egnazio Rufo de postular al cargo consular. Esta comitiva había alcanzado a Augusto en un lugar distinto de la Campania y en la entrevista Augusto habría procedido a designar a Lucrecio como cónsul. De más está señalar la ilegalidad de lo obrado por el emperador. En esta ocasión, Lucrecio habría transmitido un recado en que el Senado pedía a Augusto que retornase luego a Roma por la difícil situación.

La comisión a la que hace referencia el texto estuvo encabezada por Lucrecio como cónsul y, por lo tanto, se trataría de una segunda comitiva dirigida a Augusto, cuyos motivos desconocemos.

XII.2 “Cuando regresé a Roma de Hispania y Galia...el senado decretó que se debía consagrar en honor de mi regreso el Altar de la Paz Augusta...”. Augusto estuvo en Hispania y Las Galias entre los años 16 y 13 a. C. Con motivo de su regreso el Senado decretó que se levantara el Ara Pacis (Altar de la Paz), ya que esta parecía finalmente asegurada. El altar, contenido en un recinto cuyos muros fueron escultóricamente trabajados, representó uno de los monumentos que se expresó con mayor fuerza las convicciones políticas de Augusto y el mensaje utilizado para su difusión. Tal como ha señalado Zanker “el elogio directo del monarca fue asumido por el Senado” (1992, p. 232). Su recuperación ha representado uno de los mayores logros de la arqueología moderna y está bien descrito en Coarelli (2000, p. 295). En efecto, de los tres espacios mayores utilizados para fijar el mensaje y obra de Augusto en el espacio público de la ciudad de Roma, este es el que nos permite una visión más completa; mientras que de su mausoleo y más aún del Foro de Augusto resulta difícil formarse una idea acabada a partir de sus restos.

Un aspecto importante de este altar es que fue decretado por el Senado y no mandado a levantar por Augusto directamente, pudiéndose afirmar que representaba el reconocimiento y aceptación de los senadores ante el nuevo orden de cosas. Esta impresión puede mitigarse al prestar atención a los dos cónsules que tomaron la iniciativa: Tiberio Nerón, conocido por haber sido el segundo emperador romano; era hijo de Livia, la esposa de Augusto y ocupaba el consulado por primera vez. El otro fue Publio Quintilio Varo, una figura muy cercana a Augusto y que debió su carrera política a su apoyo. Su vida terminó trágicamente al suicidarse luego de la derrota de las tres legiones romanas que conducía en Germania el año el 9 d. C. En el año de su consulado ambos eran yernos de Agripa, el colaborador más cercano del emperador. No obstante, Ara Pacis es una de las muchas expresiones de origen no gubernamental en que se presentan argumentos de reconocimiento a la obra del emperador, a la llegada de la paz y el bienestar.



Ara Pacis constituye en la actualidad uno de los monumentos mejor conservados de la antigüedad greco romana. Fue motivo de especial atención durante el gobierno de Mussolini, y de manera reciente en el año 2006, se construyó un edificio que lo alberga y protege de la contaminación a que estaba expuesto. Esta última construcción estuvo a

cargo del arquitecto norteamericano Richard Meier.

En el recinto que contenía el altar se encontraban una serie de cuadros en relieve con motivos alusivos a la religiosidad romana, la paz alcanzada y a la familia imperial. Se representó a la paz en dos escenas de manera específica. En la primera, casi totalmente perdida, figuraba la diosa Roma entre la Virtud y el Honor, repitiendo un motivo que ya se encuentra en el altar de Fortuna Redux, tal como se advierte en RGDA. XI.1. Una segunda, tal como se puede observar en la imagen a continuación, presenta a la paz como una mujer con dos niños en sus brazos, acompañada por las imágenes del aire (izquierda) y el agua (derecha). Esta representación de la paz, la opulencia y la fertilidad (Zanker, 2010, p. 88), tal como se aprecia con claridad al observar la imagen con detención, ha generado un intenso debate en el que varios se han inclinado por ver en ella una imagen de la tierra, de Italia o del imperio romano. A. Claridge (1998, p. 187) ha señalado: “La respuesta es que probablemente represente todas estas cosas, esto es, que la paz haya sido un concepto múltiple y que retratarla por primera vez representase un desafío considerable”.

Otro motivo que figura de manera relevante en el Ara Pacis es la familia imperial; esta participa en una procesión celebratoria por el regreso de Augusto, tal como se percibe en la imagen siguiente. En este caso muchas de las figuras son identificables, destacando Agripa (segunda figura velada de izquierda a derecha), acompañado por su pequeño hijo Cayo César quien fue adoptado por Augusto luego de la muerte de Agripa el año 12 a. C., y también por su esposa Julia, hija de Augusto. Si se ampliara el análisis a las otras partes del conjunto, se identificarían otra serie de figuras de la casa de Augusto. En esta sección del altar aparece representado el motivo dinástico que tuvo el régimen de Augusto, introduciendo así uno de los cambios más profundos y decisivos en la vida política romana. En todo caso, las figuras comparecen en clave religiosa, obviando una presentación directa de su poder político y militar.



La paz alcanzada en Roma durante el gobierno de Augusto fue presentada como el logro más importante del régimen y la base para una nueva Época en la historia del imperio. Este mensaje aparecía también en un alto porcentaje de las monedas acuñadas en esos años: la paz hacía posible la seguridad, así como el desarrollo de Roma y las provincias.

Por último, el altar contiene una serie de imágenes que relacionaban el presente con el pasado más lejano de Roma en una clave religiosa conservadora muy vigente en el gobierno de Augusto. Entre estas se encontraba Rómulo y una famosa de Eneas sacrificando a los dioses penates traídos desde Troya, personaje recreado en varios pasajes por Virgilio en la Eneida unos pocos años antes de la construcción del Ara Pacis.

El Foro de Augusto, por su parte, estaba ubicado en lo que ha pasado a denominarse la zona de los Foros Imperiales; fue inaugurado el 2 d. C. Se trató del más importante centro representativo destinado a glorificar al emperador, especialmente desde el punto de vista de sus funciones militares y triunfales (Coarelli, 2000, p. 117). Al interior del templo ricamente decorado,

destacaban las estatuas dedicadas a Eneas y a Rómulo. Junto a la primera se encontraban los miembros de la familia Julio Claudia (de la cual Augusto, no representado en este contexto, formaba parte), mientras que próximos se podía apreciar a los hombres notables de la historia republicana romana: “...aquí, como es típico en la propaganda política de Augusto, asistimos a un compromiso entre la tradición y la innovación: la historia republicana es recuperada e identificada, al mismo tiempo, con la historia de la familia Julio-Claudia” (Ibíd, p. 119). Tal como ha destacado Zanker (1992, pp. 232 y ss.) el mensaje se entregaba de manera indirecta, pero muy eficiente, y quien frecuentaba el Foro de Augusto, en cuya plaza anterior se encontraba un carro triunfal tirado por una cuadriga “en el que posiblemente viajara una estatua del propio Augusto junto a una imagen de La Victoria” (Beard, 2009, p. 64), establecería las relaciones que de manera didáctica habían sido dispuestas para el logro de este objetivo.



Miembros de la familia imperial en Ara Pacis.

Una novedad que trajo profundas consecuencias para la vida

política romana fue el establecimiento de un régimen dinástico. En este Altar de la Paz aparecen los miembros de la familia imperial, varios de los cuales llegarán a detentar el cargo de Emperador. Ha llamado la atención el espacio concedido a los aspectos dinásticos del gobierno de Augusto en un monumento encargado por el Senado romano.



El Foro de Augusto.

Los escasos restos que quedan del Foro de Augusto evidencian los problemas existentes para conocer la historia de Roma antigua. Esta situación se extiende a una gran parte de los restos materiales de la antigüedad, lo que ha obligado a los investigadores a aprovechar de manera intensa cualquier vestigio de ese período.

El Foro de Augusto ha sido bien descrito por Coarelli (2000, pp. 117-121), por Claridge (pp. 177-178) y por Zanker (1992) en las páginas señaladas en el párrafo anterior.

Conviene integrar a estas conclusiones lo señalado en el prólogo respecto del Mausoleo de Augusto, por cuanto esta obra, así como el Foro de Augusto, debe considerarse entre las construcciones que tuvieron mayor impacto en la ciudad de Roma.

XIII.1 “El templo de Jano Quirino... el Senado decretó que fuese cerrado tres veces durante mi principado”. La clausura de las puertas del templo de Jano ocurría cuando había paz en Roma y su imperio. Las tres ocasiones anteriores a las que hace referencia Augusto fueron: luego del triunfo en Accio (31 a. C., la clausura fue el 29 a. C.); luego de la guerra contra los cantábricos (25 a. C.); la discusión sobre la fecha y motivo de la tercera clausura se encuentra abierta.

XIV

El párrafo XIV hace una referencia indirecta al tema sucesorio en el régimen establecido por Augusto. Cayo Cesar y su hermano Lucio fueron hijos de Marco Agripa, ya señalado como el colaborador más cercano de Augusto, y de Julia, la hija del emperador y de Escribonia, su primera esposa. Luego fueron adoptados por el gobernante en condición de hijos. Todo ha tendido a indicar que se proyectaban como herederos y sucesores del emperador. La referencia, como se puede apreciar en el texto de la inscripción, no es explícita, ya que aquí se concentraba un asunto de la máxima tensión: si Augusto declaraba haber restaurado la República, entonces, la formulación de un sistema dinástico era un hecho que no tenía ninguna cabida y representaba la negación de cualquier restauración. Pero, con el paso de los años, la sucesión se fue imponiendo y terminó recayendo en Tiberio, cuestión que tampoco aparece mencionada de manera directa en ningún pasaje de RGDA.

La sucesión de Augusto, concebida en términos de inicio de una dinastía, experimentó desde el principio algunas complicaciones. Una de ellas fue la mala salud del emperador que lo tuvo cerca de la muerte en al menos dos momentos. Ante esto se pensó que Marco Agripa (63 a. C.-12 a. C.)

lo sucediera en caso necesario, pero él murió el 12 a. C., esto es, antes que Augusto. Un segundo factor bastante decisivo fue que Augusto no tuvo hijos hombres, por lo que se sintió obligado a buscar entre sus familiares quién consolidara el régimen después de él. En esta misma línea cabe señalar que la casi totalidad de los seleccionados fallecieron muy jóvenes o antes de que lo hiciera el propio emperador. Muerto Agripa, algunos de los miembros jóvenes de la familia empezaron a ser vistos y educados para una herencia futura. Incluso mientras Agripa vivía emergió la figura de Marcelo (Marcus Claudius Marcellus), hijo de Octavia (hermana de Augusto), para quien se anticipó su participación en el curso honorífico romano, llegando a ser edil el año 23 a. C. Murió ese mismo año, sumiendo a la mayor parte de la familia imperial en una profunda crisis. Virgilio incluyó su figura en Eneida VI, 860, señalando: “¡pero, ay, la sombra de la triste noche revuela en torno a su noble frente!” (respecto de esta figura, véase el comentario a XXI,1).

Cayo y Lucio César fallecieron el 4 d. C. y el 2 d. C., respectivamente. Esto consolidó la opción de Tiberio, un hijo de Livia anterior a su matrimonio con el emperador. Con el paso del tiempo, ironía de ironías, algunos de los emperadores de la dinastía Julio Claudia serían descendientes del matrimonio de Marco Antonio –el enemigo acérrimo de Augusto– y de Octavia, hermana del emperador, pero ya Augusto no estaría vivo para saberlo. El punto central, en todo caso, es la tensión insalvable entre restauración de la República romana y el elemento revolucionario, en términos de tradición política, de una sucesión.

Conviene ubicar el tema de la sucesión dentro del contexto de la formación de la primera familia imperial, la que terminó alcanzando un poder similar o aun superior al de las más poderosas familias republicanas. Tácito se dedicó a describirla en sus Anales y lo hizo de manera descarnada, sin dejar de iluminar ninguna de sus sombras. Esta visión, junto con algunos aspectos señalados por Suetonio en su biografía de Augusto, ha marcado la imagen que el mundo contemporáneo se ha formado de los julio-claudios, y ha servido de base para las varias novelas y películas que se han hecho desde hace bastante tiempo, entre ellas Yo, Claudio de Robert Graves. Un aspecto interesante y que ha llamado la atención de muchos historiadores e historiadoras es la incidencia de las mujeres en la lucha familiar interna por establecer un sucesor. La llegada al poder de Tiberio el año 14 d. C. parece deber mucho a su madre Livia, mientras que Julia llegó a tener un poder

considerable antes de ser defenestrada. Varias otras mujeres de la familia jugaron un papel decisivo en el camino político de sus hijos y aparecerán, en algunos casos, como consejeras directas de sus gobiernos.

XIV.1 “El Senado y el Pueblo Romano... designó a mis hijos Cayo César y Lucio César”. Se refiere a los hijos adoptivos del emperador: Cayo César, hijo mayor de Agripa y Julia, hija de Augusto, nacido el 20 a. C. y muerto el 4 d. C.; y Lucio Cesar, segundo hijo del mismo matrimonio, nacido el 17 a. C. y fallecido el 2 d. C. Las fuentes informan que Augusto pensó en estos jóvenes como sucesores suyos, ¿uno de ellos?, ¿ambos?: imposible saberlo-. Para estos efectos se involucró de manera personal en su educación y formación político-militar, aunque sin mayores resultados, ya que “ni Cayo ni Lucio estaban muy inclinados a seguir su propio estilo de vida, puesto que estaban siendo criados como niños nacidos en la corte” (Dion Casio LV, 9,1). Cayo César recibió un importante comando para Asia (1 a. C.). El 1 d. C. ejerció el consulado y el 4 d. C. encontró la muerte en las guerras contra los Partos. Lucio había muerto dos años antes.

Casi todos los autores están de acuerdo en señalar que este es uno de los capítulos fundamentales de la inscripción, ya que empieza a aparecer el intento del emperador por establecer un orden sucesorio y, por tanto, de crear un régimen de tipo dinástico (Pani, 1991, pp. 221-223, especialmente importante al respecto). Todo tiende a indicar que la adopción de estos dos hijos era vista en ese sentido, como más adelante será la de Tiberio (expresamente en este sentido lo señaló Dion Casio LIV.18, 1). El punto conflictivo es que Augusto declaró que él habría restaurado la república (capítulo XXXIV.1), y ambas cosas resultaban incompatibles. En el problema de la creación de una dinastía, que bien sabemos se llevó adelante, han encontrado un buen argumento los historiadores que retienen que Augusto fue el creador de un orden nuevo ajeno en lo esencial al anterior de tipo republicano.

Atendiendo de manera rigurosa a las RGDA., cabe señalar que Augusto no hace mención alguna, aquí o en otras partes, a la cuestión sucesoria de manera directa, lo que ha llevado a

historiadores como Jean Maria André a hablar de que el argumento “fue enmascarado por él” (citado por Ridley, 2003, p. 71). Como hemos tenido oportunidad de señalar en más de una ocasión, especialmente en el prólogo de esta edición, resulta necesario recordar que este tema aparece enunciado en varios de los monumentos que se levantaron en ese tiempo en la ciudad: Ara Pacis, Teatro de Marcelo, Foro Augusto, Mausoleo y Basílica Julia.

XIV.2 “Además la totalidad del orden de los caballeros les donó escudos y lanzas de plata...”. El Orden Ecuestre les donó escudos y lanzas de plata. Con esta manera de presentar las cosas, buscaba destacar el total apoyo a la medida por parte de uno de los órdenes fundamentales en el funcionamiento del sistema político del momento.

El Orden Ecuestre o de los Caballeros tenía una existencia que se encuentra registrada desde los inicios de la historia romana, experimentando significativas transformaciones con el paso del tiempo, incluidas las que se pueden observar durante el período de Augusto. Su actividad original parece haber estado relacionada con los servicios de caballería prestados en la guerra y la pertenencia de sus miembros a la aristocracia. Durante el siglo III a. C. la caballería perdió importancia para la guerra y los romanos dejaron de utilizarla, sin embargo, los caballeros o miembros del Orden Ecuestre mantuvieron su importancia al pasar a desempeñarse, en varios casos, como comandantes y gobernadores de las provincias que Roma iba agregando a su imperio. Auboyer y Aymard (1964) señalan que fue en este tiempo cuando el término caballero pasó a identificar a los ciudadanos “ricos que no pertenecían al senado” (p. 168).

En el año 129 a. C., por motivos que no quedan del todo claros, los senadores fueron excluidos de este orden, con lo cual éste acentuó sus características propias. Todo parece indicar que en estas fechas su adscripción se daba a partir de la posesión de una cierta cantidad de bienes que eran censados con cierta regularidad, bienes que se generaban a partir de la posesión de tierras en Italia, los negocios realizados en el ámbito del imperio y el servicio de ciertos cargos públicos importantes. Un período de especial importancia en su

historia fue el de los conflictos que se dieron a partir de la segunda mitad del siglo II a. C., cuando sus integrantes comenzaron a disputar al Senado la formación de los jurados para atender los juicios derivados de los asuntos de las provincias, en particular aquellos que decían relación con los excesos cometidos por los gobernadores quienes eran senadores en su mayoría. Esta incidencia política ha sido exagerada ya que probablemente incluyó a una parte minoritaria de los caballeros (Eck, 2003, p. 74). Esta situación ha permitido visualizar a los integrantes del Orden Ecuestre con negocios relacionados al ámbito provincial, específicamente con la actividad del cobro de los impuestos.

En la segunda mitad del siglo II a. C. se definió otra de las características centrales que tendrán los caballeros durante la llamada República Tardía, como es su acuerdo político y social con el Orden Senatorial, al desechar el llamado de los tribunos populares (los hermanos Graco, especialmente) para que se integraran y apoyaran las demandas de los populares romanos en torno a las reformas agrarias. Por esta vía y para el período mencionado, puede decirse que senadores y caballeros formaron una plutocracia en que ambos órdenes compartían intereses relacionados con la propiedad de la tierra y sus negocios.

Durante los inicios del sistema imperial, y a partir de Augusto, este orden experimentará nuevos cambios que le darán una fisonomía más definitiva y de cercanía a los emperadores gobernantes (Jones 1970, pp. 136-139; Nicolet, 1984, p. 99). Junto a la exigencia de poseer un patrimonio igual o superior a los 400.000 sestercios, la pertenencia al Orden requería poder demostrar una vida honorable, haber nacido libre (las disposiciones sobre la cantidad de generaciones libres varió durante el siglo primero, siendo probable que bajo Augusto el requisito se extendiese a una), y ser expresamente admitido por el emperador o por una comisión designada por este para tal efecto.

XV a XVIII

Los párrafos XV a XVIII muestran los gastos realizados por Augusto en favor de la plebe romana, de los soldados veteranos, así como los aportes vertidos al erario militar y a otras actividades ligadas con el ejercicio del gobierno. De acuerdo a la parte del título agregada a la inscripción original (“...y de los gastos en favor de la República y del Pueblo romano”), se indicarían aquí los desembolsos, y se entraría en una segunda parte de RGDA., aspecto que todos los comentaristas de la inscripción hacen notar. La afirmación es correcta pero parcial, ya que conviene atender a las continuidades en la redacción de la inscripción, y estas tienen relación con la voluntad de Augusto por presentarse como benefactor de sectores sociales del imperio romano y de su gobierno (aspecto ya mencionado en III.3 y en V.2). Por esta vía resulta posible advertir que el emperador-autor destaca aquí su condición de benefactor generoso y primer evergeta del imperio (evergeta: verbo griego evergeteo: hacer el bien de manera desinteresada). Una presentación y discusión interesante sobre el punto se encuentra en Levick (2010, pp. 119-126). Esta generosidad espontánea viene a agregarse a las otras ideas centrales de paz, consenso y sucesión, que posibilitan una lectura continuada de la inscripción.

En estos párrafos, tal como señalamos, se inicia el recuento de los gastos realizados por el príncipe a favor de la plebe romana; de los soldados veteranos, esto es, quienes han terminado su período de servicio (ver II.3), así como diversos aportes versados al erario para el buen funcionamiento de la ciudad de Roma. Conviene reparar en varios de los aspectos contenidos. El primero de ellos es que se trataría de desembolsos realizados con su propio patrimonio y no de la distribución de bienes correspondientes al presupuesto fiscal. Recuértese lo señalado por Syme en cuanto a que “Augusto era, con mucha diferencia, el hombre más rico del Imperio, gobernando Egipto como un rey y sin dar cuentas a nadie de ello; acuñaba la moneda de oro y plata en las provincias, y gastaba su dinero con ostentación y en beneficio de su poder” (Syme, 2010, p. 395, orig. 1939).

En segundo lugar, las menciones se concentran en aquellos realizados a partir del año 30 a. C., esto es, inmediatamente después del triunfo de Accio, cuando el poder de Augusto empezaba su proceso de legitimación dentro del sistema político romano. El tercer elemento se refiere a que no todos los gastos realizados figuran en este elenco sin que conozcamos los motivos por los cuales algunos de cierta importancia, tal como lo

informan las fuentes, no fueron incluidos. Un cuarto aspecto de importancia es que a través de estas referencias podemos advertir el concepto de plebe que comenzó a instaurarse en el período imperial y cuál fue el espacio político que se le asignaba dentro del nuevo régimen.

Los términos plebe y plebeyos romanos, que en estos párrafos aparece como grupo beneficiado por la actividad imperial, al igual que el de Orden Ecuestre, se encuentran desde los inicios de la organización social romana y experimentaron varios cambios con el paso de los siglos. No resulta fácil establecer una sola definición de ellos para toda la historia romana. Lo común a todos los tiempos es que designaba a quienes no formaban parte de una aristocracia rica en bienes. Se trataría de un término de exclusión (no pertenecer a) y abarcaría una población amplia y heterogénea.

Durante el período republicano los plebeyos conquistaron importantes espacios en la ordenación política de la sociedad romana, generando sus propias asambleas (concilia plebis) y sus propios magistrados: los tribunos de la plebe y los ediles. Los tribunos de la plebe (véase lo señalado al comentar VI.2) fueron muy relevantes en este sentido, ya que su función esencial fue la de limitar las acciones de los magistrados senatoriales en cuestiones referidas a la plebe.

El poder político de los tribunos, y por tanto de la plebe, alcanzó su mayor expresión durante el siglo II a. C. y más específicamente en la segunda mitad de esa centuria. Las figuras emblemáticas con que se vincula esa situación fueron los hermanos Graco, quienes plantearon una alianza política de todos los plebeyos para disputar el poder senatorial en aspectos claves del gobierno de la ciudad. Fracasados estos intentos (recuérdese que los tribunos de la plebe Cayo y Tiberio Graco perdieron la vida en ese contexto), el poder político de la plebe empezó un descenso que se materializó a lo largo del siglo I a. C. (una excelente exposición sobre el tema se encuentra en Millar, 1998). Hacia fines del período republicano el término plebeyo pasó a homologarse con el de los grupos sociales de menor poder dentro de la sociedad. “Al menos desde el tiempo de Augusto en adelante aquellos que no formaban parte a los órdenes senatorial o ecuestre o al orden de los senados locales (decuriones) en las colonias o municipios, recibían habitualmente el nombre de plebeyos” (Momigliano y Lintott, ya citados). Millar (1992, p. 368) señala que los emperadores prácticamente nunca convocaron a

las asambleas populares, privilegiando otras formas de entendimiento con la plebe, de la cual se habían erguido como su representante directo en cuanto detentores de la potestad tribunicia.

La lectura de los pasajes referidos a la plebe en RGDA. evidencian de manera clara lo señalado por Fergus Millar (1992), dado que aparece como receptora de los beneficios directos entregados por el emperador y como un grupo de presión que solicita de manera reiterada la concesión de mayores poderes al gobernante, ante lo cual Augusto –así por lo menos lo señala él– se resiste y solicita moderación.

XV.1 “En mi quinto consulado di a cada uno de los hombres de la plebe romana trescientos sestercios...”. La referencia inicial indica el cumplimiento de lo estipulado en el testamento de Julio César, y que Augusto (Octaviano en ese momento) llevó a cabo el año 44 a. C. Esta acción fue muy importante en su consolidación como heredero de César ante la plebe romana que pensaba que ese espacio correspondía, naturalmente, a Marco Antonio. Los 400 sestercios “a nombre mío” que menciona a continuación fueron entregados el año 29 a. C. como celebración de la victoria de Accio del año 31 a. C. Los fondos para esta repartición provinieron de la sustanciosa fortuna de Cleopatra. La distribución realizada durante el 10° consulado tuvo lugar el año 24 a. C. luego de las guerras cantábricas (Hispania). Durante el 11° consulado del año 23 a. C. estableció un reparto mensual de grano por un período de doce meses para paliar los efectos de la inundación de la ciudad de Roma (ver RGDA. V.2 y comentario correspondiente). La última referencia de los donativos a la plebe señala nuevamente la suma de 400 sestercios y fue realizado el año 12 a. C., respondiendo a lo estipulado por Agripa en su testamento y al ascenso de Augusto al Pontificado Máximo.

Sumadas todas las donaciones se puede apreciar que la suma recibida por los plebeyos fue bastante alta, aun cuando algunas de estas medidas no se hicieran extensivas a todos. Jones (1970, p. 140) ha advertido que el emperador se refiere a una Plebe Frumentaria o Romana, cuyos integrantes recibían el trigo de

manera gratuita y cuyo número oscilaría entre los 250.000 a 200.000 integrantes, según los distintos momentos del gobierno de Augusto; también haría referencia a la Plebe Urbana, término que incluiría a todos los plebeyos que residían en Roma.

A lo largo de los años de gobierno Augusto parece haber gozado de consideración dentro de la plebe. Por último, téngase en cuenta lo ya señalado respecto a que estas reparticiones provinieron de los recursos del propio Augusto y no del fisco romano, división que en todo caso pasa por ciertos mecanismos técnicos que diferenciaban patrimonios que en los hechos llegaron a estar muy relacionados, como el caso de los fondos provenientes de la provincia anexada de Egipto y que formaban parte del patrimonio del emperador de Roma.

XV.2 “En el año de mi décima octava tribunicia potestad...di setenta denarios...”. La donación se hizo con motivo del ingreso de Cayo César a la vida política el año 5 a. C. (ver comentario a XI.1.). La plebe urbana es la denominación con que se identificó a aquel grupo de la plebe romana que, luego de la reforma de la ciudad implementada entre los años 12 y 5 a. C., vivía dentro de los límites de la ciudad. Augusto habla aquí de denarios y no de sestercios como lo había hecho hasta este momento: 60 denarios equivaldrían a 240 sestercios. La probable intención de Augusto de ocupar esta nueva medida es que equivalía al valor de las reparticiones de trigo anuales a las que acababa de hacer referencia (Scheid al comentar este pasaje).

XV.3 “En mi quinto consulado di mil sestercios”. Ver los comentarios hechos a este respecto en III.3, donde hemos presentado el tema de los soldados y las reformas militares del período.

XV.4 “Siendo cónsul por la décima tercera vez”. Con motivo

del ingreso de Lucio César a la vida política en el año 2 a. C. Sobre estas dos figuras, véase lo señalado respecto de XIV.1.

XVI.1 “Pagué a los municipios”. Ver comentario a III.3.

XVI.2 “Y después bajo el consulado de Tiberio Nerón... devolví a sus municipios a los soldados que habían concluido su servicio...”. De acuerdo a los cónsules mencionados, estas acciones se habrían realizado entre los años 7 y 2 a. C., esto es, antes de la creación del erario militar mencionado por el propio Augusto en XVII.1. La cifra de 400 millones de sestercios evidencia la magnitud de los fondos destinados a cancelar 12.000 sestercios a unos 30.000 veteranos (Cooley al comentar este pasaje). Para una versión distinta en la que la cifra recibida por cada veterano sería de unos 4000 sestercios, ver Scheid al comentar este pasaje.

XVII.1 “Ayudé cuatro veces al erario”. Al menos tres de estas ocasiones son conocidas. La primera de ellas tuvo lugar el año 28 a. C. con motivo de la realización de los juegos en celebración por la batalla de Accio en la que Augusto logró la victoria final sobre Marco Antonio y Cleopatra en el año 31 a. C. La segunda fue una erogación para la reparación de los caminos y probablemente para la construcción de otros nuevos (año 16 a. C.). La tercera fue para reemplazar los tributos que la provincia de Asia no pudo hacer debido a un terremoto que la afectó el año 12 a. C. Una vez más cabe destacar que Augusto señala haber hecho estos aportes con fondos propios, los cuales deben haber sido muchísimos si se tiene en consideración el aporte con el que reemplazó los tributos de Asia.

XVII.2 “Bajo el consulado de M. Lépido y L. Arruntio entregué

ciento setenta millones de sestericios de mi patrimonio al erario militar...”. Sobre el erario militar ya hemos hecho las consideraciones pertinentes en III.3. Respecto de este, véase lo señalado por Suetonio en Augusto 49,2.: “Y para que se dispusiera siempre y sin dificultad del dinero necesario para alimentarlos y pagarlos, instituyó un erario militar con base a nuevos impuestos”. En el mismo sentido, Dion Casio 55.24, 9 y 25,1, da a conocer algunas dificultades en su establecimiento y las medidas administrativas iniciales para su implementación. Tácito se refirió a la existencia del erario militar y su importancia para la estabilidad militar y política en Ann. I.78.

XVIII.1 “A partir del año en que fueron cónsules”. Estas asignaciones parecen haber sido una iniciativa privada de Augusto para aprovisionar de grano a la ciudad (Malcovati, 1934; Canali, 1982) al comentar este pasaje).

XIX-XXI

Los párrafos XIX a XXI están dedicados a las construcciones realizadas en la ciudad de Roma por Augusto durante su dilatado gobierno. Esta forma tan personalizada de presentar la situación se debe a los siguientes factores: durante el período hubo numerosas obras que modificaron de manera profunda la fisonomía de la ciudad; resulta posible afirmar que el emperador estuvo personalmente involucrado en dichas edificaciones y en el sentido que adquirieron; quedan en la penumbra de la historia las figuras de los arquitectos y encargados de dichos proyectos y con ello su incidencia en su concepción y forma, aunque sabemos que Marco Agripa tuvo importancia en la gestión de varios de los proyectos mencionados. Finalmente, y tal como podemos apreciar en RGDA., el autor se atribuye las construcciones sin compartir los méritos con nadie, profundizando así el tono personal de toda la inscripción. Esta reiteración del emperador-autor en atribuirse todos los méritos de los logros alcanzados se encuentra en variadas partes de la inscripción, tal como hemos destacado al hablar de los triunfos

militares, pero también por lo que se refiere a la totalidad de la formulación política que denominamos principado.

El interés y participación personal de Augusto en las obras públicas fue registrado por Vitruvio en la dedicatoria que hizo a este personaje en su De Architectura (Marcus Vitruvius Pollio, 80 a. C. –circa– 15 a. C.): “Sin embargo, al advertir que asumías personalmente la supervisión no solo de la convivencia general y la organización del Estado, sino también de la política de obras públicas –lo uno para que con tu intervención el cuerpo ciudadano se viera fortalecido gracias a las provincias, pero lo otro también para que la majestuosidad del Imperio se manifestara en los excepcionales testimonios de sus edificios públicos–, pensé que no podía menos que dedicarte a la primera ocasión mis escritos sobre estos temas, ya que me había dado a conocer primero a tu padre en este terreno y había sido un admirador de su talento militar” (Prefacio, 1). Suetonio en Augusto 28.3, por su parte, resumió el proyecto edilicio de Augusto: “Comprendiendo que la ciudad no estaba ornamentada como exigía la majestad del Imperio y que se encontraba expuesta a incendios e inundaciones, Augusto la embelleció de tal modo, que se pudo vanagloriar con razón ‘de que él la había recibido de ladrillo y la dejaba de mármol’”. Suetonio resumió asertivamente la intensa actividad edilicia tal como lo atestiguan también Estrabón –en sus párrafos breves pero muy informativos–, Suetonio y Dion Casio, esto es, las fuentes más importantes a este respecto. Los abundantes estudios contemporáneos, realizados por historiadores, arqueólogos, historiadores de la arquitectura y del arte coinciden en la pertinencia de la afirmación del emperador, destacando que fue en este período que Roma adquirió el nivel propio de una capital imperial. Cabe recordar que durante los años 44 al 31 a. C. la centralidad de Roma fue, probablemente, cuestionada por Marco Antonio, a quien se le atribuyó el proyecto de trasladar la capital a la ciudad de Alejandría, decisión que tenía sentido si acaso el imperio hubiese llegado a extenderse hacia el oriente, incorporando territorios de la India, cosa que finalmente no sucedió (Zanker, 1992, pp. 97-98; Favro, 2005, pp. 235-236).

Lo que los lectores encuentran en estos párrafos constituye un extenso elenco de las obras realizadas sin mayores explicaciones ni consideraciones. La redacción resulta árida y requiere un adecuado nivel de información que permita comprender la importancia de los edificios que se mencionan. Para el lector romano de la inscripción, en cambio,

todas las menciones resultaban plenamente comprensibles dado que tenía los edificios a la vista. Una de las cosas que observaban era la atención preferente que se había prestado a los edificios religiosos y que son los más mencionados en RGDA. Este es el efecto de la piedad (pietas) manifestada constantemente por Augusto y que tenía connotaciones religiosas (piedad para con los dioses), políticas (piedad cívica) y familiares. La poesía romana del período, especialmente Virgilio a través de la Eneida, relacionaron a Eneas y Augusto en la dedicación al culto de los dioses (véase lo señalado en el prólogo).

El elenco no sigue una ordenación cronológica, no obstante lo cual puede intuirse que se encuentran agrupados según fuesen construcciones completamente realizadas por Augusto en el suelo público; obras terminadas durante el período pero iniciadas con anterioridad, y reconstrucciones. No aparecen indicadas aquellas llevadas adelante por funcionarios del gobierno o por privados, cosa que sabemos que sucedió en varias ocasiones. Quizás la ausencia más significativa sea la del Panteón construido por Agripa el año 27 a. C., durante su tercer consulado (Zanker, 1992, p. 92; Sommela y Migliorati, 1991, pp. 293-294).

Las referencias incluyen también aquellos trabajos desarrollados en cuanto a la actualización de la infraestructura de una ciudad cuya población estable había crecido y que recibía una cantidad cada vez mayor de visitantes. Interesante resulta la mención a los acueductos y a la cloaca en XX. 2. Purcell (2010, p. 796) ha destacado este aspecto de buen gobierno y responsabilidad edilicia al destinar cantidades importantes de fondos a estos proyectos.

Estos párrafos resultan muy importantes al momento de preguntarse sobre el receptor esperado de RGDA., apoyando la hipótesis de que este era el habitante de Roma, letrado y/o el viajero ilustrado que recorría la ciudad. Los lectores de provincias, quienes accedían mediante las copias reproducidas en sus respectivas ciudades solo deben haber captado que se llevó adelante un gran volumen de edificaciones y que una parte significativa de las mencionadas relacionaban la obra del emperador con los templos, a los cuales ya hicimos una mención.

Las construcciones en la ciudad de Roma, así como las imágenes que se podían encontrar y observar en ella, han sido objeto de múltiples estudios recientes. Habiendo ya mencionado el aporte de las fuentes

antiguas para el conocimiento de los monumentos mencionados, queremos destacar el aporte de las guías arqueológicas especializadas de F. Coarelli (última edición 2008) y la de A. Claridge (última edición 2010). En el año 1987 apareció el libro *Augusto y el Poder de las Imágenes* de Paul Zanker (publicado en castellano en 1992), considerado por todos como una obra fundamental al respecto y que mantiene su vigencia. Un tiempo después Diane Favro (1996) publicó *The Urban Image of Augustan Rome* y Stephen L. Dyson, *Rome. A Living Portrait of an Ancient City* (2010); mientras que el ya mencionado Purcell tuvo a su cargo el capítulo correspondiente a este tema en el volumen X de la *Cambridge Ancient History*, una obra fundamental por lo que se refiere a todos los aspectos del establecimiento del sistema imperial romano. Los resultados de estas obras han evidenciado que las construcciones del período no siguieron un plan urbanístico establecido desde los tiempos iniciales del gobierno de Augusto, aunque sí respondieron a ciertas ideas centrales y claves que se mantuvieron a lo largo del tiempo, dándole unidad a las obras. Estas construcciones y sus contenidos muestran una sintonía con los otros aspectos del primer gobierno imperial y no contradicen el discurso oral o escrito que encontramos, por ejemplo, en RGDA. Un par de ejemplos pueden ilustrar la situación: se advierte un sentido de continuidad con las construcciones republicanas, varias de las cuales fueron restauradas y embellecidas, lo que sintoniza con la idea expresada constantemente de que en Roma se estaba actuando una restauración y no una revolución. Augusto, así como también su familia, se ubican de manera significativa en este espacio rediseñado, pero no lo hace de una manera excesiva y asfixiante, sino que tiende a compartir el espacio con las tradiciones más queridas y apreciadas por la antigua clase dirigente romana. Estos estudios han sido un buen aporte para comprender el carácter de “régimen híbrido” como definió Andre Piganiol al gobierno de Augusto, debido a su gusto por mezclar lo antiguo con lo nuevo.

XIX.1 “Construí el Senado y el Calcídico... y el Templo de Apolo...”. La construcción del edificio del Senado o Curia Julia fue iniciada en tiempos de Julio César y terminada en los primeros años del gobierno de Augusto, quien la inauguró el 29 a. C. La fecha es importante, dado que muestra el temprano interés del emperador por establecer buenas relaciones con los

senadores, varios de los cuales representaban al sector más tradicional de la sociedad romana. El Calcídico era el pórtico columnado del edificio (Coarelli, 2008, p. 72). Para las características del Senado y los senadores durante este período, véase lo señalado en el prólogo.

“El templo de Apolo con sus pórticos en el Palatino” fue una de las construcciones más importantes del primer período del gobierno de Augusto. Su edificación fue iniciada el año 36 y fue dedicado a Apolo en el año 28 a. C. Su ubicación fue en el Palatino en las inmediaciones de la casa de Augusto (Suetonio Augusto 29.3 y Veleyo Patérculo II. 81,3). Su exterior estaba recubierto en mármol blanco (Propertio 2.31. 12-14) y su interior contenía tres grandes estatuas, entre las que destacaba aquella dedicada al dios con que el emperador se identificaba y consideraba su gran protector, relación que se habría hecho especialmente visible el año 31 a. C. en la batalla de Accio. Este último momento parece haber sido el tema central en torno al cual terminó por girar el templo (Propertio 2. 31; Dion Casio, LIII.1, 3; Virgilio Eneida 6. 65-70). La estatua de Apolo que se instaló fue la que esculpió Scopas, escultor de Paros (Grecia) en la primera mitad del siglo IV a. C., en mármol negro (Propertio II.31). El edificio se completaba con un porticado en el que se encontraban una biblioteca griega y otra latina (Suetonio Augusto, 29.3; Dion Casio LVIII. 1,3) y que sirvió muchas veces para reuniones del Senado cuando Augusto ya era mayor (ibíd Suetonio). En algún momento entre los años 17 y 12 a. C. se conservaron los Libros Sibilinos al pie de la estatua de Apolo.

Hay múltiples referencias a la identificación de Augusto con Apolo en la literatura de la época, destacando especialmente las menciones que se encuentran en la Eneida de Virgilio, donde el dios aparece protegiendo directamente a Augusto y en varias ocasiones a Eneas, el paradigma del piadoso romano de todos los tiempos y que Augusto buscaba reencarnar.

Los restos del templo de Apolo en el Palatino, tal como lo evidencia la imagen, nos permiten hacernos una idea clara de los escasos remanentes que han llegado hasta nosotros de las construcciones del período y las consiguientes dificultades para su reconstrucción histórica. Compárese estos restos con la descripción que hace Dyson

de lo que fue una espléndida y compleja estructura (2010, p. 134): “El complejo no solo incluía el templo mismo sino que pórticos llenos con impresionantes colecciones de esculturas y otras obras de arte. Las más famosas eran las estatuas de Danao y sus cincuenta hijas [aquellas que figuran en Las Suplicantes de Esquilo]. Augusto creó bibliotecas con secciones griegas y romanas, organizadas y administradas por su docto liberto C. Iulius Hyginus. Estaba adornado con retratos de grandes hombres de letras y también por una colosal estatua de Augusto como Apolo, cuya forma debe haber evocado la gran estatua de Pompeyo desnudo ubicada en el complejo de su teatro”. Para la relación de este templo y la piedad, véase Zanker (1992, pp. 130-132).



Templo de Apolo en el Palatino.

Este templo evidenciaba la devoción profunda que profesaba Augusto y el régimen que encabezaba por el dios Apolo, quien le había brindado su protección desde los primeros días del enfrentamiento con Marco Antonio, y de manera especial en la

batalla final de Accio en el año 31 a. C. El poeta Virgilio dedicó varios versos a la estrecha relación entre Augusto y Apolo.



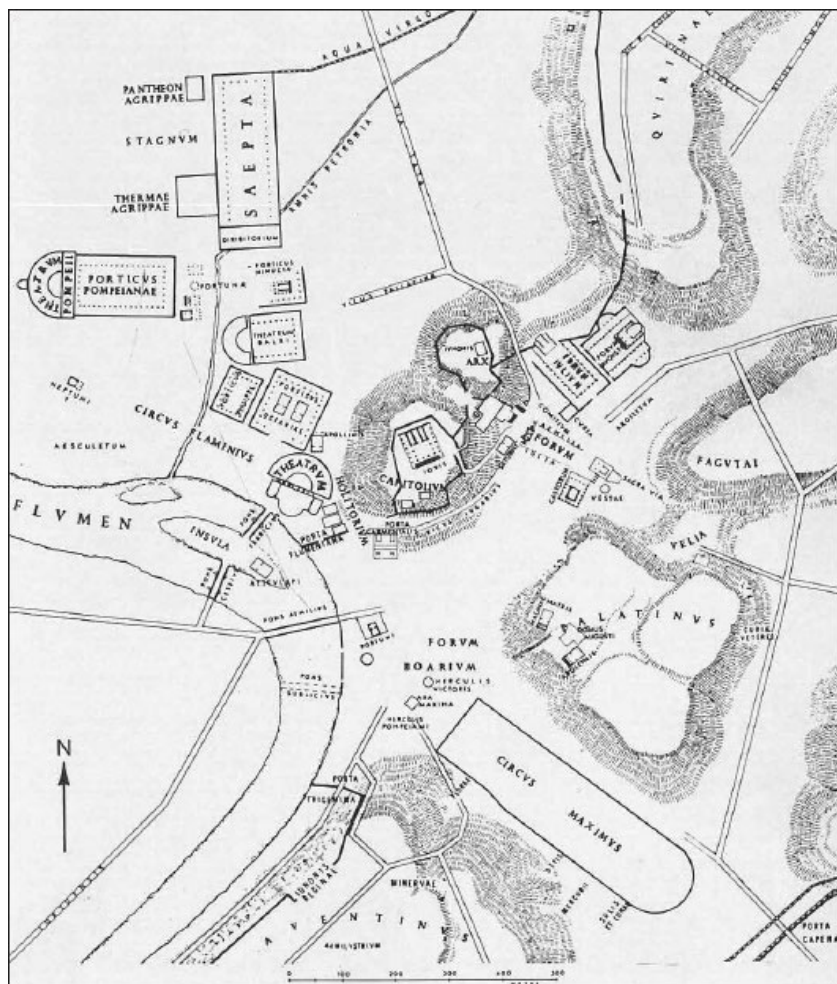
“Y el templo del divo Julio” que fue terminado y dedicado por Augusto más que mandado a construir enteramente por él y dedicado en el año 29 a. C., tal como lo evidencia este denario del año 36 a. C. (perteneciente a la colección Crawford), donde se puede observar en el reverso de la moneda el templo, la estatua de Julio César guiado por la estrella y la correspondiente dedicación a DIVO IVL, así como también un altar en el extremo inferior derecho. Todavía hacia el año 29, y algunos de los siguientes, Augusto buscó resaltar su estrecha relación familiar y política con Julio César (Apiano II. 148 y Dion Casio XLVII.18, 4).

Es importante recordar que se trata de la divinización de la memoria de Julio César llevada adelante después de su muerte y, por lo tanto, no en vida. Si bien existían algunos antecedentes de otras figuras romanas a quienes se le habían levantado altares y realizado sacrificios por un breve tiempo después de su muerte, tal fue el caso de los hermanos Graco (Claridge, 2010, p. 98); la divinización de Julio César, por su alcance y duración, constituyó una novedad en Roma, que se aplicó a varios de los emperadores siguientes.

“Y el Lupercal” Se refiere a una restauración de esta gruta que se encontraba al pie del Palatino, donde legendariamente habían sido amamantados Rómulo y Remo por la loba. La restauración realizada

en una fecha temprana incierta, se relaciona con la identificación inicial de Augusto con la figura de Rómulo, la cual luego fue dejada en un segundo plano con respecto a aquella fundacional de Eneas.

“El pórtico en el Circo Flaminio” que llevó el nombre de Octavio resulta muy difícil de identificar y ha sido confundido varias veces con el Pórtico de Octavia, aquel dedicado a la hermana del emperador. Es probable que una asimilación entre ambos pórticos, como lo hizo Suetonio, esté equivocada, dado que el original se refiere a una figura masculina de mismo nombre del emperador, aunque anterior y, por cierto, distinta. “...y la logia imperial (pulvinar) del Circo Máximo” Un pulvinar, según el OLD., era un podio donde se depositaban las imágenes de las divinidades antes de los juegos y los banquetes sacrificiales. En este caso específico es probable que junto a las imágenes figurase un puesto libre para Julio César, adjunto al cual se encontrarían los asientos de Augusto y la familia imperial (Suetonio Augusto, 45.1).



Mapa del área de la ciudad de Roma donde se realizó la actividad edilicia del gobierno de Augusto. Nuestra intención ha sido destacar aquellos lugares nombrados de manera específica en la inscripción.
Fuente: Coarelli, p. 45.

XIX.2 “Construí el templo de Júpiter Feretrio y el de Júpiter Tronante en el Capitolio...”. El Templo de Júpiter Feretrius (Júpiter Vencedor, podría ser su traducción derivada de ferio) fue enteramente reconstruido por Augusto en el año 31 a. C.,

inmediatamente antes de la batalla de Accio (Zanker, 1992, pp. 79-80) para albergar las armas de Antonio a quien esperaba derrotar. En este sentido el significado político de la restauración resulta evidente. La construcción original del templo se asignaba a Rómulo, quien había depositado ahí las armas de Acrón, rey de los Ceninienses, a quien había derrotado con sus propias manos (Propercio, IV. 10. 1-19; Tito Livio I. 10. 4-7).

El templo a Júpiter Tronante fue construido por orden de Augusto en el año 22 a. C. Se trató de un templo totalmente levantado en mármol y no solamente revestido. Suetonio en Augusto. 29.3 señala que su ubicación se debió a la caída de un rayo en ese lugar tan próximo a la casa del gobernante. Más adelante en 91.2, agrega que el emperador visitaba el templo con frecuencia. Zanker (1992, p. 136) relaciona la construcción del templo con aquel suceso que tuvo lugar durante las guerras cantábricas de los años 26 y 25 a. C, cuando Augusto salvó de morir al caer un rayo en la montura de su caballo.

“El Templo de Quirino” (quirinus habitualmente relacionado con la figura de Rómulo divinizado, OLD.) es otro de los templos más antiguos de Roma, levantado a inicios del siglo III a. C. para agradecer la victoria de L. Papirius Cursor sobre los Samnitas. Al igual que en la mayor parte de los templos había experimentado sucesivas destrucciones y reconstrucciones. La restauración de Augusto, no parece haber implicado modificaciones mayores (Scheid, comentando este pasaje) y tuvo lugar en el año 16 a. C.

“Los templos de Minerva, de Juno Reina y Júpiter Liberador” estaban ubicados en el Aventino, un espacio plebeyo de la ciudad de Roma. El consagrado a Minerva fue levantado en algún momento anterior a la Segunda Guerra Púnica y su restauración en la época de Augusto tuvo lugar el año 16 a. C. A partir de ese momento Minerva era venerada como diosa de los artesanos, mientras que antes, según Platner y Ashby (1929, p. 342) habría congregado a los escribas y actores.

El templo de Juno Reina refleja un proceso de especial interés relacionado con esta diosa. En este caso específico se trataría de la evocatio de la diosa protectora de la ciudad etrusca de Veio,

enemiga de Roma, la que habría sido derrotada por los romanos comandados por Camilo (396 a. C.), quien habría traído desde la ciudad derrotada la imagen de la diosa esculpida en madera, instalándola en el templo consagrado en 392 a. C. La restauración realizada por Augusto no puede datarse de manera precisa y este templo no volverá a figurar en los elencos posteriores (Platner y Ashby, 1929, p. 290).

La evocatio, proveniente de evoco, contiene un “llamado a una divinidad –o a divinidades– para que abandonen un lugar (por ejemplo una ciudad enemiga) y establezcan su residencia en un nuevo santuario” (OLD.) En este caso se trata de la Juno de Veio, lo que refleja en un espacio acotado aquel amplio y extendido proceso de evocación de esta diosa en el espacio mediterráneo. Uno de los argumentos importantes que se encuentra en la Eneida de Virgilio describe la evocatio de Juno desde su condición de diosa protectora de Cartago a su condición de protectora de Roma en el siglo III a. C.

“El Templo de los Lares en la Vía Sacra” (ver ubicación en el mapa) estaba consagrado a los Lares protectores del territorio romano (Cooley al comentar este pasaje) y parece haber sido reconstruido antes del 4 a. C., puesto que para ese año se cuenta con una inscripción en la que Augusto encabeza una ceremonia frente al templo. Son muy pocas las noticias específicas con que contamos para su correcta identificación, especialmente por el hecho de que había varios templos más dedicados a estos protectores.

“El templo de los penates en la Velia” (ver ubicación en el mapa) fue construido probablemente en la segunda mitad del siglo III a. C. y no es posible fechar con precisión su reconstrucción durante el gobierno de Augusto. Los penates tenían un espacio de gran significación en la cultura religiosa romana, ya que serían los dioses protectores de la ciudad de Troya que Eneas había traído hasta el suelo de Italia. Ellos protegieron a los troyanos sobrevivientes y en más de una ocasión los animaron a sortear las dificultades del viaje. Eneas consideraría cumplida su misión cuando pudiera asentarlos definitivamente en la tierra que le había sido asignada por el destino.

“El Templo de la Juventud” fue levantado en el Aventino y dedicado el año 193 a. C. para cumplir lo prometido el día del

triumfo romano en las inmediaciones del río Metauro (en el norte de Italia con dirección desde los Apeninos al Adriático) contra las tropas cartaginesas de Aníbal (207 a. C.). Esta batalla fue de suma importancia ya que el triunfo romano marcó un punto de inflexión que le permitiría a los romanos vencer la Segunda Guerra Púnica en los años siguientes (Gómez Pantoja, 2003, p. 387). El templo fue destruido por un incendio en el año 16 a. C. y reconstruido en los siguientes. No es posible establecer cuál era la relación de la batalla, el templo y la juventud.

“Templo de la Magna Mater” o Cibeles, ubicado en el Palatino en las inmediaciones de la casa de Augusto (ver mapa). Su culto se introdujo en Roma en el 204 a. C. cuando la piedra negra que la representaba fue traída a Roma desde Pesinunte (Frigia). Cibeles o la Gran Madre había ayudado a los troyanos en su salida de Asia al permitirles sacar de sus bosques los maderos que necesitaban para construir los barcos y huir, tal como lo difundió Virgilio en la Eneida, IX, 85. Su templo fue afectado por varias destrucciones y la reconstrucción que se menciona aquí se relaciona con el incendio que afectó al Palatino en el año 3 d. C. y que también alcanzó a la casa de Augusto, tal como lo señalan Suetonio en Augusto 57.2 y Dion Casio en LV. 12,4.

XX.1 “Restauré el Capitolio... y el Teatro de Pompeyo...”. Se refiere específicamente al templo de Júpiter, Juno y Minerva, el más antiguo e importante de la ciudad de Roma (Coarelli, 2008, p. 44). Dedicado a la victoria, su antigüedad se remonta al triunfo de los romanos contra los sabinos y se supone que su construcción fue iniciada por Tarquinio y concluida en tiempos del último rey (Tarquino el Soberbio). Su inauguración fue en los inicios de la República romana, marcando el sentido religioso y cívico del templo, tal como lo atestiguan los sacrificios que hacían en el lugar los magistrados al momento de asumir sus cargos, y también el que la primera sesión anual del Senado se realizara en su interior (Claridge, 2010, p. 237). La historia del templo, ampliamente detallada por Platner y Ashby (1929, pp. 297-303), evidencia varias destrucciones experimentadas a lo largo del tiempo. En el caso específico

mencionado por Augusto parece deberse al incendio del año 9 a. C. como producto de la caída de uno o varios rayos, según la descripción de Dion Casio LV, 1,1.

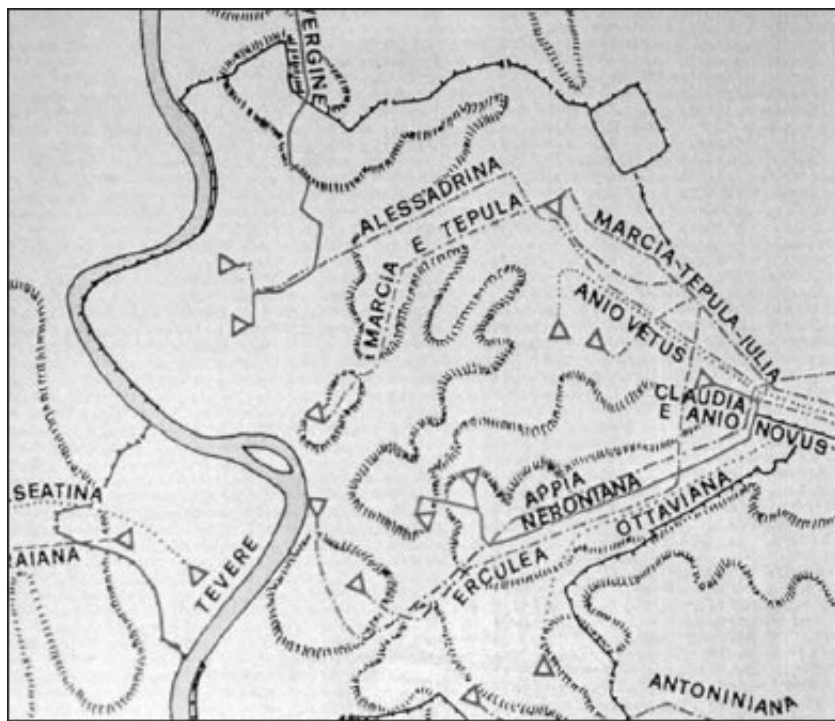
“El Teatro de Pompeyo” (ver mapa y la explicación de Beard, 2009, pp. 34-43 con múltiples referencias en varias páginas, debidamente indicadas en el índice alfabético de esa obra bajo la voz Pompeyo) fue inaugurado el año 55 a. C. durante su segundo consulado; el objetivo era celebrar sus victorias anteriores sobre los piratas del Mediterráneo oriental y las posteriores alcanzadas en el este. La inauguración de este primer teatro en piedra de la ciudad de Roma fue fastuosa y mereció comentarios de Cicerón, Plinio el Viejo y Plutarco. El primero de ellos, en Cartas a los Familiares VII.1, los describe como extravagantes y de gran violencia en las luchas entre hombres y animales, destacando el día final en que tuvo lugar el combate entre los getulos (también Plinio, Historia Natural, 8. 7,20-21) y los elefantes (18 o 20, según Plinio). El público sintió compasión por los animales “como si tuvieran algo de humano” (Cicerón), y solicitó a Pompeyo que terminara con su martirio (Plinio, *ibíd*, 21). Plutarco en Pompeyo 52 describe la situación de la siguiente manera: “...Pompeyo, construido ya su teatro, celebró para dedicarlo juegos gimnásticos y de música, y combates de fieras, en los que perecieron quinientos leones; sobre todo, el combate de elefantes fue un terrible espectáculo”. El teatro fue refaccionado en el año 32 a. C. por indicaciones de Augusto, para trasladar “la estatua de Pompeyo de la Curia en la que Cayo (Julio) César había sido asesinado y la emplazó sobre un arco de mármol frente a la puerta principal de su teatro” (Suetonio Augusto 31.5).

XX.2 “Reparé los acueductos que en muchos lugares se habían deteriorado...”. Esta breve referencia apunta a los trabajos realizados para aumentar de manera significativa la dotación de agua de la ciudad de Roma, ya que había experimentado un considerable crecimiento de población a partir de las últimas décadas del siglo II a. C. Frontino, quien estuvo a cargo de la administración de las aguas en el año 97 d. C., escribió su *De Aquis urbis Romae*, donde señala en I.4, que la ciudad se abasteció, durante la mayor parte de su historia, de las aguas

Un punto a tener en cuenta es que salvo las referencias a las aguas propias hechas por Frontino, la ciudad debía abastecerse de fuentes lejanas (ver la imagen), lo cual obligó a la construcción de una serie de acueductos que posibilitaran el traslado; se desarrolló así uno de los aspectos más interesantes de la ingeniería romana. Los volúmenes más importantes que llegaban a la ciudad provenían de Acqua Marcia (187.600 m³ por día), Anio Vetus (175.920 m³ por día) y Acqua Virgo (100.163 m³ por día). En los tiempos de Frontino los nueve acueductos aportaban aproximadamente un 75% de las aguas de Roma.

Una vez llegadas a la ciudad, las aguas eran transportadas a las distintas zonas mediante una combinación de traslados en parte subterráneos, parte a ras de tierra y también con tramos elevados sostenidos mediante arcos. La claridad y precisión de la Guida Archeologica di Roma de Coarelli (2000) nos permite realizar la siguiente reconstrucción de una situación que ilustraremos a través de la Acqua Apia y la Acqua Virgo. La primera de ellas (véase su inicio en el mapa inmediatamente anterior) discurría subterráneamente hasta la Puerta Capena (toda esta zona es visible en la carta que acompaña a XIX.1), deslizándose en altura arcada a través del Aventino y el Celio. Luego cruzaba el Aventino nuevamente de manera sumergida hasta desembocar en la Puerta Trigemina en el Foro Boario, tras un curso de 16 kms, aportando 73.000 m³ diarios. Se trataba del acueducto más antiguo de la ciudad construido el año 312 a. C.

La Acqua Virgo era una de las más nuevas, ingresaba a Roma llegando hasta los pies del Pincio. Desde ahí, en forma subterránea, alcanzaba los jardines de Luculo (en la zona actual de la Plaza de España). El flujo era desde aquí transportado en altura hasta el Panteón (construido pocos años antes por el propio Agripa), volviendo a adoptar un desplazamiento subterráneo que la llevaba hasta las Termas de Agripa a las cuales abastecía.



La distribución de las aguas dentro de la ciudad de Roma siguió una serie de circuitos trazados especialmente para estos efectos. Los estudios realizados han demostrado que una parte de esa forma antigua de distribución se mantuvo por varios siglos. Varios restos de estas obras son visibles hasta nuestros días.

De la observación de los mapas presentados y las correspondientes explicaciones, se puede señalar que efectivamente el sistema de acueductos desde su nacimiento hasta su inmersión en la ciudad constituyó una obra de ingeniería de primer nivel; que resulta posible observar una red de abastecimiento, ya que varias de las aguas se juntaban en determinados momentos y se diversificaban en otros atendiendo los distintos sectores de Roma (claramente visible en la carta que ha generado este comentario); que en los tiempos de Augusto se pudo disponer del agua suficiente para atender a una población que se aproximaba a los 600.000 habitantes, habiendo

autores que señalan una cifra aun más alta.

La mayor parte de las aguas llegadas a Roma eran potables, lo que permitió crear una numerosa cantidad de fuentes públicas, varias de las cuales fueron embellecidas. Esto dio inicio a una tradición que perduró en Roma durante siglos y que marca una de sus características hasta nuestros días. Coarelli señala que las aguas de la famosa Fontana de Trevi (siglo XVIII en su diseño y ejecución final) provienen de las mismas que algún día alimentaron las Termas de Agripa (Coarelli, 2008, p. 39).

Quedan dos aspectos por abordar con respecto a los acueductos. El primero es que Augusto señala que duplicó el volumen del *acqua Marcia*, procedimiento que llevó adelante uniéndola con la *acqua Augusta* recién canalizada.

El segundo elemento que cabe hacer notar es que no aparece mencionado el nombre de Marco Agripa, gestor y autor de la mayor parte de este plan de arreglo y remodelación del servicio de aguas de Roma. No obstante haber sido un cercano muy íntimo de Augusto (amigo personal y político, colega en el consulado, yerno, hijo adoptivo y padre de los nietos del emperador) su nombre se mantiene en silencio, siguiendo la línea invariable de no reconocer de manera explícita a sus colaboradores.

El tema de los acueductos y reformas en la distribución de aguas permite advertir la implementación de Roma como ciudad capital del imperio y las formas de administración del gobierno del período, pese a lo cual es un tema en que se ha reparado poco. La fuente principal de información la constituye el *De Aquis urbis Romae* de Frontino, ya mencionado. La también mencionada *Guida Archeologica di Roma* de Coarelli (2008) es muy útil para una información pormenorizada, a la que se puede acceder de manera sintetizada a través de la guía arqueológica de Claridge (2010, pp. 58-59). El libro de Diane Favro, *The Urban Image of Augustan Rome* (1996, pp. 134-135), contiene explicaciones interesantes sobre el cuidado y la mantención de los acueductos. Para el contexto político de estas construcciones en los distintos momentos del gobierno de Augusto, véase a Paul Zanker (1992, pp. 96-97 y p. 170).

Corresponde hacer notar que este extenso comentario sobre las aguas en Roma intenta ilustrar un punto al que Augusto dedicó solo un par de líneas en sus memorias.

XX.3 “Concluí el Foro Julio... obras comenzadas y casi terminadas por mi padre...”. El Foro Julio y la Basílica fueron las dos construcciones de mayor importancia proyectadas por Julio César y cuyas edificaciones fueron iniciadas el año 47 a. C. Estas fueron consagradas el año 46 sin estar aún terminadas. Augusto, tal como señala en este párrafo, se encargó de que fueran concluidas después del asesinato de su padre adoptivo.

El Foro de Julio César fue un edificio especialmente importante, ya que constituyó una nueva forma de espacio público en la ciudad dedicado a los asuntos políticos y judiciales, relegando a un segundo plano las actividades comerciales que encontraban un amplio espacio en el foro tradicional. Este modelo encontró una continuidad en los foros que los emperadores siguientes ordenaron construir, en particular en los casos del de Augusto y Nerva.

La muy activa labor edilicia de Julio César se encuentra descrita de manera completa por Favro (1996, pp. 60-78).

XX.4 “Siendo cónsul por sexta vez... restauré ochenta y dos templos de los dioses en la ciudad...”. Suetonio en Augusto 30.2 señala que restauró todos los templos derruidos, ya fuese por su antigüedad o efecto de los incendios tan comunes en la ciudad. Dion Casio en LIII, 2, 4 hace una referencia a una política más amplia de restauración, puesto que habría ordenado a los privados encargarse de aquellos familiares mientras él lo habría hecho de los restantes. Horacio en Cantos III.6 hace una referencia, en los primeros versos, a este quehacer.

El sexto consulado de Augusto fue el año 28 a. C. y la solicitud de restaurar los templos debe haber emanado del Senado, respondiendo a una solicitud directa por parte de Augusto o de

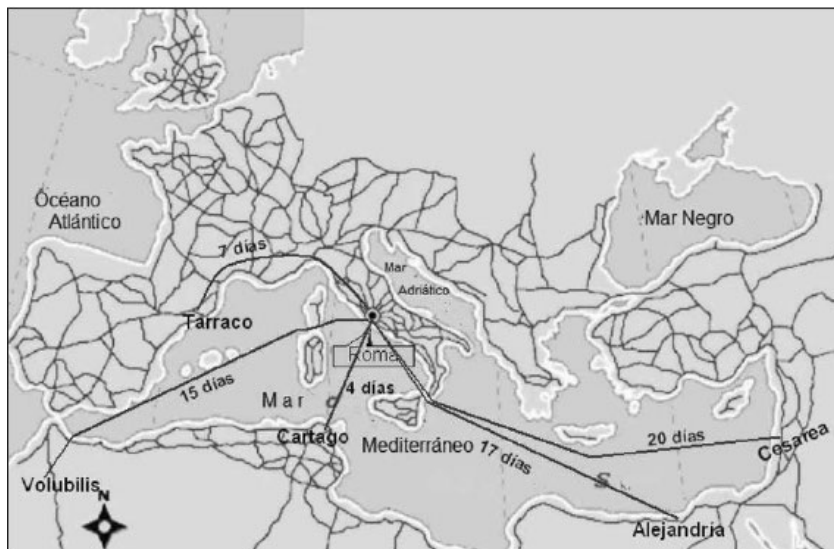
algunos de sus colaboradores. Cabe recordar que Augusto no había asumido aún el encargo de Pontifex Maximus, cosa que haría unos dieciséis años después.

XX.5 “Siendo cónsul por séptima vez restauré la Vía Flaminia...”. Al igual que en XX.2, esta escueta referencia apunta a una de las actividades de obras públicas más importantes del período, como fue la de completar y mejorar el estado de las vías que unían Roma con los diversos puntos del imperio y viceversa, y establecer un sistema de administración regular de ellas, a cargo de un curator viarum (encargado de las vías) que era un senador con rango de pretor (Suetonio Augusto 37.1; Dion Casio LIV. 8, 4, donde destaca la centralidad de Roma en todo el sistema vial; Cooley al comentar este pasaje). La vía Flaminia, aquí mencionada, fue construida a fines del siglo III a. C. (Estrabón Geografía V, 1.1; Suetonio Augusto 30; Dion Casio LIII, 22) y fue restaurada el año 27 a. C. por Augusto con sus propios fondos (Brunt y Moore, 1967, al comentar XV a XXIV), dado que había quedado superada por el tráfico creciente que debía atender. La vía se iniciaba en Roma, ciudad que abandonaba por el Puente Milvio, cruzaba los Apeninos y luego alcanzaba hasta el Adriático y de ahí, siguiendo la línea de la costa hasta Arminium, hoy Rímini (Cooley al comentar este pasaje). Una descripción de la importancia de las vías en la zona del Lacio y la consiguiente interconexión de los territorios se encuentra en Estrabón Geografía V. 2-13.

La construcción de vías romanas y su mantención data del período republicano, pero fue en el período imperial que alcanzó su máximo desarrollo (Bancalari, 2007, pp. 170-171). Las bases de las formas en que debían mantenerse en buen estado data de la época de Augusto y contemplaba la participación del Estado, de las ciudades que debían mantener los tramos que les correspondían y, por último, de particulares que hacían donaciones con este objetivo y cuyos nombres eran debidamente resaltados. Respecto de los privados, Suetonio en Augusto 30.1, señala que el emperador “asignó las demás vías a los generales triunfadores para que las

pavimentaran con el dinero recaudado del botín”. El llamado no parece haber tenido demasiada recepción dados los altos costos involucrados en este tipo de obras, solo sabemos del caso de la reparación de tramos de la Vía Latina (Roma-Capua) efectuados por C. Calvisius Sabinus y por M. Valerius Mesalla Corvinus, ambos colaboradores cercanos de Augusto y que habían obtenido triunfos en Hispania y Aquitania en los años 28 y 27 a. C., respectivamente (OCD. voces Calvisius Sabinus, Gaius y Valerius Mesalla Corvinus, M. a cargo de Th. J. Cadoux y E. Badian, para la primera voz y C. Pelling para la segunda).

De manera progresiva el sistema de vías se extendió desde Roma a todos los lugares del imperio, llegando a formar un espacio mediterráneo interconectado, en el sentido braudeliano. Varios de estos caminos conectaban la capital con los puertos y reaparecían al otro lado del mar internándose en los territorios. Las vías se complementaban con una serie de caminos secundarios que unían a diversos pueblos, y otra serie de caminos menores que ponían en conexión a los poblados rurales. Tal como se puede observar en la imagen a continuación, a partir del siglo I d. C., y siempre teniendo en cuenta que se trató de un proceso progresivo, se formó una red vial y comunicacional a lo ancho y largo del imperio. Una carta geográfica de la Antigüedad Tardía llamada Tabula Peutingeriana ilustra muy bien el resultado final alcanzado a través de los siglos (Cubillos, 2010, pp. 299-316).



Vías romanas y tiempos de desplazamientos.

La construcción de un sistema de vías romanas permitió a los habitantes del Imperio desplazarse por sus muchas partes, contando con seguridad y servicios de asistencia para viajeros. Junto a las personas, circularon los bienes comercializados, las ideas y creencias, etc. El Imperio romano llegó a contar con un sistema interconectado basado en una serie de vías, caminos secundarios y menores.

Las vías romanas tuvieron una alta incidencia en el desarrollo del sofisticado sistema de comunicaciones romano que permitió la circulación de personas, ideas y bienes en el amplio espacio del Mediterráneo durante varios siglos bajo condiciones seguras (Cruz, 2010; Bancalari 2010).

La mención a las vías se completa con una indicación sobre los puentes romanos que fueron sujetos a arreglos. Dos puentes no fueron objeto de trabajos. El puente Milvio (parte norte de Roma) que servía a la Vía Flaminia en su salida de la ciudad, lo que permite deducir que no requería de reparaciones dada la importante

menCIÓN que se hace en este mismo párrafo de la inscripción. El otro habría sido el puente Minucio sobre el cual no tenemos información.

XXI.1 “Construí en terrenos privados... el templo de Marte Vengador y el Foro de Augusto...”. Dos veces se indica que los edificios mencionados fueron levantados en terrenos privados que Augusto adquirió con sus propios fondos cuando lo propietarios voluntariamente aceptaron vender. Suetonio en Augusto 56,2 informa que el proyecto debió reducirse a las hectáreas disponibles mediante las compras, puesto que se evitaron las expropiaciones. Queda en pie muy poco del Foro de Augusto, un conjunto de construcciones de gran proporción e importancia, hoy cubierto parcialmente por la Vía de los Foros Imperiales. Tal como hemos señalamos al comentar XX.3, este foro es deudor del concepto que sirvió para la construcción del Foro de Julio César.

“El templo de Marte Vengador” y el “Foro de Augusto”. Planteado de esta manera resulta extraño, ya que el templo de Marte formaba parte del foro que ordenó construir el emperador, pero debe tenerse en cuenta que a lo largo de toda la inscripción, y especialmente en los últimos párrafos, Augusto puso siempre en primer lugar sus iniciativas religiosas y a continuación las políticas, judiciales, etc.

El templo a Marte Vengador fue prometido el año 42 a. C., para provocar la victoria sobre Bruto y Casio, los asesinos de César (Suetonio Augusto 29.2; Dion Casio LV. 10, 2-5). Ovidio en Fastos V. 565-580 explica el carácter de vengador atribuido al Dios: “Si mi padre, sacerdote de Vesta, es quien patrocina mi guerra, y estoy decidido a vengar a ambas divinidades, ven, Marte, y sacia de sangre criminal la espada, y que tu favor se incline por la causa mejor”. El templo terminó de construirse y fue dedicado el año 2 a. C., tiempo en el cual se incorporó también el motivo de la recuperación de las insignias de las legiones romanas que habían sido arrebatadas por los partos, tal como lo señala Ovidio en Fastos V. 580 y Dion Casio LV. 10,4.

El Foro de Augusto, como ya ha sido señalado con relación al templo de Marte, fue construido con lentitud entre los años 42 y 2 a. C., y uno de sus objetivos fue servir para descongestionar los dos foros anteriores de la ciudad que se encontraban regularmente atiborrados de gente que realizaba diversos trámites. Pero, como señala Coarelli (2008), "...era un centro representativo, destinado a glorificar al emperador, particularmente desde el punto de vista de sus funciones militares y 'triumfales'" (p. 117). Una explicación de este foro la entregamos al comentar XII.2.

El teatro dedicado a Marcelo luego de su muerte encierra varios significados políticos, como veremos a continuación. Marco Claudio Marcelo fue hijo de Marco Marcelo y de Octavia, la hermana de Augusto. Nacido el año 42 a. C., a los diecisiete años acompañó a Augusto en Hispania (año 25 a. C.) junto con Tiberio. En el año 24 se casó con Julia, hija del emperador, hecho que tenía una serie de connotaciones políticas en relación con su cercanía con Augusto. En los años inmediatamente siguientes el emperador lo destacó por sobre Tiberio y le concedió una importancia política que lo hizo entrar en conflicto con Agripa, en esos momentos el segundo hombre más poderoso de Roma, aunque lo fuese de manera informal. El año 23 fue designado edil y realizó unos juegos que se distinguieron por su fastuosidad. Falleció imprevistamente hacia fines de ese año. Octavia, su madre, honró su memoria con la construcción de una biblioteca, mientras que Augusto completó la construcción de un teatro iniciado en tiempos de César para dedicarlo a su memoria.

Entre los varios problemas implícitos en este párrafo podemos destacar los siguientes: Marcelo habría iniciado una carrera política cuyo probable objetivo final era el de suceder a Augusto algún día. El tema sucesorio, sin embargo, no resulta mencionado de manera directa en la inscripción, debiéndose recurrir a otros monumentos levantados en ese tiempo en la ciudad de Roma para advertir los rasgos de una política dinástica. La construcción del teatro había sido iniciada por Julio César (Suetonio César 44.1 y Augusto 29.4 y Dion Casio en LIV. 30,5 con información también sobre el entierro de Marcelo en el Mausoleo de Augusto) para rivalizar con aquel que había construido Pompeyo (el Teatro de Marcelo tenía una capacidad de 15.000 espectadores, mientras que el de Pompeyo

probablemente alcanzaba a unos 10.000, según Platner y Ashby, 1929, p. 517), pero no se completó hasta el año 11 a. C., es decir, la ocasión mencionada en el texto. Con esto Augusto cumplía la voluntad de Julio César, modificando el nombre original por el de su sobrino.

La impresión y desánimo producidos por la temprana muerte de Marcelo quedó registrada en los versos de la Eneida (VI. 855 y ss.), cuya figura trágica cierra el elenco de los romanos que vivirán a futuro y encarnarán las virtudes romanas (Cruz, 2009, pp. 200-201). Estos versos, incluidos en una de las partes más conocidas del poema virgiliano, son una mención obligada en toda biografía del joven sobrino del emperador.

El Teatro de Marcelo es uno de los monumentos de la Roma antigua mejor conservados y sirve para ilustrar, una vez más, la suerte corrida por este tipo de construcciones a lo largo de los siglos. Proyectado por César y terminado por Augusto, experimentó varias refacciones en los siglos siguientes. Durante los siglos medioevales quedó abandonado sin que podamos señalar los motivos por los cuales se mantuvo en pie y en tan buenas condiciones. Es probable que ya en el siglo XIII haya pasado a formar parte de la propiedad de la familia Savelli, quienes se encargaron de su conservación. En el año 1519 ordenaron la construcción de su palacio de tipo renacentista en la parte alta del teatro (tal como se observa en la imagen), el cual experimentó nuevas refacciones a inicios del siglo XVIII cuando la construcción pasó a ser propiedad de la poderosa familia Orsini. A mediados del siglo XIX, y de acuerdo a las fotografías contenidas en el Archivo Alinari, la arcada baja del teatro contenía una serie de tiendas pequeñas dedicadas a la venta de leña y de aperos para animales. Todo esto ha hecho de este teatro uno de los monumentos más especiales de la ciudad y que ofrece una de las mejores muestras de Roma como un espacio de laboratorio que acumula restos de diversas épocas; asimismo se ha convertido en un lugar privilegiado para la observación histórica.



El Teatro de Marcelo en Roma.

Este teatro permite apreciar las diversas intervenciones de que ha sido objeto a lo largo del tiempo. Estos distintos usos han modificado el diseño original, pero paradójicamente han sido importantes para su conservación puesto que evitaron que quedase abandonado y finalmente destruido por diversos agentes.

XXI.2 “Consagré dones de los botines de guerra en el Capitolio”. Los templos donde se hicieron las consagraciones figuraban entre los más importantes de Roma y eran los que se relacionaban de manera más directa con las empresas de Augusto. En los comentarios inmediatamente anteriores hemos descrito y comentado varios de aquellos que se mencionan en este párrafo. Una vez más, aparece la destacada relevancia concedida a Júpiter (Capitolio) y Apolo, dios protector de Augusto y cuyo apoyo resultara decisivo en el triunfo de Accio.

XXI.3 “En mi quinto consulado devolví treinta y cinco mil libras de oro coronario a los municipios y colonias de Italia...”. El oro coronario era aquel que recibían los comandantes romanos, especialmente durante el siglo I a. C., como reconocimiento de las ciudades aliadas y de las provincias por sus triunfos. La traducción literal de *aurum coronarium* es el oro que sustituye las coronas (OLD., *aurum coronarium*) lo cual permite pensar que en varios casos lo que los comandantes recibían era el oro equivalente a una corona o que fundían las coronas para disponer del oro y así poder cumplir los compromisos asumidos durante las campañas. Augusto señala aquí haber devuelto el oro recibido desde los municipios y las colonias y no haber aceptado nuevas ofertas (Dion Casio LI. 21,4), esto es Italia, no así el de las provincias. Las 35 mil libras de oro corresponderían a 147.000.000 de sestercios (Cooley al comentar este pasaje) o 150.000.000 de sestercios (Scheid al comentar este pasaje).

XXII-XXIII

En los dos párrafos siguientes Augusto se referirá a los juegos ofrecidos al pueblo de la ciudad de Roma. El público objetivo al que estaban destinados era la plebe romana, no obstante acudieran y participaran activamente miembros de todos los órdenes sociales de la ciudad, así como sus magistrados más importantes, entre los que figuraban los senadores por cierto.

Suetonio y Dion Casio, así como Plinio el Viejo en su Historia Natural en menor medida, señalan que los juegos se realizaban en Roma desde los siglos republicanos, pero que ahora alcanzaron una dimensión nunca vista antes en la ciudad, deslumbrando a los espectadores. Augusto habría desarrollado una política sistemática en este sentido, dirigiendo en primera persona tanto su realización como la adecuada mantención de los lugares en que se realizaban y la protección a los combatientes y atletas participantes.

Una descripción completa e insuperable, a nuestro entender, de los

juegos en tiempos de Augusto se encuentra en Suetonio Augusto 43 a 45. En ella se nos informa de la diversidad de juegos, la participación y el comportamiento esperado de los atletas, actores, así como también de un público amplio que debía comportarse y ocupar los espacios de acuerdo a su categoría social. Por último informa del gusto del Emperador por este tipo de actividades y la manera en que utilizaba estas ocasiones para ejercer su gobierno y granjearse el apoyo popular. Esta puede complementarse con las varias referencias más puntuales de Dion Casio en LI.22, 4-9; LIII.1, 4-6 y LV.10, 6-8; Veleyo Patérculo hace una breve referencia al punto en II. 100, 2, y Tácito refiere la política de protección de Augusto hacia los actores en Anales I. 77,3. Una descripción histórica sintética de los juegos a través de la historia romana, incluyendo una precisión de cada uno de los tipos, se encuentra en la voz del OCD. voz ludi a cargo de A. Williams; W. Beare, S. y Price, S.

La realización frecuente de los juegos y su creciente espectacularidad durante el gobierno de Augusto tuvo connotaciones políticas significativas. Fue uno de los puntales por medio de los cuales el emperador se relacionó con la plebe de la ciudad (el otro fueron los beneficios económicos directos descritos en XV. 1,4). Luca Canali (1982), comentando el párrafo XIV.1 de RGDA., sostiene que fue aquí donde se sentaron las bases de la política que luego se conocería con el nombre de panem et circenses (ver también Levick, 2010, p. 149). La plebe, disminuida severamente en la gravitación política alcanzada en los siglos II y I a. C., fue retribuida en el escenario imperial con asistencia alimentaria y la diversión en el espacio público.

Una segunda consideración política señala que los juegos formarían parte de lo que Barbara Levick ha identificado como una sensación extendida de bienestar en la ciudad, esto es, la difusión sistemática tanto en la ciudad de Roma, Italia, y a lo largo del imperio, de una percepción de riqueza y poder superiores a las de épocas anteriores. Este factor sería uno de los conceptos transversales a toda la inscripción y encuentra múltiples maneras de presentarse.

XXII.1 “Di tres veces juegos gladiatorios en mi nombre y cinco veces en nombre de mis hijos y nietos”. Augusto menciona en primer lugar los juegos de gladiadores, inicialmente ofrecidos

por los ediles en el espacio público romano como una parte de sus obligaciones. También se relacionaban con los juegos fúnebres de personajes importantes, mediante los cuales sus organizadores resaltaban los actos de sus vidas y encomendaban al pueblo la memoria de un determinado difunto. Se refiere también a los juegos de atletas que, de origen griego, estaban compuestos por carreras, peleas de puños y luchas. Suetonio en la referencia recién señalada destaca el gusto del emperador por este tipo de juegos y la protección y alto estatus otorgado a sus participantes.

XXII.2 “Ofrecí cuatro veces juegos en mi nombre y veintitrés veces en lugar de otros magistrados”. Sobre el colegio de los Quince Hombres, ver lo señalado en el comentario a VII.3. Los Juegos Seculares, organizados junto a Agripa, se realizaron el 17 a. C. y se extendieron por diez días y contemplaron sacrificios, oraciones y banquetes en los distintos puntos de la ciudad donde había templos de Júpiter, Juno, Apolo y Diana.

Estos Juegos Seculares tenían precedentes en los siglos III y II a. C. y no se realizaron en una fecha cercana al año 39 a. C., que era cuando habría correspondido, por motivo de la guerra civil que estaba en acto. Los juegos debían llevarse a cabo cada vez que una generación completa de romanos cumplía su arco de vida, proceso que, según las consideraciones de la época, ocurría cada ciento diez años.

En el caso específico de los celebrados el año 17 a. C. fueron dos los temas que sobresalieron. El primero de ellos fue la presentación e insistencia de que coincidían con el inicio de una nueva era de grandeza para Roma y su imperio, tal como lo destacó de manera clara el poeta Horacio en su Canto Secular, algo que ya había difundido Virgilio en la Eneida apenas un par de años antes. El segundo se vincula con la promoción de las leyes a favor de la familia que habían sido aprobadas por el Senado el año anterior y que habían causado una fuerte controversia y resistencia en algunos de los sectores sociales romanos (ver comentario a RGDA. VI.1).

El ya mencionado Canto Secular de Horacio fue una breve

composición poética realizada a petición de Augusto con ocasión de los mencionados juegos y fue recitado por grupos de jóvenes de ambos sexos, quienes invocaban a las divinidades romanas la prosperidad eterna para Roma y sus habitantes. El poema contiene los dos elementos que recién hemos tenido oportunidad de señalar: las leyes destinadas a potenciar a la familia romana y a la promoción de la procreación que se encuentran en el verso 15 y ss.; el respeto a la tradición y la idea de la continuidad histórica de Roma aparecen expresados con cierta extensión entre los versos 35 a 49 y nuevamente en 55 y ss.; el imperio romano reconocido y cumpliendo su misión de acuerdo a las leyes de la paz, en plena concordancia con lo señalado por Virgilio un par de años antes, se puede leer en 55. Lo más importante es que todo esto es obra de los dioses y de la piedad sostenida por los romanos para con ellos.

No resulta fácil evaluar la importancia e impacto de estos juegos a partir de las fuentes. Aquellas que habitualmente resultan más informativas no los destacan (Suetonio y Dion Casio). Suetonio dedica varias páginas a los juegos (Augusto. 43-45) sin mencionar los del año 17 a. C. de manera más específica. Si los seguimos a ellos puede discutirse lo señalado por la mayor parte de los comentaristas modernos en cuanto a que habría sido la celebración más solemne del gobierno de Augusto. En sentido contrario, se cuenta con una serie de inscripciones latinas que dan cuenta de los preparativos de los juegos y varias otras en que se describen los actos que se deben realizar a favor de los dioses agasajados (Cooley informa con detalle al respecto al comentar *Res Gestae* XXII.2). Junto a estas, resulta invaluable contar con el Canto Secular de Horacio, un ‘poema oración’ que le fue encargado para esta ocasión. Es a través de esta obra que podemos penetrar el ambiente y contenidos del momento. Respecto de Virgilio podemos señalar que la idea del inicio de una nueva era de oro), y, por lo tanto, homologable a las mejores de Roma es transversal al poema; no obstante se puedan destacar tres menciones específicas y de suma importancia en I. 257-279; VI. 756-887 y en VIII. 671 y ss.

Los Juegos Marciales, por su parte, tuvieron lugar el 12 de mayo del año 2 a. C. con motivo de la dedicación del templo a Marte Vengador. Veleyo Patérculo se refiere a ellos en II, 100,2.

XXII.3 “Veintiséis veces, en mi nombre y en el de mis hijos y nietos, ofrecí al pueblo cazas de bestias africanas en el circo”. A lo largo del siglo I a. C. había aumentado la importación de animales salvajes a Roma, su exhibición y combate en las fiestas públicas. Durante el gobierno de Augusto hubo un aumento de las festividades de este tipo, superando largamente todas las manifestaciones anteriores. Las fuentes, especialmente Dion Casio (LI. 22,5), dan cuenta de la fascinación que sentían los romanos por los animales provenientes de las distintas latitudes del imperio y las cacerías que se hacían de ellos en los circos, entre ellos un rinoceronte y un hipopótamo “animales que por primera vez se veían en Roma”. Dion Casio especifica: “Cómo es un hipopótamo es algo que muchos han descrito e incluso visto. El rinoceronte, en cambio, se parece en el cuerpo, bastante, a un elefante, pero lleva sobre el hocico un cuerno, que es la razón de su nombre”. Plinio el Viejo en su Historia Natural (todo el libro VIII está dedicado a este tema) se refiere a la llegada de los animales y las características de cada uno, sin detenerse mayormente sobre el punto. Suetonio en su biografía de Augusto prácticamente no se refirió al tema, destacando en cambio los diversos tipos de lucha entre humanos.

La siguiente tabla, que he procedido a alterar levemente a fin de introducir alguna información complementaria, se encuentra en el comentario que hace Alison Cooley (2009) a XXII.3. En ella se exhibe el número de animales que participaron y murieron en los distintos juegos. Si se cruza la información contenida en RGDA, puede observarse que los años de estos juegos coinciden con los de una intensa actividad edilicia en la ciudad, así como también con algunas de las donaciones a la plebe y con la sistematización de los pagos a los soldados, de lo cual podemos concluir que la riqueza circulante en la ciudad era enorme. Dion Casio comenta con asombro dicha situación en LI.20,5 y también Suetonio en Augusto 41.

Dedicatoria Templo Divino Julio 29 animales, rinoceronte y 2 hipótamos	18	600	bestias traídas desde África	1
Dedicatoria Teatro de Marcellus 18	600	bestias traídas desde África	1	

Ludi Martiales 2 a. C. (Circus Máximo)	Máximo 200 leones	(D.C. LV.10, 8)
Ludi Martiales 2 a. C. (Circus Flaminius)	36 cocodrilos	(Ibíd)
Ludi Martiales 12 d. C. (Fano Augusto)	de bestias c/366	(Ibíd)
Ludi Martiales 12 d. C. (Circus Máximo)	200 leones en 3 días	(D.C. LVI 27, 4)
¿?	420 leopardos	(Plinio VIII.25.65)

Fuente. A. Cooley (2009) comentario a XXII.3

XXIII.1 “Ofrecí al pueblo un espectáculo naval al otro lado del Tíber...”. La recreación de una batalla naval fue realizada el año 2 a. C. con motivo de la inauguración del Templo de Marte Vengador (ver XXI.1). En esa ocasión se reprodujo la batalla de Salaminas que enfrentó a persas y griegos en el año 479 a. C. El argumento de la recreación buscó relacionar la lucha en que los griegos habían vencido a sus vecinos de Oriente, tal como los romanos de los tiempos de Augusto lo habían hecho sobre los egipcios dirigidos por Marco Antonio. Cooley, comentando este pasaje, sostiene que esta relación formó parte del discurso político habitual del gobierno de Augusto.

El lago artificial construido para el efecto, transformando las medidas entregadas por Augusto a metros, habría alcanzado unos 500 x 350 metros, aproximadamente. La excavación del terreno también fue destacada por Suetonio en Augusto 43.1. Veleyo Patérculo hizo una breve mención a este combate en II. 100, 2. Favro (2005, p. 254) ubica este lago artificial dentro

de las obras más espectaculares del período y así se comprende mejor el interés de Augusto en destacarla dentro de sus memorias políticas.

XXIV-XXV

De una manera aparentemente abrupta, Augusto, el emperador-autor, vuelve a los primeros tiempos de sus luchas por alcanzar el poder, esto es, aquellas libradas entre los años 44 y 31 a. C. Pero, lo que podría parecer una repetición, encierra varias novedades, especialmente por las referencias a escenarios provinciales y al Mar Mediterráneo. Hasta aquí,

las noticias entregadas habían apuntado mayoritariamente a Roma, ahora en cambio adquieren esta dimensión imperial. El trasfondo busca destacar el consenso que de manera progresiva se había generado en torno a su persona, tanto en Oriente como en Occidente, un apoyo claro y establecido tempranamente en su carrera política.

En el párrafo XXIV menciona los ornamentos privados que ordenó reponer en la provincia de Asia, justamente aquellos de los que Marco Antonio se había apoderado, así como las estatuas que mandó a remover (XXIV.2) fueron las que le habían ofrecido los orientales a su persona. Al mencionar en XXV.1 que había liberado al mar de piratas, se estaba refiriendo con un énfasis mayor a la parte oriental del Mediterráneo, aquella que había sido amenazada por Sexto Pompeyo. Por último destaca cómo Italia y las demás provincias de Occidente estuvieron con él.

Los párrafos XXIV-XXV permiten dos lecturas posibles y complementarias. Una primera es la de entenderlos como la culminación de los párrafos anteriores en los que se encuentran conceptos que no volverá a tocar hasta el párrafo XXXIV con el que cierra la inscripción. La segunda lectura permite otorgarles un carácter introductorio a los temas imperiales y de la hegemonía romana sobre la mayor parte del mundo conocido.

XXIV.1 “Una vez vencedor repuse en todos los templos de las ciudades de la provincia de Asia...”. El ataque está dirigido en contra de Antonio, quien se había apropiado de ellos. Como en todo el texto, ningún enemigo de Augusto es mencionado por su nombre. La medida de Augusto de reponer los ornamentos en todos los templos, está en parte inspirada en la piedad religiosa, y también se atribuye una motivación por la justicia, argumento que el autor resalta a través de todo el documento.

XXIV.2 “Unas ochenta estatuas más... las hice remover e hice donaciones con ese dinero...”. Hay varios elementos interesantes de destacar en este párrafo. Uno de ellos consiste en la estrecha relación que tiene con el anterior en cuanto que

las ochenta estatuas levantadas en Roma habrían sido ordenadas por oferentes orientales (Cooley al comentar este pasaje) en agradecimiento por las medidas señaladas en XXIV.1. Lo más importante en este punto es que serían el reflejo de la aceptación de la persona de Augusto en Asia luego de la guerra, recordando que esa zona fue proclive a Marco Antonio durante el conflicto.

Suetonio en Augusto 53 señala que este reconocimiento se habría expresado en las ciudades provinciales así como en Roma. Él habría aceptado las primeras siempre que en cada ocasión se incluyera el nombre de Roma junto al suyo, mientras que “en la Ciudad ni siquiera consintió que se le hiciera este honor; e incluso hizo fundir todas las estatuas de plata erigidas algunos años antes en su honor y, con el dinero obtenido por ellas, dedicó unos trípodas de oro a Apolo Palatino”. Dion Casio en LIII. 22, 3 refiere la fundición de las estatuas y el uso de los recursos obtenidos en obras edilicias, tales como la Vía Flaminia.

Por último, cabe relacionarlo con una serie de menciones similares que se encuentran a lo largo de toda la inscripción y que reiteran su intención de rechazar el reconocimiento excesivo de su persona.

XXV.1 “Pacifiqué el mar liberándolo de piratas” (mare pacavi a praedonibus). La referencia apunta al resultado de las guerras sostenidas contra Sexto Pompeyo entre los años 38 y 36 a. C., las que terminaron en la batalla de Nauloco el día 3 de septiembre del último año mencionado. Con su triunfo Augusto, quien contó con el apoyo de Marco Antonio de Lépido especialmente en la parte final, declara haber logrado la pacificación y el libre tránsito en el Mediterráneo.

La pacificación de Mediterráneo no fue objeto de menciones mayores por parte de Augusto. Suetonio en Augusto 98,2, recrea una escena en que muestra los efectos beneficiosos alcanzados por esta pacificación con el paso de los años. El pasaje, que conviene transcribir, se ubica cronológicamente en el último año del gobierno del emperador: “Cuando navegaba casualmente por la bahía de Pozzuoli, los pasajeros y marineros de una nave alejandrina que

acababa de atracar, engalanados con vestidos blancos y coronas, y ofreciendo incienso, le habían colmado de fastos augurios y magníficas loas [diciendo]: ‘que por él vivían, que por él navegaban y que por él disfrutaban de libertad y bienestar’”. Rickman (2003), pp. 136-137) señala que los barcos provenientes de Egipto hacían su primera detención en Pozzuoli y que esta bahía de Nápoles era el destino natural del tráfico proveniente del Mediterráneo Oriental, dando origen a una intensa actividad comercial en el lugar.

Volviendo al párrafo que comentamos, cabe señalar que la denominación de toda la situación como una guerra contra piratas y esclavos vuelve a poner en evidencia la manera en que Augusto ignoraba y disminuía a quienes habían sido sus enemigos y aliados en distintos momentos. Deja a la vista la manera en que disponía de la memoria de hechos lejanos, pero que para él no podían estar olvidados del todo. La presentación de Sexto Pompeyo como jefe de los piratas resultaba particularmente grave por cuanto su padre, Pompeyo Magno, había destacado en la lucha contra los piratas de Sicilia en la década de los 60 a. C.

La mención de los esclavos asociada a esta guerra se entiende por el alto número de estos que, fugándose, se incorporaron a la flota y ejércitos de Sexto Pompeyo (Dion Casio XLVIII. 19,4). Sobre la suerte de estos luego de la derrota de Sexto Pompeyo, conviene transcribir un pasaje de Apiano, Guerras Civiles 5.131: “Ellos fueron apresados en un solo día. Una vez conducidos a Roma, Octavio los devolvió a sus amos romanos o italianos o a sus herederos, y también devolvió a los de amos sicilianos. A todos los que no los reclamó nadie, los ajustició en las mismas ciudades de las cuales huyeron”. Dion Casio confirma la devolución de los esclavos a sus amos en XLIX. 12, 4, agregando en XLIX. 12, 5 que aquellos cuyos amos no los reclamaron fueron crucificados. Se hace ascender la cifra de estos últimos a 6.000. En todo caso, y tal como ha destacado Ridley (2003, pp. 183-187), hubo esclavos participantes en el conflicto por ambos bandos.

Sexto Pompeyo fue mucho más que un comandante de piratas y esclavos, como se le hace aparecer en la inscripción. En los hechos se erigió como una de las varias figuras políticas y militares que se destacaron en el confuso escenario romano de la segunda mitad del

siglo I a. C., denominado como el de la fase aguda de la crisis republicana. Hijo de Pompeyo y por lo tanto heredero de parte de su prestigio y difundido apoyo en Hispania y África, llegó a representar al Senado en el año 43 al ser nombrado encargado de la flota de guerra romana (*praefectus classis et orae maritimae*). Caído bajo las prescripciones, pudo negociar con los triunviros dado el control que obtuvo de Sicilia y Cerdeña con la flota, y con ello la posibilidad real de manejar el flujo de grano que llegaba al resto de Italia y Roma (Dion Casio XLVIII, 31, 1 y XXXVI, 1-6). Fue por este poder que el año 39 a. C. el triunvirato se allanó a negociar con él para que levantara el embargo de grano que había decretado sobre Roma. En esta negociación le fue reconocido su gobierno sobre Sicilia, Sardeña, Córcega y Acaya, además de garantizarle un consulado en algún período cercano. Finalmente, hacia el año 38 a. C. Augusto le decretó la guerra, bastante difícil y con variados resultados intermedios, que concluyó en la batalla de Nauloco el 3 de septiembre del año 36, con los efectos que aquí se reportan, y que son descritos por Dion Casio en XLIX. 1-11 (para esta interesante figura puede consultarse OCD. voz *Pompeius Magnus* (Pius) *Sextius* a cargo de T. J. Cadoux y R. J. Seager. De interés resulta lo que escribe Pelling (1996, especialmente en pp. 24-25 y 34-35).

En la mayor parte de las fuentes con que contamos se presenta e insiste en la imagen de Sexto Pompeyo como un conductor de piratas y esclavos, y muy especialmente de estos últimos (Véase Horacio Épodos IX. 5-10; Veleyo Patérculo II.73, 3 –“acogió en su ejército a esclavos y fugitivos”, y Dion Casio XLVIII. 19, 4 “acogiendo el gran número de esclavos llegados de Italia”, y nuevamente en XLIX, 3. Estas noticias ilustran el alcance que tuvo la versión expuesta por Augusto a este respecto).

XXV.2 “Toda Italia juró en mi nombre de manera espontánea y me pidió que fuese el jefe...”. Aparece nuevamente la forma tan particular que utiliza Augusto para presentar hechos que tuvieron lugar unos 45 años antes de que el emperador-autor los pusiera por escrito. La referencia en este pasaje se ubica en el verano del año 32 a. C. y en el contexto del distanciamiento

y ruptura definitiva entre Octaviano –más tarde Augusto– y Marco Antonio, radicado en ese tiempo en Oriente, específicamente en Egipto. La mencionada ruptura implicaba, a todas luces, la guerra, y para ella se prepararon los adversarios. Dion Casio recrea, en la apertura del libro I de su *Historia Romana*, el ambiente y los movimientos de cada uno, así como la ‘guerra publicitaria’ montada por Octaviano en contra de Antonio en Occidente, la cual giraba de manera especial en torno a la dependencia de Marco Antonio con respecto a Cleopatra, la reina de Egipto. Augusto menciona que toda Italia, de manera espontánea, le hizo un juramento de fidelidad en su favor y al que también adhirieron los habitantes –probablemente tanto los soldados como los civiles que no estaban en armas– de las provincias occidentales. Algo similar parece haberse llevado adelante en el bando de Antonio, comprometiendo a este el apoyo de las provincias orientales. Dion Casio no menciona de manera específica el juramento aludido en RGDA., aunque sí señala que Italia y las provincias occidentales apoyaron a Octaviano, afirmación que también hace Suetonio (Augusto, 17) con evidente brevedad de palabras. El desenlace de la guerra tuvo lugar en Accio el año 31 a. C. y el resultado fue definitivo en favor de Augusto.

¿En qué consistió y cuál pudo ser el alcance del juramento de toda Italia y también de las provincias? Sobre la forma en que fue pronunciado no parece posible hacerse una idea. Respecto de las atribuciones derivadas en favor de Octaviano de un acto de este tipo parece ser que no las hubo y que se trataría más bien de un respaldo masivo y un compromiso verbal de participar y apoyarlo en los hechos bélicos por venir. Como ya tuvimos oportunidad de mencionar, Dion Casio transmite muy bien la importancia y efectos de estas creaciones publicitarias. Guizzi (1999, al comentar este pasaje) transcribe la opinión de F. Serafini cuando señala que el asunto del juramento revelaba “una concepción política nueva, en la cual ‘la voluntad popular’ resultaba decisiva y prevalente respecto de aquella de los órganos de la constitución republicana”.

Respecto de Italia cabe destacar que son varias las indicaciones que se hacen al respecto a lo largo de RGDA.: X.2; XVI.1; XXI.3; XXV.2; XVIII.2; XVIII.2 y XXXII.2.

XXV.3 “Además, bajo mi mando militaron más de setecientos senadores...”. La referencia apunta al número de senadores que adhirieron a la causa de Augusto en los meses previos a la batalla de Accio. En efecto, durante el año 32 a. C. se dio una “batalla por los senadores” en la que cada bando intentó contar con el respaldo del mayor número posible de ellos (Lacey, 1996, p. 36). En este pasaje, Augusto menciona haber contado con el apoyo de setecientos, lo que, probablemente, equivalía en ese momento a los dos tercios de dicha corporación. En las fuentes encontramos una serie de menciones al respecto y que permiten hacer las siguientes afirmaciones: el Senado contaba con unos 1.000 integrantes debido al crecimiento experimentado en las décadas recientes como efecto de las guerras civiles (Suetonio Augusto 35.1); que en el transcurso del año 32 a. C. un grupo importante de ellos modificó el apoyo inicial entregado a Antonio en favor de Augusto (Veleyo Patérculo 2.84, 1-2; Plutarco, Antonio, 58 y Dion Casio L.13,7 y 23,1); que en este cambio influyó de manera significativa la presunta dependencia de Antonio con respecto de Cleopatra (Dion Casio, *ibíd.* y Plutarco, *ibíd.*). Un momento muy decidor habría sido el de la apertura del supuesto testamento de Antonio y su lectura ante el Senado por parte de Augusto, ocasión en la cual se habría conocido la voluntad de Antonio de ser enterrado en Alejandría y de acuerdo a las decisiones que Cleopatra adoptara al respecto (Suetonio, Veleyo Patérculo, Plutarco y Dion Casio se refieren a este punto en los pasajes ya citados).

Dentro de la batalla publicitaria que estaba en pleno desarrollo, esta supuesta voluntad de Antonio fue presentada como una muestra de su completa orientalización. La idea central de Augusto al consignar este punto en la inscripción parece haber sido la de destacar el apoyo con que contaba por parte de un organismo tan prestigioso y base de la legalidad como lo era el Senado. Resulta importante relacionar lo recién señalado con el hecho de que fue en este período que Augusto inició la construcción de su mausoleo en el que, muchos años después y por su propia solicitud, se instalaría RGDA.

Este pasaje constituye la última referencia al Senado y a los senadores antes del famoso y polémico XXXIV.1 que analizaremos más adelante. Resulta posible destacar la importancia concedida en esta inscripción a esta institución básica del sistema republicano (véase lo comentado en el prólogo de esta edición y a los párrafos IX a XIV), cuya mantención Augusto consideró sustancial en la construcción del orden imperial en que estaba empeñado. En los años siguientes, específicamente en el 29 y el 18 a. C. se procedió a regularizar el número de sus integrantes y las características que debían reunir sus miembros, descendiendo la suma a la de 600 integrantes, estos es, volviendo al universo tradicional de componentes (Suetonio Augusto 35.1; Talbert, 1984, p. 325; Eck, 1981, p. 76).

XXVI-XXXIII

Esta larga sección de la inscripción está dedicada al gobierno del imperio llevada adelante por el gobierno de Augusto durante su gobierno de cuarenta y cinco años, o más aún según la datación que se adopte. Entre los párrafos XXVI y XXX son mencionadas las conquistas romanas del período, mientras que entre XXXI y XXXIII se destaca la influencia romana sobre el mundo, más allá de los límites del imperio, resaltando especialmente las acciones diplomáticas llevadas a cabo y el consiguiente reconocimiento de reyes y gobernantes de tierras extranjeras, lo que hace del imperio romano una hegemonía orientada a establecer un orden mundial, o al menos, de lo que los romanos entendían por aquello.

Hay varios elementos que conviene tener en cuenta a este respecto. El primero, y atendiendo a los contenidos específicos de la inscripción, es que las conquistas fueron muchas y que estas excedieron a las logradas en cualquier época anterior de Roma, e incluso con relación al gran paradigma que fue Pompeyo. El punto es importante ya que las fuentes, de manera general, informan que la política desarrollada por Augusto tuvo como objetivo consolidar las fronteras alcanzadas y detener el crecimiento a fin de poder volcarse a la administración de lo que ya era

un territorio de enormes dimensiones (Tácito en Anales I. II, 44; Suetonio “Augusto” 21.2, y, Dion Casio LVI. 33.5, especialmente este último resultó bastante influyente en la transmisión de esta idea).

Los historiadores modernos discrepan sobre este tema, siendo posible resumir el punto aduciendo que, durante la mayor parte del gobierno de Augusto, el imperio de los romanos evidenció un fuerte crecimiento, el que se detuvo solo en los años finales luego de los desastres de Panonia (6 d. C.) y de Germania (9 d. C.). La discrepancia se agudiza al evaluar el sentido y alcance de esta última política, puesto que no queda claro si fue una decisión ocasional y de carácter pragmática o si, por el contrario, intentó plantear una orientación que debía perdurar en el tiempo, cuestión que, como bien se sabe, no fue seguida del todo por los emperadores posteriores.

Las distintas aproximaciones de la historiografía contemporánea respecto al crecimiento del imperio en el período pueden ilustrarse en lo señalado por Galinsky (2012), Gruen (2010) y Ridley (2003). Para Galinsky resulta dudoso que Augusto haya planteado alguna vez lo señalado por Dion Casio, y en caso de haberlo hecho, debe tenerse en consideración que durante el período de Augusto se sumaron más tierras al imperio que en cualquier período anterior. Gruen, por su parte, señala que la mayor preocupación de Augusto fue “la construcción sistemática de su imagen como conquistador del mundo”, y que no tuvo una política imperial definida, no obstante haya sumado muchos territorios. Ridley sostiene que no sería de extrañar que Augusto haya pronunciado la sentencia que transmite Dion Casio, pero esto redundaría en la ambigüedad con que el emperador trató siempre este tema, graficado en el hecho de que en la misma Res Gestae habla simultáneamente de paz y de guerras en múltiples ocasiones (en Gruen el tema es tratado de manera interesante en pp. 188-197; la aproximación de Ridley se encuentra en p. 115).



Expansión del imperio romano.

El Imperio romano alcanzó su máxima extensión en los primeros años del siglo II d. C., tal como se puede apreciar en este mapa. El emperador Augusto señaló de manera reiterada haber jugado un papel importante en parte de estas conquistas. Los historiadores discuten hasta hoy si acaso existió efectivamente una política de anexiones durante el gobierno del primer emperador romano.

El reconocimiento del poder romano y su prestigio más allá de los territorios dominados de manera directa fue algo que Augusto quiso destacar en los párrafos XXXI y XXXIII. La idea es que el mundo, tal como lo entendían los antiguos, tenía su centro en Roma y que desde la ciudad de mármol se regían sus destinos.

Augusto se asigna un papel central en estas conquistas y en la geopolítica mundial. Lo hace a través de dos recursos que se pueden advertir con relativa claridad. El primero de ellos consiste, como ya hemos señalado, en presentar las situaciones como si fueran parte de un proyecto elaborado de manera consciente y luego desplegado a través

del tiempo. El segundo consiste en el protagonismo que Augusto, el emperador-autor de la inscripción, se otorga a sí mismo en el desarrollo de los hechos, radicalizando el personalismo que cruza todo el texto. Solo comparte créditos con algunos de sus familiares.

Finalmente, puede señalarse que fue en el plano del gobierno imperial y mundial donde dejó ver con mayor claridad la importancia y necesidad de un gobierno centralizado como el que había encarnado, teniendo a su cabeza un emperador que articulara tanto las múltiples diversidades internas como externas (la figura del emperador como un articulador político se encuentra en Gabba, 1991). De acuerdo a la lectura que hemos venido proponiendo de la inscripción, este sería uno de los puntos donde el nuevo régimen se asienta de manera más clara.

XXVI.1 “Aumenté los límites de todas las provincias del Imperio romano...”. Como ha señalado Scheid al comentar este pasaje, se inicia aquí el elenco de lo que se anuncia en el título de la inscripción: De las obras del divino Augusto con las cuales sometió a todas las tierras del orbe al imperio romano... Rerum gestarum divi Augusti, quibus orbem terrarum imperio populi Romani subiecit...

XXVI.2 “Pacifiqué las provincias de las Galias y las Hispanias, así como también la Germania...”. Así, en plural en el texto original, ya que la primera fue dividida bajo la administración de Augusto en cuatro partes, y la Hispania en tres. La referencia que se hace a la Germania es ambigua, ya que nos es definida como provincia de manera expresa y fue en ese escenario donde Roma sufrió su derrota más grande al ser vencidas las tres legiones comandadas por Q. Varo (9 d. C.). Esta derrota fue decisiva en la política de fronteras que estableció Augusto hacia finales de su gobierno. El punto es que Roma nunca logró un control sobre la zona.

XXVI.3 “Pacifiqué los Alpes...”. Hacía el 7 y 6 a. C., las tribus

alpinas lograron ser pacificadas. La idea de que no llevó a cabo ninguna guerra injusta es extraña, ya que se sabe que las causas fueron económicas con el fin de asegurar la economía italiana y el tráfico comercial transalpino. Las tribus, en general, lucharon por su independencia.

XXVI.4 “Mi flota navegó por el Océano, desde la desembocadura del Rin vía Oriente, hasta el límite de los cimbrios...”. Hay varios aspectos interesantes a destacar respecto de la referencia que hace Augusto a la pacificación de la Germania. El primero es que contamos con dos excelentes descripciones de los germanos que hicieron Estrabón (63 a. C.-19 d. C. circa) en su Geografía, libro VII, y la notable y empática de Tácito en su breve escrito Germania (98 d. C.). Este último texto constituye una pieza notable de literatura geográfica etnográfica, y su lectura constituye una delicia para el lector sensible e interesado en estos temas. Veleyo Patérculo, Floro y Dion Casio informan sobre las diferentes situaciones experimentadas en estos territorio durante el primer gobierno imperial romano.

Un segundo elemento que cabe destacar vuelve a ser la manera en que el emperador-autor informa sobre los hechos. Señala que varios pueblos germanos pidieron la amistad de Roma y nada puede objetarse al respecto, salvo que esos acuerdos fueron alcanzados luego de varios intentos militares romanos por dominar militarmente la Germania sin éxito, y más aún, tras algunos fracasos de importancia, como los experimentados por las legiones encabezadas por M. Lollio (16-15 a. C.) y el gran desastre del 9 d. C. de aquellas tres legiones dirigidas por Publio Quintilio Varo (Suetonio Augusto, 23). Esta última alcanzó el estatus de la peor derrota experimentada por los romanos en su historia, lo cual resulta una exageración histórica. Son famosas las palabras de Suetonio en que describe los efectos de esta caída en Augusto: “En fin, dicen que se mostró tan consternado, que se dejó crecer la barba y el cabello durante varios meses seguidos y de cuando en cuando golpeaba su cabeza contra las puertas gritando ‘¡Quintilio Varo, devuélveme las legiones!’; consideró todos los años el día de

aquel desastre como un día triste y siniestro”.

Las derrotas se compensaron con los avances y éxitos obtenidos por Agripa, Druso y Tiberio, en distintos momentos, los que no llegaron a implicar un dominio definitivo del territorio. Se relaciona con Agripa la idea de que la estabilidad de Galia dependía del control que se ejerciera sobre las tribus germanas del otro lado del Rin.

Esto nos pone ante un tercer aspecto interesante. Los historiadores han discutido si la política romana frente a la Germania respondió a un plan maestro elaborado tempranamente por el gobierno de Augusto o si, por el contrario, fue adquiriendo y variando sus formas de acuerdo a las situaciones puntuales que se fueron dando a lo largo de los años. Gruen (2010) en un artículo sobresaliente sobre la materia muestra sus dudas respecto de una idea única sostenida casi sin cambios en el tiempo. Rüger (2010), en cambio, se inclina por la existencia de una política elaborada y sostenida desde el principio del gobierno de Augusto, especialmente por obra de Agripa.

Sobre los cimbrós, que habitaban en la zona de Jutlandia, se puede ver Tácito Germania 37 y sobre los semnones, a quienes “tienen por los más antiguos y nobles de los suevos”, véase ibíd, 38. Los suevos en términos generales fueron descritos por Estrabón en Geografía VII.3. Sobre los alcances de la descripción de este último autor, véase Giua (1991, pp. 512-515).

XXVI.5 “Por mis órdenes y bajo mis auspicios, mandé dos ejércitos casi al mismo tiempo en Etiopía y en Arabia...”. Desde las tierras del norte del imperio y los germanos, Augusto pasa al intento de establecer el dominio en las tierras del sur y sobre los etíopes y árabes. En este escenario la clave será Egipto que el año 30 a. C. pasó a convertirse en provincia y desde ahí se intentarán las otras operaciones romanas. Al igual que en el caso de la Germania, el dominio de Roma será difícil e implicará algunas derrotas importantes en Arabia Felix, pero estas no tendrán la difusión y repercusión que tuvieron las de Germania en el ánimo romano.

La presencia romana en Etiopía se consolidó de manera definitiva entre los años 23 y 22 a. C. mediante acuerdos de amistad, luego de unos diez años de diversos intentos llevados adelante por los tres prefectos romanos que tuvieron a su cargo Egipto después de que se convirtiera en provincia romana. Debe tenerse en consideración que aquel territorio que en RGDA. se denomina Etiopía no corresponde con la actual Etiopía sino que con las tierras al sur de Egipto y norte de Sudán. Como señala Cooley (2009) al comentar este párrafo, Augusto tuvo la intención de insistir en el hecho de que el poder romano llegó hasta los confines del mundo.

Las intenciones del principado romano fueron las de establecer un dominio completo sobre Arabia. Una primera fase sobre la Arabia Felix terminó en un fracaso y Roma debió abandonar sus pretensiones de dominio directo. Este intento y sus resultados no son mencionados en RGDA., donde, en cambio, se indica que se logró el dominio sobre Arabia Eudaemon, la que posibilitaba el comercio con el Este, actividad que interesaba mucho a Roma (actualmente los territorios de una parte de Yemen y el puerto de Aden corresponde con aquellos que llegaron a estar bajo el control romano). El dominio completo sobre la zona se acrecentará con los emperadores siguientes.

XXVII.1 “Añadí Egipto al imperio del pueblo romano”. La economía en las palabras alcanza aquí su máxima expresión, si se tiene en cuenta que la incorporación de estas tierras en calidad de provincia representó uno de los hechos más importantes de su tiempo. Las fuentes que nos informan sobre este tema contienen una perspectiva romana: Estrabón, Tácito y Dion Casio. Casi inexistentes, en cambio, aquellas egipcias. Sobre este punto es interesante lo que señala Herklotz (2012, pp. 12-18).

Egipto se convirtió en provincia romana luego de la derrota final de Marco Antonio y Cleopatra el año 30 a. C. Esta conquista fue de primera relevancia para Roma, ya que proveyó el abastecimiento permanente de grano que tanto necesitaba. Augusto se preocupó especialmente de que el Senado no tuviese ninguna injerencia en la provincia y la puso bajo el dominio de un prefecto del Orden

Ecuestre que respondía directamente a sus mandatos. Los senadores podían visitar esta nueva provincia solo con un permiso especial del emperador. La razón de fondo en esta actitud era que se trataba de una zona riquísima y muy importante, y el emperador afirmaba bastante su poder al controlarla.

Una descripción de Egipto en el tiempo que los romanos tomaron contacto con ese pueblo y llegaron a someterlo se encuentra en el libro XVII de la Geografía de Estrabón, quien visitó y recorrió el territorio (años 25 y 24 a. C.), estableciéndose luego en Alejandría (Herklotz, 2012, p. 12). En su descripción prestó especial atención a la diversidad de los territorios y las personas, tal como anunciara en su método que introduce sus vastos diecisiete libros. Lo de Estrabón fue una geografía minuciosa y ese es un aspecto de mucho interés para nosotros, pero introdujo también varias noticias sobre la vida política y la organización de los diversos territorios dominados por Roma. En los párrafos 11 y 12 de su mencionado libro XVII, describe el contacto de romanos y egipcios a partir de Pompeyo y hasta que Sebastos Caesar –Augusto– impuso la paz definitiva sobre el territorio, organizando el gobierno, la justicia, la administración de las tierras y su control militar a través de legiones y cohortes (XVII.12), si bien “la provincia fue relativamente dócil y requirió poco esfuerzo para su pacificación” (Der Mieroop, 2011, p. 328). Roma, sentenció el geógrafo antiguo, había establecido una administración eficiente que había generado bienestar sobre la provincia.

Un problema lo constituyó la designación del prefecto de Egipto, quien al recibir este nombramiento se convertía en un hombre extremadamente poderoso. El primero de los designados por Augusto fue Cornelio Galo, poeta amigo de Virgilio y del emperador, además de colaborador de este último a partir del año 30 a. C. Cayó en desgracia ante Augusto por la excesiva autopublicidad de sus acciones en el cargo, y el Senado lo sometió a juicio. Se vio forzado al suicidio a raíz de la acusación senatorial. La figura en su auge y caída fue descrita por Mazzarino (1980, pp. 7-50), por Herklotz (2012, pp. 16-18) y por Courtney (en la voz Conelius Gallus, Gaius en OCD.). Hay dos elementos a tener en cuenta: la importancia del prefecto hacía que estuviese bajo constante observación. Cornelio Galo implementó durante su breve

administración una política de control del territorio egipcio y etíope, llevando las legiones romanas más allá de la primera catarata del Nilo y logrando que el rey de Etiopía aceptara la protección de los romanos. Luego de estos éxitos, redactó una inscripción trilingüe (latín, griego y jeroglífico), destacando estos logros; instaló otras inscripciones en las pirámides y mandó levantar estatuas suyas en múltiples partes del territorio. Este personalismo le costó la mencionada pérdida de su cargo y su tragedia posterior. Los prefectos siguientes tuvieron en cuenta lo sucedido y fueron prudentes en su gobierno de la provincia. Gruen, y he aquí el segundo aspecto, (2010, pp. 148-149) destaca que la política expansiva de Galo frente a los etíopes se mantuvo después de su caída y que pasó a formar parte de la estrategia romana en el lugar.

La dominación que Roma hizo de Egipto ha sido muy discutida y son muchos los analistas que han destacado los beneficios que implicó para el territorio. Esto es lo que ha sostenido Bowman (2010, pp. 676-702) al revisar cada uno de los rasgos de la vida de Egipto en su nuevo escenario, concentrándose en detectar los cambios introducidos por el conquistador así como también las continuidades entre este período y los anteriores. En todo caso, a la conquista de Egipto, junto con los varios beneficios que implicó para Roma, se le otorgó un enorme valor simbólico durante el gobierno de Augusto. Conviene tener en consideración que varias de las acciones que el primer emperador romano realizó durante su gobierno, y que figuran en RGDA., fueron financiadas con los recursos provenientes de esta provincia.

XXVII.2 “Teniendo la posibilidad de convertir a Armenia Mayor...”. El mapa evidencia la importancia que tenía Armenia para Roma en cuanto constituía una parte significativa de su frontera, pero también por su vecindad con el imperio de los partos, la fuerza más poderosa en la zona. Los romanos buscaron el control sobre la llamada Armenia Mayor. Esta denominación data de los tiempos de la ordenación realizada por Pompeyo en el año 66 a. C. Entre esa fecha y las noticias que entrega Augusto en RGDA., Roma intentó varias fórmulas para lograr el control efectivo sobre la zona, enfrentando la

resistencia de varios sectores armenios que contaban con el apoyo de los partos. Augusto señala de manera específica haber controlado la zona y continuado con una política romana ya establecida en cuanto a respetar a las familias gobernantes, siempre y cuando sus miembros mostraran una actitud favorable hacia Roma.

Como en la casi totalidad de las menciones sobre las relaciones de Roma con aquellas tierras que se ubicaban más allá de sus frontera, el emperador romano presenta lo que consideraba el resultado final logrado durante su gobierno, omitiendo la mención a algunos momentos muy difíciles o reveses experimentados. Un ejemplo puede ser aclaratorio de este punto: en el párrafo XIV.1, Augusto lamenta que sus hijos adoptivos Cayo y Lucio César hayan encontrado una muerte temprana. El mencionado Cayo César murió en el escenario de Oriente en una de las múltiples tratativas realizadas y fracasadas con los armenios (año 4 d. C.) A este respecto, véase el comentario a XIV.1.

XXVII.3 “Recuperé todas las provincias que estaban situadas al Oriente más allá del Adriático...”. Se trata de las provincias de Macedonia, Acaya, Bitinia y el Ponto, Asia, Cilicia, Siria, Creta y Cirene. Sicilia y Cerdeña, por su parte, fueron recuperadas luego de las campañas navales contra Sexto Pompeyo (36 a. C.).



La arte Oriental del Imperio Romano.

La frontera oriental del Imperio no fue estable dados los conflictos que siempre se dieron en la zona. Las alianzas establecidas entre distintos pueblos y los romanos no tuvieron, en muchos casos, mayor permanencia en el tiempo, dando pie a conflictos armados y complejas negociaciones diplomáticas, según fuese el caso. Los partos constituyeron el freno a la expansión romana en Oriente.

XXVIII.1 “Instalé colonias de soldados en África, Sicilia, Macedonia...”. El establecimiento de colonias tenía una antigua data en la historia de Roma. Su objetivo fue cambiando con los siglos, especialmente cuando a fines del siglo II a. C., y por iniciativa de los hermanos Graco, se fundó la colonia Junonia en Cartago, siendo la primera en arraigarse fuera del suelo de Italia. La colonización extensiva fuera de Italia fue una política de Julio César, seguida con gran actividad durante el gobierno de Augusto. En este último caso las fundaciones se relacionaron con el establecimiento de los soldados veteranos –aquellos a los que hace referencia en XVI.1 y XVII.2– lo cual les dio características diversas, destacando, entre otros, su influencia cultural sobre los

territorios (Whittaker, 2010, p. 605). En este párrafo, Augusto solo menciona algunos de los lugares en que fueron establecidas colonias. Scheid, al comentar este pasaje, sostiene que la probable intención del elenco se explique por la idea de destacar aquellas ubicadas en tierras pacificadas.

XXVIII.2 “También Italia tiene veintiocho colonias establecidas por mi autoridad”. La cifra parece indicar aquellas fundadas después de la batalla de Accio (31 a. C.). Esto respondería a la intención del autor por destacar las que correspondieron a su iniciativa exclusiva. En los años anteriores a partir del 41 a. C. se habían fundado unas 32 colonias más (Cooley al comentar este pasaje).

XXIX.1 “Vencidos los enemigos, recuperé de la Hispania, La Galia y de los Dálmatas...”. La recuperación de las insignias militares es presentada aquí como una situación de alto valor simbólico, y antecede al siguiente párrafo en que se menciona el retorno de las insignias que estaban en manos de los partos desde el año 53 a. C., situación considerada ignominiosa por los romanos.

XXIX.2 “Obligué a los partos a restituir las insignias”. Las relaciones establecidas con los partos figuran entre uno de los puntos más importantes en el plano internacional del gobierno de Augusto. Entre ambos pueblos se llegó a un entendimiento diplomático de buenas relaciones. Las últimas investigaciones ponen de manifiesto que el emperador romano se preocupó bastante de estas relaciones, ya que la ruta comercial por tierra con India, que pasaba a través de Armenia, tuvo bastante tráfico en este período. Investigaciones actualmente en curso están llegando a la conclusión de que el tráfico por vía de tierra fue de un volumen mayor del que se pensó en otro tiempo.

Las insignias recuperadas de manos de los partos, aquellas que Craso había perdido en el año 53 a. C. y que Antonio había tentado de recuperar fallidamente en el año 40 y luego en el 36 a. C., fue el resultado de una larga gestión diplomática iniciada el año 23 y concluida exitosamente el 20 a. C.

Este éxito, que tuvo una fuerte repercusión simbólica en Roma, se encuentra graficado en la llamada estatua de Augusto en Prima Porta, encontrada en la casa de Livia, esposa del emperador. Horacio en el Canto Secular, texto de una fecha muy cercana a los hechos, señaló: “Ya el parto reconoce su poder, tan grande en la tierra como en el mar y tiembla ante las segures de Alba...”. El emperador tiene un escudo en cuyo centro se representa el momento de la entrega, hecho que es avalado por la totalidad de la tierra y las potencias celestes y del mar.

XXX.1 “Sometí a los pueblos de la Panonia a los cuales nunca había llegado un ejército...”. La sumisión de Panonia tuvo lugar entre el 12 y el 9 a. C. y parece haber comprendido un territorio menor que el que se da a entender en la inscripción (Marcone, 1991, pp. 471-472). La referencia a Tiberio no debe hacer creer que es una justificación del emperador hacia quien había designado como su sucesor. En esta época, las relaciones entre ambos eran bastantes débiles y el año 6 a. C., vale decir, tres años después de la fecha señalada para la pacificación de Panonia, Tiberio romperá con Augusto al sentirse desplazado por Cayo y Lucio César. Las relaciones no se recompondrán sino mucho tiempo después y debido, principalmente, a la muerte de los otros posibles sucesores.



Augusto de

Prima Porta.

XXX.2 “Habiendo un ejército de los dacios pasado de esta parte del Danubio...”. Las acciones al otro lado del Danubio fueron dirigidas por Cornelio Lentulo. Luca Canali (al comentar este pasaje) hace notar aquí un hecho importante: “como se puede observar, la perspectiva temporal está subordinada a una óptica subjetiva y triunfal, más que cronológica”.

XXXI.1 “Muchas veces fueron mandadas a mí embajadas de los reyes de India...”. La llegada de estas embajadas hasta Augusto están atestiguadas en Dion Casio LIV, 9.8, quien destaca los regalos que traían para demostrar su amistad a los romanos. Se trató de embajadas con intereses comerciales realizadas en un momento en que el tráfico de productos se convirtió en una actividad habitual a través de Arabia (OCD. voz India a cargo de E. Warmington y R. Thapar). Para el logro de este objetivo resultaba importante para los romanos mantener el control sobre Egipto y desde ahí sobre las zonas involucradas en la actividad comercial que llegó a alcanzar unas 120 naves al año (Bowman, 2010, p. 680).

La historiografía occidental dedicada a Roma en el siglo I d. C. concede cierta importancia al comercio con India, basándose en Dion Casio y en las referencias que se encuentran en la Historia Natural de Plinio el Viejo. Los descubrimientos arqueológicos de monedas romanas en la India han sido útiles para conocer el volumen de los intercambios y las zonas específicas donde tuvieron lugar. La historiografía india, en cambio, no aborda este punto, tal como puede apreciarse en Tripathi, R. (1942, con múltiples reimpressiones), History of Ancient India, Motilal Banarsiddas Publishers Private Limited, y en Thapar, R. (2002) The Penguin History of Early India. From the Origins to A.D. 1300, Penguin

Books. Una aproximación contextualizada se encuentra en Keay (2010, pp. 121-125).

XXXI.2 “Por medio de legados, pidieron nuestra amistad los reyes de los bastarnos”. Los bastarnos fueron un pueblo germano del Danubio, los escitas habitaban en las llanuras del Don (Tanais), los albanos en la región del Caspio y los iberos, al sur del Cáucaso y al noreste de Armenia (O.C.D.).

XXXII.1 “Suplicantes se refugiaron ante mí Tiridates...”. Tiridates II se refugió con Augusto en dos ocasiones, el año 30 a. C. y luego el 26 a. C.; Fraates V huyó a Roma el 4 a. C.; Artavasdevene vino a Roma a pedir ayuda entre el 31 y el 30 a. C. Los adiabenes eran una población de Asiria. Luego de una referencia a los reyes de Britania, pasa a mencionar pueblos germánicos (Canali al comentar este pasaje).

XXXII.2 “Frates, rey de los partos... me envió a Italia todos sus hijos y sobrinos...”. Según Suetonio, Augusto 48, fueron educados como si fueran hijos propios de Augusto.

XXXII.3 “Durante mi principado...”. Según Brunt y Moore (1979), en este pasaje, Augusto insiste aquí en el carácter de novedad de las relaciones que él establece con otros pueblos.

XXXIII.1 “Los pueblos de los partos y los medos”. La afirmación de Augusto parece correcta en los datos pero exagera en el fondo del problema. Suetonio dice a este respecto: “... muchos príncipes que desde antiguo se disputaban entre sí el mando, reconocieron al que él designó” (Suetonio Augusto, 21). No se trataría, entonces de una designación, sino del apoyo que brindó a uno de los aspirantes en pugna. Vonones fue uno de

los hijos de Fraates IV y fue apoyado en sus aspiraciones por Augusto. Ariobarzanes contó con el respaldo de Cayo César en el año 1 a. C. para ejercer el reinado en Armenia.

XXXIV-XXXV

Augusto, el emperador-autor, con precisión y brevedad expresiva procede al cierre de su texto, presentando su extensa obra gubernativa en su condición de restaurador de la república romana, signo que habría distinguido su accionar, tal como ha sostenido a lo largo de toda Res Gestae. Agrega a esto el reconocimiento del Senado y del Pueblo romano, expresado tempranamente por los romanos como efecto de su acción pacificadora y restauradora, lo cual se habría materializado en el plano político en una autoridad –auctoritas– que le había permitido dirigir el imperio sin contar con poderes superiores a los que establecía la constitución y que compartió con sus colegas en los distintos cargos que le fueron ofrecidos. Sus méritos no se habrían limitado a la pacificación que logró al extinguir las guerras civiles, sino también de manera importante al haber encarnado las más altas cualidades de un romano de todos los tiempos, tal como quedó graficado en el escudo que se colocó en el edificio del Senado destacando sus virtudes, a las que él dice haber honrado a lo largo de su extensa vida. Esto es lo que Augusto dijo cuando hacia el final de su vida buscó representar sus acciones como gobernante e intentó establecer una memoria específica para las nuevas generaciones, y parece importante tener esto en consideración al momento de intentar cualquier análisis de sus palabras.

Podemos intuir que estas expresiones finales quedaban bien visibles al público que se encontraba ante la inscripción establecida en dos columnas al ingreso del mausoleo de Augusto. Es probable, además, que se hicieran famosas y que fueran las más pronunciadas cuando se hacía referencia a los contenidos de Res Gestae. También es posible que eso sucediera en su tiempo, pero es indiscutible, en cambio, que la posteridad se fijó especialmente en ellas y las ha discutido cada vez que se ha referido a la obra e intenciones del primer emperador romano. En efecto, estas sentencias finales han atraído a todos los estudiosos y

divulgadores generando, los comentarios más dispares desde Mommsen en adelante, cobrando especial fuerza durante todo el siglo XX. La discusión ha sido tan intensa que hoy resulta una tarea muy ardua enfrentar el texto original sin hacer eco y quedar determinados por toda esta diversidad de aproximaciones. En general ha sucedido que el uso de estas afirmaciones contenidas en el cierre ha servido para proceder a discutir las características centrales del régimen, la honestidad o hipocresía política del autor y la formulación de un sistema de gobierno que marcó el desarrollo del imperio romano por dos siglos, como menos. Una posibilidad actual de lectura puede descansar en la posibilidad de redimensionar y acotar las palabras de Augusto a su contenido más inmediato y específico. Esta línea de trabajo fue abierta por Edwin Ramage en su estudio sobre Res Gestae en el año 1987 y su acierto ha quedado demostrado con el tiempo. Como veremos a continuación, en esta perspectiva las afirmaciones del emperador-autor no resultan tan extemporáneas en relación con lo dicho en todo el resto de la inscripción desde su inicio mismo, y constituyen una confirmación de las ideas centrales sobre las cuales Augusto formuló su texto.

XXXIV.1 “En mi sexto y séptimo consulado, luego de haber extinguido las guerras civiles, teniendo todo el poder...”. Se trata del pasaje más célebre y discutido de la inscripción. Puede considerarse notable el esfuerzo que Augusto realizó en la redacción de este párrafo, donde sin distraerse en nada, apuntó con decisión a que, en una fecha temprana, había restaurado la república romana (“transferí el control de todas las cosas del Estado...”). En forma expresa señala que luego de haber triunfado en el último capítulo de las guerras civiles tuvo todo el poder en sus manos y que de manera voluntaria buscó reformularlo dentro del marco de la legalidad romana. Pero, y la insinuación resulta clara, no estaba dicho que esa fuese la única posibilidad de actuar y ordenar el gobierno luego de Accio, tal como lo habían evidenciado hacía muy poco los proyectos políticos de Julio César y Marco Antonio. La restauración aquí señalada apuntó de manera central al hecho de que el Senado había vuelto a tener el papel rector de la vida romana, cuestión bastante discutible por cierto, pero que el emperador-autor afirma de manera categórica. Esta

aseveración se encuentra en la misma línea desarrollada a lo largo de toda la inscripción y, según su autor, no sería reducible solo al ámbito político, sino a la totalidad de su quehacer que habría estado dirigido a restaurar los valores, la vida religiosa tradicional y la cultura de los tiempos antiguos de Roma. La impresión que tenemos es que los senadores romanos y los miembros del Orden Equestre, así como también los plebeyos, aunque para este caso poseamos muy poca información, aceptaron esta idea e hicieron lo que les correspondía en la afirmación y consolidación del régimen. ¿Pura y miserable conveniencia, como señalara Tácito en la apertura de sus Anales, o el resultado de un esfuerzo para que “nadie estuviera descontento de la nueva forma de gobierno”, como indicara Suetonio en Augusto, 28? De manera clara el autor de la inscripción se habría inclinado por la respuesta redactada por su biógrafo.

XXXIV.2 “En vista del mérito mío... En la Curia Julia se puso un escudo de oro donde se lee que esto me lo ofreció el Senado y el Pueblo romano...”. Los cuatro reconocimientos recibidos por quien pasaba a partir de ese momento a ser llamado Augusto fueron: el valor (*virtus*), la clemencia (*clementia*), la justicia (*iustitia*) y la piedad (*pietas*). El valor se relacionaba con la excelencia de un hombre para prestar servicios a la sociedad, tal como lo destacaron Veleyo Patérculo y Dion Casio en múltiples pasajes, especialmente en el campo militar, aspecto sobre el cual Augusto hace múltiples menciones a lo largo de la inscripción. La clemencia con los vencidos, con las características y alcances que anotamos al comentar III.1, puede considerarse como una de las medidas políticas más importantes implementadas por Augusto al finalizar las guerras civiles. La justicia es un aspecto sobre el que se encuentran varias menciones en *Res Gestae*. Por último, la piedad ha sido relacionada por la mayor parte de los analistas con la dimensión religiosa (piedad para con los dioses), elemento que el lector encuentra destacado en repetidas oportunidades a lo largo del texto de la inscripción. Nuestra percepción es esta última y constituye el rasgo más personal,

sobresaliente y comprehensivo de la personalidad que Augusto quiso transmitir sobre él mismo, tan constitutivo como lo fuera de Eneas, el personaje virgiliano, con el cual el emperador romano se identificó de manera profunda (sobre la piedad, ver comentarios a V.3).

Cabe destacar que el Senado y el Pueblo Romano habrían reconocido estas cualidades en una fecha bastante temprana como lo era el año: 27 a. C., momento en el cual la instalación de Augusto en el poder era todavía un hecho novedoso.

XXXIV.3 “Después de esta fecha fui superior a todos en autoridad...”. Coherente con lo anterior, Augusto señala que su auctoritas, una suerte de prestigio moral, fue lo que lo puso y mantuvo a la cabeza del gobierno. No habría sido más poderoso que los otros magistrados, pero estos, al igual que toda la sociedad, le habrían reconocido su autoridad, esto es, su condición de creador del régimen. Los gobernantes autoritarios tienden a definir su poder con el uso de términos que combinan una gran resonancia con una escasa precisión. Este sería el caso de la auctoritas que aquí se menciona y que se conformaría a partir de un reconocimiento que hacen otros. Fue Syme quien, en 1939, advirtió que la auctoritas estuvo en íntima relación con una potentia.

XXXV.1 “Ejercitando mi décimo tercer consulado, el Senado, el Orden Ecuestre y la totalidad del Pueblo romano...”. El título de Padre de la Patria lo recibió el año 2 a. C., y con este el emperador completó su titulatura. El título implicaba, en esta ocasión, confirmar el carácter original de la obra de Augusto, es decir, corresponde entenderlo no en su forma ciceroniana de salvación de la república, sino como Rómulo, esto es, como creador de un orden.

XXXV.2 “Cuando escribí estas memorias”. Augusto morirá el

año 14 d. C., vale decir, un año después de poner fin a estas memorias.

Apéndice

Su lectura deja ver que se trata de un texto agregado al final de la inscripción y cuya autoría corresponde a una mano diferente a la del emperador-autor. Las inversiones y distintos aportes de Augusto se miden aquí en denarios y no en sestercios como se hizo en los párrafos de RGDA. La crítica coincide en señalar que se trata de un agregado realizado para incorporar a alguna copia oriental y que desde el griego habría sido traducido al latín en algún momento indeterminado.

Obras consultadas

ADCOCK, F. E. (Review by) (1946). “De Veerling van Tribunische Bevoegdheden aan Caesar en Augustus by A. G. Ross”, en *Journal of Roman Studies*, vol. 56, Parts 1 & 2, pp. 196-197.

AUBOYER, J. – AYMARD, A. (1964). “Roma y su Imperio”, vol. 2 de *Historia General de las Civilizaciones* dirigida por M. Crouzet, Ediciones Destino.

BALMACEDA C. Y CRUZ, N. (eds., 2013). *La Ciudad Antigua. Espacio Público y Actores Sociales*, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile y RIL editores.

BALMACEDA, C. (2007). “Virtus romana en el siglo I d. C.”, en *Gerión*, vol. 25, n° 1, pp. 285-303.

__. (1994). *Tiberio: optimus princeps en Velejo Patérculo*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

BANCALARI, A. (2007). *Orbe Romano e Imperio Global. La Romanización desde Augusto a Caracalla*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile.

__. (2010). “Modalidades de circulación de la información oficial en el alto imperio romano.”, en Cruz, N, y Balmaceda, C. (eds.) *La*

antigüedad, construcción de un espacio interconectado, RIL Editores, pp. 215-234.

BARCHIESI, A. Y SCHEIDEL, W. (2010). The Oxford Handbook of Roman Studies, Oxford University Press.

BARINI, C. (1937). Res Gestae Divi Augusti. Ex Monumentis Ancyrano Antiocheno Apolloniensi Concepta Barini. Scriptores Graeci et Latini. Consiglio R. Academiae Lynceorum.

BARRAZA, L. (2014) Res Gestae Divi Augusti: la construcción de un discurso imperial, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

BAYET, J. (1984). La Religión Romana: historia política y psicológica, Ediciones Cristiandad.

BEARD, M. Y HENDERSON, J. Classical Art. From Greece to Rome, Kindle Edition (or. Papel 2001).

___. (2009). El Triunfo Romano, Crítica.

BERANGER, J. (1943-44). "Pour une Definition du Principat: August dans Aulu Gelle, XV,7,3.", en Revue des Etudes Latines, XXI-XXII.

BIANCHI BANDINELLI, R. (1969). Roma. L'Arte Romana nel Centro

del Potere, Rizzoli.

BICKEL, E. (1987, orig. 1960). *Historia de la Literatura Romana*, Gredos.

BOWERSOCK, G. W. (1983). *Roman Arabia*, Harvard University Press.

BOWMAN, A., E. CHAMPLIN, LINTOTT, A. (2° ed. 1996; reedic. 2010). *The Augustan Empire, 43 B.C.-A.D. 69*, The Cambridge Ancient History, volume X.

__. (2010). "Egypt", en *The Augustan Empire, 43 B.C.-A.D. 69*, The Cambridge Ancient History, volume X, pp. 676-702.

BRUNT, P. A. (1971). *Italian Manpower 225 B.C.-A.D. 14*, Clarendon Press, Oxford.

BRUNT, P. A. Y MOORE, J. M. (1967). *Res Gestae Divi Augusti. The Achievements of The Divine Augustus*, Oxford University Press.

BUONO CORE, R. (1988). *Res Gestae Divi Augusti*, en *Cuadernos de Historia*, Universidad de Chile, pp. 149-165.

CAMPBELL, B. (2013). *Historia de Roma. Desde los Orígenes Hasta la Caída del Imperio*. Crítica.

CANALI, L. (1982). Cesare Ottaviano Augusto. Res Gestae Divi Augusti, Editori Reuniti.

__. (1973). “Il Manifesto del Regime Augusteo”, en Rivista di Cultura Classica e Medievale, n° 15, pp. 151-175.

CLARIDGE, A. (1998). Rome, Oxford Archeological Guides.

COARELLI, F. (edición del 2000). Roma, Guide Archeologiche Mondadori.

COETZEE, J. M. Y KURTZ, A. (2015). El buen relato. Conversaciones sobre la verdad, la ficción y la terapia psicoanalítica, Literatura Random House.

COOK, S. A.; ADCOCK, F. E. Y CHARLESWORTH, M. P. (1934). The Cambridge Ancient History, vol. X, “The Augustan Empire 44 B.C. a A.D. 68”. Cambridge University Press.

COOLEY, A. (2009). Res Gestae Divi Augusti, Text, Translation and Commentary, Cambridge University Press.

CORTÉS, J. M. (1994). Res Gestae Divi Augusti, Edición, Traducción y comentario. Ediciones Clásicas, Madrid.

CRESCI MARRONE, G. (1993). *Ecumene Augustea*, L'Erma di Bretschneider.

CROOK, J. A. (1953). "Some Remarks on the Augustan Constitution", en *The Classical Review*, N. S., vol. 3, n° 1, pp. 10-12.

___. (1996). "Political History, 30 B.C To A.D. 14", en Bowman, Champlin & Lintott, pp. 71-112.

CRUZ, N. (2015). "La revolución Romana de Ronald Syme unos 70 años después", en *Historia* 396, vol. 5, n° 1, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, pp. 73-92.

___. (2013). "Ordenar la Memoria en el Inicio de la Roma Imperial", en BALMACEDA C. Y CRUZ, N. (eds., 2013) *La Ciudad Antigua. Espacio Público y Actores Sociales*, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile y RIL editores, pp. 195-214.

___. (2010). "El espacio de los Poetas en la Sociedad: el caso romano", en *Semanas de Estudios Romanos*, vol. XV, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, pp. 27-41.

___. (2009) "Idea de la Historia de Roma en la Eneida de Virgilio", en J-L. WIDOW; A. PEZOA Y J. MARÍN, *Un Magisterio vital: historia, educación y cultura. Homenaje a Héctor Herrera Cajas*, Editorial Universitaria, pp. 197-209.

RES GESTAE DIVI AUGUSTI, en *Revista de Historia Universal*, n° 1,

1984, pp. 63-111, disponible en *historiaycultura.cl*, sección Documentos.

CRUZ, N. Y ARBEA, A. (eds.) (2010). Virgilio La Eneida, Traducción de Egidio Poblete, Editorial Universitaria.

CRUZ, N. Y BALMACEDA, C. (eds.) (2010). La antigüedad, construcción de un espacio interconectado, RIL Editores, 2010.

CUBILLOS, M. (2010). “La Tabula Peutingeriana. Entre imaginar y representar el mundo en el Imperio romano”, en Cruz, N. y Balmaceda, C. (eds.), 2010, pp. 299-316.

DYSON, S. L. (2010). Rome. A Living Portrait of an Ancient City. The John Hopkins University Press.

ECK, W. (2003, Second edition). The Age of Augustus, Blackwell Publishing.

EDER, W. (2005). “Augustus and the Power of Tradition” en Galinsky (2005), pp. 13-32.

EDWARDS, C. (1999). “Introduction: shadows and fragments”, en Roman Presences. Receptions of Rome in European Culture, 1789-1945, Cambridge University Press, pp. 1-18.

FERRARY, J. L. (2001). “À Propos des Pouvoirs D’Auguste”, en

Cahiers Glotz XII, 101-154.

FAVRO, D. (2005). "Making Rome a World City", en GALINSKY (2005), pp. 234-263.

__. (1996). *The Urban Image of Augustan Rome*, Cambridge University Press.

__. (1992). "Pater Urbis" Augustus as City Father of Rome" en *Journal of Society of Architectural Historians*, vol. 51, n° 1, (nov. 1992), pp. 61-84.

GABBA, E. (1991). "L'Impero di Augusto", en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 8-28.

GAGE, J. (1935). *Res Gestae Divi Augusti*, Les Belles Lettres.

GALINSKY, K. (2012). *Augustus, Introduction to the Life of an Emperor*, Kindle edition, dg279. G175 2012, box. 5.8.

__. (2005). *The Cambridge Companion to the Age of Augustus*, Cambridge University Press.

__. (1996). *Augustan Culture. An Interpretive Introduction*, Princeton University Press.

GIUA, M. A. (1991). “Roma e i Germani”, en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 507-526.

GÓMEZ PANTOJA, J. (2003). *Historia Antigua: Grecia y Roma*, Ariel.

GRUEN, E. (2010). “The Expansion of the Empire under Augustus”, en Bowman, A., E. Champlin, Lintott, A., chapter 4, pp. 147-197.

__. (2005). “Augustus and the Making of the Principate”, en GALINSKY (2005), pp. 33-51.

GUIZZI, F. (1999). *Augusto La Politica della Memoria*, Salerno Editrice.

GUVEN, S. (1998). Displaying the Res Gestae of Augustus. A Monument of Imperial Image For All, en *Journal of Society of Architectural Historians*, vol. 57, n° 1, (May, 1998) pp. 30-45.

GUZMÁN, F. (2014). *Roma desde abajo. La Plebe Urbana en el siglo I d. C.*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

HAMMOND, M. (1965). “The Sincerity of Augustus”, en *Harvard Studies in Classical Philology*, n° 69, pp. 139-152.

__. (1933). *The Augustan Principate In Theory and Practice During the Julio-Claudian Period*, Harvard University Press.

HARDY, E. G. (1923). *The Monumentum Ancyranum*, Oxford University Press.

HARRIET, I. F. (2006). *The Art of Forgetting. Studies in History of Greece and Rome*. The University of North Carolina Press, Chapel Hill.

HERKLOTZ, F. (2012). "Aegyptio Capta: Augustus and the Annexation of Egypt" en Riggs, C. (ed.) *The Oxford Handbook of Roman Egypt*, pp. 11-21.

HERRERA, H. (1995). "La Germania de Tácito. El problema del significado del escudo", en *Tiempo y Espacio*, n° 5, pp. 97-111, Chillán, Chile.

___. (1991). "Veleyo Patérculo, Moralista", en *Semanas de Estudios Romanos*, vol. VI, Universidad Católica de Valparaíso, pp. 13-20.

HOLIDAY, P. J. (1990). Time, History, and Ritual on the Ara Pacis Augustae, en *The Art Bulletin*, vol. 72, n° 4, (Dec) pp. 542-557.

HUSTVEDT, S. (2013). *Vivir, Pensar, Mirar*, Anagrama, Colección Argumentos.

JONES, A. H. M. (2013- or. 1970). *Augustus*, WW Northon & Company, New York.

KEAY, J. (2010). *India a History: from the earliest civilisations to the boom of the twenty-first century*, Harper Press.

KLEÍNER, D. E. (2005). "Semblance and Storytelling in Augustan Rome", en Galinsky (2005), pp. 197-233.

LACEY, W. K. (1979). "Summi Fastigii Vocabulum. The Story of a Title", en *Journal of Roman Studies*, vol. 69, pp. 28-34.

__. (1974). Octavian in the Senate, January 27 B.C., en *Journal of Roman Studies*, vol. 64, pp. 176-184.

__. (1969). *Augustus and the Principate. The Evolution of the System*, Arca 35, Francis Cairns Publications.

LETTA, C. (2010). "Augusto y los comienzos del culto imperial como elemento de unificación del imperio", en CRUZ, N, Y BALMACEDA, C. (eds.), *La antigüedad, construcción de un espacio interconectado*, RIL Editores.

LEVICK, B. (2010). *Augustus. Image and Substance*, Pearson Education Limited.

LOBUR, J. A. (2008). *Consensus, Concordia, and the Formation of Roman Imperial Ideology*, Routledge.

LO CASCIO, E. (1994). "The size of the Roman Population: Beloch and the meaning of the Augustan census figures", en *Journal of Roman Studies*, n° 84, pp. 23-40.

__. (1991). "Forme dell'economia imperiale", en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 313-365.

MACMULLEN, R. (2000). *Romanization in the Time of Augustus*, Yale University Press.

MALCOVATI, H. (1940). *Imperatoris Caesaris Augusti. Operum Fragmenta. Henrica Malcovati. Quartum Edidit. Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum*. Torino.

__. (1934). *Res Gestae Divi Augusti*. Enrica Malcovati. Edizioni Roma.

MARCONI, A. (1991). "La frontiera del Danubio fra strategia e politica", en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 469-490.

MAZZARINO, S. (2004). *L'Impero Romano*, Laterza, Bari, vol. 1.

__. *Il Pensiero Storico Classico*, (1983), Biblioteca Storica Laterza, 3 vols.

__. (1980). "Un nuovo Epigramma di Gallus e l'antica lettura

epigrafica”, en Quaderni Catanési di Storia Classica e Medioevale, vol. 2, n° 3, pp. [7]-50.

MILLAR, F. (1998). *The Crowd in Rome in the Late Republic*, Ann Arbor: University of Michigan Press.

__. (1992). *The Emperor in the Roman World*, Gerald Dickworth.

__. (1986). (ed.) *Caesar Augustus: seven aspects*, Oxford Clarendon Press.

MILLAR F. Y E. SEGAL (eds.) (1984). *Cesar Augustus, Seven Aspects*, Clarendon Press, Oxford.

MOMIGLIANO, A. (1984). “Ronald Syme, *The Roman Revolution*”, en *Secondo Contributo alla Storia Degli Studi Classici*, pp. 407-416 (original en *Journal of Roman Studies* 30, 1940, pp. 75-80).

NICOLET, C. (1988). *L’Inventaire du Monde. Geographie et politique aux origines de l’Empire romain*, Fayard.

__. (1984). “Augustus, Government, and the Proprierted Classes”, en Millar, F. & E. Segal, pp. 89-128.

OSGOOD, J. (2007). John Scheid *Res Gestae Divi Augusti* Hauts faits du divin Auguste, en *Bryn Mawr Classical Review* 2007, 10.40.

PANI, M. (2013). *Augusto e Il Principato*, Il Mulino.

__. (1991). "Lotte per il potere e vicende dinastiche. Il Principato fra Tiberio e Nerone", en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 220-252.

PELLING, C. (1996). "The Triumviral Period", en BOWMAN, CHAMPLIN, LINTOTT, chapter 1, pp. 1-68.

PIGANIOL, A. (1981). *Historia de Roma*, Eudeba.

PLATNER, S. A. Y ASHBY, T. (1929). *A Topographical Dictionary of Rome* (Completed and Revised by Thomas Ashby), Oxford University Press.

POLLINI, J. (1993). "Man or God: Divine Assimilation and Imitation in the Late Republic and Early Principate", pp. 334-357, en RAAFLAUB, K. Y TOHER, M.

PUGLIESE, G. (1949). "Auctoritas Augusti", en *Parola del Passato*, 4, pp. 29-40.

PURCELL, N. (2010). "Rome and his development under Augustus and his sucesors", en BOWMAN, A., E. CHAMPLIN, LINTOTT, A., chapter 15 (Part IV), pp. 782-811.

RAAFLAUB, K. Y TOHER, M. (1990). *Between Republic and Empire. Interpretations of Augustus and His Principate*, University of California Press.

RAMAGE, E. S. (1987). *The Nature and Purpose of Augustus' "Res Gestae"*, Franz Steiner Verlag Wiesbaden GMBH, Stuttgart.

___. (1985). Augustus' Treatment of Julius Caesar, en *Historische Zeitschrift für Alte Geschichte*, vol. 34, n° 2, (2nd. Qtr) pp. 223-245.

RICKMAN, G. (2003). "The Creation of *Mare Nostrum*", en ABUFALIA, D. (ed.) *The Mediterranean in History*, Thames & Hudson, pp. 127-153.

RIDLEY, R. (2003). *The Emperor's Retrospect. Augustus' Res Gestae in Epigraphy, Historiography and Commentary*, Peeters.

___. (1987). *History of Rome. A Documented Analysis*, L'Erma di Bretschneider.

RIGGS, C. (2012). *The Oxford Handbook of Roman Egypt*, Oxford University Press.

ROWE, G. (2013). "Reconsidering the *Auctoritas* of Augustus", en *Journal of Roman Studies*, vol. 103, pp. 1-15.

RÜGER, C. (2010). "Germany", en *The Augustan Empire*, 43 B.C.-A.D. 69, *The Cambridge Ancient History*, volume X, pp. 517-534.

SALMON, E. T. (1956). "The Evolution of Augustus' Principate", en *Historische Zeitschrift für Alte Geschichte*, Bd. 34, H2, (2nd, Qtr) pp. 223-245.

SANFENTES, O. (2013). "Usos y narrativas del monumento público. El Ara Pacis de Augusto desde la época imperial hasta nuestros días. ¿Es posible tender puentes?", en BALMACEDA C. Y CRUZ, N. (eds.) (2013), pp. 249-261.

SARULLO, G. Y TAYLOR, D. J. (2013). "Two Fragments of the Carmen Saliare and the Manuscript Tradition of Varro's *De Lingua Latina*, With Appendix I-III", pp. 1-10, en *CODICES, Manuscritti e Impresi, Zeitschrift Für Buchgeschichte*, Heft 9/12, Dezember.

SERRAO, F. (1991). "Il modello di costituzione. Forme giuridiche, caratteri politici, aspetti economici-sociali", en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 29-71.

SCHEID, J. (2007). *Res Gestae Divi Augusti. Hauts faits du Divin Auguste*, Belles Lettres.

__. (2005). "Augustus and the Roman Religion", en GALINSKY (2005), pp. 175-193.

SHAW, I. (2002). *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford

University Press.

SOUTHERN, P. (1998). *Augustus*, Routledge.

SOMMELLA, P. Y MIGLIORATI, L. (1991). "Il Segno Urbano", en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 287-309.

STONE, M. (1999). "A Flexible Rome: Fascism and the cult of romanità", en Edwards, C. (1999), pp. 205-220.

SUMI, G. S. (2009). *Monuments and Memory. The Aedis Castoris in the Formation of Augustan Ideology*, en *Classical Quarterly* 59, n° 1, pp. 167-186.

SYME, R. (1989). *Augustan Aristocracy*, Clarendon Press, Great Britain.

—. (1979-1991). *Roman Papers*, Oxford University Press, 7 vols.

—. (1939). *The Roman Revolution*, Oxford University Press. Edición castellana del 2010, editada por Crítica.

TALBERT, R. J. A. (1996). "The Senate and Senatorial and Equestrian Posts", en BOWMAN, A., E. CHAMPLIN Y LINTOTT, A. (2° ed. 1996; reedic. 2010). *The Augustan Empire, 43 B.C.-A.D. 69*, The Cambridge Ancient History, volume X, pp. 324-370.

__. (1984). The Senate of Imperial Rome, Princeton University Press.

THAPAR, R. (2002). The Penguin History of Early India. From the origins to AD 1300, Penguin Books.

TRIPATHI, R. (1942). History of Ancient India, Motilal Banarssidas Publishers Private Limited.

VAN DE MIEROOP, M. (2011). A History of Ancient Egypt, Wiley-Blackwell.

VEYNE, P. (2009). “Objetivos del Arte, Propaganda y Fasto Monárquico”, en El Imperio Grecorromano, Akal, pp. 335-370.

WALLACE-HADRILL, A. (2008). Rome's Cultural Revolution, Cambridge University Press.

__. (1996). “The Imperial Court” en Bowman, A., E. CHAMPLIN, LINTOTT, A. (2ª ed. 1996; reedición. 2010), The Augustan Empire, 43 B.C.-A.D. 69, The Cambridge Ancient History, volume X, pp. 283-308.

__. (1993). Augustan Rome, Bristol Classical Press.

__. (1986). "Image and Authority in the Coinage of Augustus", en *Journal of Roman Studies*, vol. 76, pp. 66-87.

WELLS, C. (1984). *The Roman Empire*, Fontana History of Ancient World.

WHITTAKER, C. R. (2010). "Roman Africa, Augustus to Vespasian", en BOWMAN, CHAMPLIN, LINTOTT, pp. 586-618.

WOOLF, G. (2012). *Rome an Empire's History*, Oxford University Press.

YAVETZ, Z. (1984). "The Res Gestae and Augustus' Public Image", en Millar, F. y E. Segal, pp. 1-36.

ZANKER, P. (2010). *Roman Art*, The J. Paul Getty Museum.

__. (1992). *El Poder de las Imágenes en tiempos de Augusto*, Alianza Editorial.

__. (1991). "Immagini e valori collettivi", en *Storia di Roma* 2, II, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 193-220 (contiene un interesante grupo de imágenes).

Índice de instituciones, nombres y lugares antiguos

(excluidos los términos Augusto, Res Gestae y Roma)

A. Hirtio 54, 87, 90

Acaya 75, 186, 199

Accio, batalla de 72, 92, 96-7, 103-4, 109, 124, 131, 142, 144, 146, 152, 175, 187-8, 201, 208

Acrón/Ceninienses 157

Adiabenses 78, 205

África 72, 75, 101, 185, 201

Albanos 77, 205

Alejandro 149, 197

Alejandro Helios 108

Alpes 73, 192

Altar de la Paz (Ara Pacis) 18, 28, 43-5, 62, 97, 121, 129-31, 133-4, 139

Ancyra 16, 42

Anibal 159

Anio Vetus 163

Anquises 97

Antioquía 16

Apeninos 159

Apiano 90-94, 155, 185

Apolo 152, 154, 183

Apolonia 16

Aqua Apia 163

Aqua Marcia 163

Aqua Virgo 163

Aquitania 168

Arabia/Árabes 74, 195-6, 204

Ariminum 68, 168

Ariobarzanes 75, 78, 206

Aristocracia 35, 140, 143

Armenia 75, 198, 202, 205-6

Artabazis 75

Artavasdes 75, 78, 205

Artaxares 78

Artaxes 75

Asia 16, 71, 75, 139, 147, 182-3, 199

Asiria 205

Atia 86

Ático 88, 91, 94

Auctoritas / autoridad 28, 109, 116, 206, 209-10

Augur/ Colegio Augures 58

Augustalia 127

Aulo Gelio 31

Aventino 67, 157, 159, 163

Basílica Julia 68, 139, 166

Bastarnos 77, 205

Bitinia 91, 199

Bosque de los Césares 71, 81

Britanos/Britania 18, 205

Bruto 86, 93, 96, 171

C. Antistio 65

C. Asinio 59

C. Calvisio 65

C. Calvisius Sabinus 168

C. Censorino 59

C. César 36, 63, 75, 133, 137-9, 199, 204, 206

C. Furnio 70

C. Julio Higino 154

C. Léntulo 65-6, 204

C. Octavius 86

C. Pansa 54, 87, 90

C. Pisón 65

C. Silano 70

C. Valgio 61

Cádiz 73

Calcídico 67, 80

Camilo 158

Campania 62, 127-8

Campo de Marte 16, 18, 62

Cantabria/Cantábricos 96, 104, 144

Canto Saliar 61, 125

Canto Secular 97, 178-9, 202

Capitolio 56, 67-8, 81, 103, 160, 165

Capua 168

Caridios 74

Carras, batalla de 126

Cartago 158, 201

Casio 86, 93, 96, 171

Cáucaso 205

Celio 163

Censo población 35, 59, 81, 121-3

Cerdeña 72, 75, 185-6, 199

Chipre 172

Cicerón 87-8, 90-1, 94, 160-1

Cilicia 112, 199

Cimbrios 74, 193

Circo Flaminio 67, 155, 181

Circo Máximo 67, 155, 181

Cirene 75

Cleopatra 95, 97, 108, 144, 147, 187-8, 196

Cleopatra Selene 108

Cneo Léntulo 57

Colegio de los Quince Hombres

Colegio de los Siete Epulones

Colegio de los Titios

Coliseo 120

Colonias 55, 64-5, 69, 75, 81, 102, 144, 175, 201

Córcega 186

Cornelio Galo 197-8

Cornelio Nepote 94

Curia Julia 79-81, 110, 151, 161, 208

D. Lelio 65

Dacia /Dacios 77, 204

Dalmacia/Dálmatas 76, 96, 101, 201

Danao 154

Dea Dia 117

Dictadura 109, 111

Dión Casio 20-1, 93-4, 99, 102, 109-10, 114, 122, 124, 126, 128, 139, 147, 152, 155, 160, 167-8, 171-2, 175-6, 179-81, 183, 185-88, 190, 192, 194, 196, 204, 208

Druso 194

Dumnobelauno 78

Ecúmene 105

Egipto 36, 74, 101, 104, 112, 142, 145, 184, 187, 195-8, 204

Egnacio Rufo 128

Erario militar 27, 66, 81, 102-3, 142, 146-7.

Escitas 77

Escopas 152

Escribonia 136

Esquilo 154

Estrabón 18-9, 148, 163, 168, 193, 195-7

Etiopía 74, 195, 198

Familia Julio Claudia 101, 133-4, 136-8

Filipos, batalla 86, 93-4, 96

Floro 194

Foro Boario 163

Foro de Augusto 69, 80-1, 129, 133, 135-6, 139, 170-1

Foro Julio 68, 166

Foros Imperiales 133

Fortuna Redux (altar) 61, 121, 126-7, 131

Fraates 78, 205-6

Frigia 159

Frontino 161, 163, 166

Galacia 16

Galia 62, 72-3, 75-6, 91, 101, 112, 129, 193-4, 201

Gemma Augustea 105

Germania/Germanos 73-4, 131, 190, 193-5, 205

Germánico 105-6

Graco/Hermanos Graco 97, 143, 155, 201

Grecia 126, 152

Guardia Pretoriana/Prefecto del Pretorio 100

Heraldo Fecial 58

Hermanos Arvales Colegio de/Canto Arval 58, 118

Hispania 62, 72-3, 75-6, 86, 97, 101, 106, 112, 129, 144, 168, 172, 185, 193, 201

Horacio 34, 97, 167, 178-9, 186, 202

Horologium 18

Íberos 77, 205

I. Caninio 65

Iliria 106

India 77, 149, 204

Italia 61, 65, 69, 72, 75, 78, 105, 131, 177, 186-7, 201, 205

Juegos Marciales 179, 181

Juegos Seculares 28, 177-8

Julia, hija de Augusto 133, 138, 172

Julio César 15, 19, 28, 33, 35, 39, 86- 91, 93-4, 97, 110, 115-6, 118, 121-2, 144, 154-5, 161, 167, 170-3, 201, 208 Juno 158

Júpiter 105-6, 125, 165

Jutlandia 195

L. Antonio 96

L. Arruncio 57, 66, 106, 147

L.César 36, 63, 137-9, 146, 199, 204

L. Papirio Cursor 157

L. Pacieno 65

Legiones 36, 38, 88, 90-1, 100-3, 106, 112, 123, 131, 171, 193-4, 197-8

Léntulo 65

Lépidio 66, 86, 89, 115, 125-6 147, 184

Ley Pedia/Q. Pedius 93

Ley Titia 89, 115

Leyes Julia 113

Libertos 40, 101, 154

Libros Sibilinos 117, 152

Livia 131, 138, 202

Lúculo, jardines 163

Lupercal 67, 155

M. Licinio Craso 65, 104, 126, 202

M. Lollio 194

M. Marcelo 57, 137, 172

M. Mesala 65

M. Vinicio 57, 61, 103

Macedonia 75, 199, 201

Maelo 78

Mar Adriático 73,75, 101, 159, 168, 199

Mar Caspio 205

Mar Egeo 101

Mar Mediterráneo 101, 158, 160, 170, 182, 184

Mar Tirreno 73

Marco Agripa 39, 58, 70, 131, 133, 137-8, 145, 148, 150, 161, 165, 172, 177, 194-5

Marco Antonio 18-9, 33, 86-96, 115, 122, 138, 144, 147, 149, 153, 181-4, 187, 196, 202, 208

Marcomanos/Suevos 78, 195

Mariba 74

Marte 125

Mausoleo 16, 18-20, 23, 86, 129, 135, 139, 172

Mecenas 124

Meroe 74

Modena, batalla de 96

Municipios 60, 65-6, 69, 81, 144, 146, 175

Mutina, batalla de 91

Nabata 74

Nápoles 101, 184

Nauloco, batalla de 184, 186

Nerva 23, 167

Nicolás de Damasco 92

Numa Pompilio 125

Octavia 137-8, 172

Orden Ecuestre/Caballeros 20, 35-7, 63, 80, 93, 95, 140-1, 143-4, 196, 208, 210

Orodes 78

Ovidio 34, 171

P. Quintilio Varo 131, 193-4

P. Sulpicio 61

Padre de la Patria 37, 80, 210

Palatino 67, 151-2, 155, 160

Pannonia 76, 190, 202, 204

Panteón 19, 150, 163

Paros 152

Partos/Medos 75-78, 104, 139, 200, 205

Paulo Fabio Máximo 57

Percennio 102

Perusa, batalla de 96

Pesinunte 159

Pincio 163

Pisidia 16, 75

Plebe/Plebeyos 28, 64-5, 81, 114, 141, 143-5, 157, 177

Plinio el Viejo/Historia Natural 160-1, 176, 180-1, 204

Plutarco 89, 160, 188

Pompeyo Magno 96, 154, 161, 185, 190, 197, 199

Pontífice Máximo 58, 61, 86, 111, 116, 126, 145, 167

Ponto 199

Pórtico de Octavia 18, 81, 155

Pozzuoli 184

Pretores 54, 62, 86, 90, 91, 92, 103, 128, 167

Prima Porta, estatua 127, 202-3

Principado/Príncipe 28, 29, 36, 38, 58, 63, 76, 78, 100, 109, 112-13, 115-6, 118, 136, 142, 148, 196, 205

Propertio 152, 157

Pueblo romano 32, 37, 53-4, 56, 59, 63, 76-9, 86, 142, 210

Puente Milvio 68, 168, 170

Puente Minucio 68, 170

Puerta Capena 61, 127

Puerta Trigémina 163

Q. Fabricio 65

Q. Lucrecio 57, 61-2, 128-9

Q. Pedio 93

Q. Tuberón 57

Quince Hombres, Colegio de 58, 70, 117, 124, 177

Quirino 125

Ravena 101

Remo 155

República romana 27, 28, 36, 38, 53-4, 58, 72, 86-7, 89, 90, 92-3, 99, 103-4, 108, 109, 115, 122-4, 137-9, 142, 160, 206-7, 210

Río Danubio 76-7, 101, 204, 205

Río Elba 73

Río Metauro 159

Río Nilo 198

Río Rin 74, 101, 193-4

Río Tanais 77, 205

Río Tíber 71, 81, 110, 161, 181

Rómulo 133, 155, 157

Sabeos 74

Salamina, batalla de 181

Samnitas 157

Sármatas 77

Sejano 100

Semnones 74, 195

Senado 16, 28, 32-7, 54, 56-62, 64, 68, 70, 80, 86-7, 90-1, 93,

103-4, 109, 111-6, 121-2, 125-9, 134, 136, 139, 144, 152, 160, 178, 185, 188-9, 196-7, 210

Senado y Pueblo Romano 63, 79, 110, 124, 138, 206, 208-9

Sexto Apuleyo 59

Sexto Pompeyo 59, 96, 103, 182, 184-6, 199

Sicilia 72, 75, 96, 185-6, 199, 201

Siete Hombres Epulones, Colegio de 58, 117

Siria 61, 75, 112, 199

Soldados/Veteranos 38, 55, 64-6, 75, 81, 88, 92, 94, 96, 99, 100-4, 106, 125, 141, 142, 146, 180, 187, 201.

Suetonio 16, 20-1, 31, 90, 93-3, 96-9, 110, 114, 122, 126, 138, 148-9, 152, 155, 160-1, 167, 170-2, 176-7, 179-81, 183-4, 187-90, 194, 205-6, 208

Sugambros 78

Tabula Peutingeriana 170

Tácito 20-1, 34, 97, 100-2, 138, 176, 190, 193, 195-6, 208

Tarento, acuerdo de 115

Tarquinio 100

Teatro de Marcelo/M. Marcelo 19, 81, 139, 172-4, 181

Teatro de Pompeyo 68, 81, 160

Templo de Apolo 67, 69, 72, 80, 151, 153, 177

Templo de Diana 177

Templo de Jano Quirino 33, 62, 67, 80, 97, 121, 136, 157

Templo de Juno Reina 67, 80, 157-8, 160, 177

Templo de Júpiter Feretrio 67, 80, 157, 177

Templo de Júpiter 67, 80, 157, 160

Templo de la Juventud 67, 80, 159

Templo de la Madre Magna/Cibeles 67, 80, 159

Templo de los Castores 68

Templo de los Dioses Penates 67, 80, 159

Templo de los Lares 67, 80, 158

Templo de Marte Vengador 68-9, 76, 80, 170-1, 179, 181

Templo de Minerva 67, 80, 158, 160

Templo de Saturno 68

Templo del Divino Julio 67, 80, 154, 181

Templos del Honor y la Virtud 61, 127

Templo del Lupercal 80

Termas de Agripa 19

Tiberio 25, 39, 59, 62, 65, 75-6, 100, 104-6, 129, 137-9, 146-7, 172, 194, 202, 204

Tigranes 75

Tincomnio 78

Tiridiátes 78, 205

Titios, Colegio de 58

Tito Livio 157

Tracia 101, 106

Tribunicia Potestad/Tribunos de la Plebe 56-7, 60, 64, 91, 113-4, 141, 145

Triunvirato/Triunviros 54, 58, 86-7, 89, 92-4, 96, 109, 114-5, 126,

185-6

Troya/Troyanos 133, 159

V. Mesala Corvino 168

Varrón 117-8

Veio/ciudad de 158

Veleyo Patérculo 20, 90, 92, 98, 110, 114, 126, 128, 152, 176, 179, 181, 186, 188, 194, 208

Velia 67

Vía Apia 127

Vía Flaminia 68, 81, 167, 170, 183

Via Labicana, estatua de 118-20

Vía Latina 120, 168

Vía Sacra 67

Virgilio/Eneida 34, 97-8, 133, 137, 149, 152-3, 155, 158-9, 173,
178-9, 197, 209

Vitruvio 148

Vonones 78, 206

Índice de autores modernos

Adcock, F.E. 45

Alvar, A. 46

Anderson, J.G.C. 43

Andre, J.M. 139

Arbea, A. 11

Ashby, T. 127, 158, 160, 172

Auboyer, J. 140

Aymard, A. 140

Badian, E. 103, 108

Bailey, C. 125

Bancalari, A. 11, 168, 170

Barraza, L. 34

Bayet, J. 116

Beare, W. 176

Beard, M. 26, 103, 118, 136, 160

Beltrán, J. 11

Bianchi Bandinelli, R. 105, 118

Bickel, E. 31

Bowersock, G.W. 26

Bowman, A. 48, 198, 204

Braudel, F. 170

Brunt, P. y Moore, J.M. 17, 38, 46, 89, 92, 99, 111, 114, 123, 205

Buono Core, R. 11, 47

Burton, G. 102

Campbell, J.B. 99

Canali, L. 40, 46, 147, 204-5

Champlin, E. 48

Charlesworth, M. P. 45

Claridge, A. 127, 131, 136, 150, 155, 160, 166

Coarelli, F. 129, 133, 136, 150-1, 156, 160, 163, 165-6, 171

Coetzee, J.M. 48

Constans, L.A. 43

Cook, S.A. 45

Cooley, A. 11, 17, 16, 39, 40, 43, 46-7, 89, 92, 95, 105, 113, 120, 146, 158, 167-8, 175, 179, 180-1, 183, 196, 201

Cortés, J.M. 31, 47

Courtney, E. 19

Cresci Marroni, G. 105-6

Crook, J.A. 48

Cruz, N. 45, 47, 170, 173

Cubillos, M. 170

Cumont, F. 43

Der Mieroop, V. 197

Derow, S. P. 114

Dyson, S.L. 29,150, 152

Eck, W. 29, 141, 189

Eder, W. 115

Fatas, G. 46

Favro, D. 149, 150, 166-7,181

Ferrary, J.L. 112, 114

Gabba, E. 192

Gage, J. 26, 42, 43

Galinsky, K. 29, 105-6, 120, 190

Giua, M.A. 195

Gómez Pantoja, J. 159

Graves, R. 138

Gruen, E. 106, 112, 114, 190, 192, 195, 198

Guillaume, E. 42

Guizzi, F. 16, 26, 139, 187

Guzmán, F. 37

Hammond, M. 45

Hardy. E.G. 42, 113

Harrer, G. A. 43

Herklotz, F. 196, 198

Holford-Strevens, L. 125

Jones, A.H.M. 24, 37, 39, 98, 128, 141, 145

Kurtz, A. 48

Lacey, W.K. 101-3, 112, 117

Last, H. 46

Levick, B. 20, 37, 39, 101, 103, 112, 113-5, 117, 128, 142, 177

Lintott, A. 48, 91, 92, 144

Lo Cascio, E. 123

Magriños, A. 46

Malcovati, H. 42, 93, 122, 147

Marcone, A. 202

Martín-Bueno, M. 46

Mazzarino, S. 11, 198

Meier, R. 130

Migliorati, L. 150

Millar, F. 143-4

Momigliano, A. 46, 144

Mommsen, TH. 16, 42, 49

Mussolini, B. 130

Napoleón 42

Nicolet, C. 15, 37, 122, 141

North, J.A. 116, 125

Pani, M. 139

Peeling, CH. 89, 92, 168, 186

Perrot, G. 42

Piganiol, A. 151

Platner, S.A. 127, 158, 160, 172

Pollini, E. 105-6

Price, S. 176

Purcell, N. 150

Ramage, E.S. 27, 30, 42

Ramsay, W.M. 42

Rickman, G. 184

Ridley, R. 16, 41, 88, 139, 185, 190, 192

Robinson, D.M. 42

Rüger, C. 195

Sanfuentes, O. 43

Sarullo, G. 125

Seager, R.J. 93, 186

Serafini, F. 187

Scheid, J. 17, 26, 30, 42, 47, 86, 98-9, 104, 111, 113-4, 118, 146, 147, 175

Sherwin-White, A.N. 91

Sommella, P. 150

Southern, P. 29, 90-1, 99, 114

Stone, M. 43

Syme, R. 45, 46, 142, 209

Talbert, R.J.A. 189

Taylor, D.J. 125

Thapar, R. 204-5

Tripathi, R. 205

Van der Mierop, M. 197

Veyne, P. 21

Von Premerstein. A. 42

Warmington, E. 204

Weber, A. 42

Whittaker, C.R. 201

Williams, A. 176

Wells, C. 24

Yavetz, Z. 20, 28, 38

Zanker, P. 15, 19, 29, 39, 106, 118, 120, 129, 131, 136, 149, 150,
154, 157, 166

